

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LV - Núms. 801-802
Marzo-Abril 1998

Edita: Fundación Ramon Orlandis
i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre

Redacción y Administración
Duran i Bas. 9. 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA

Imprime: Gráficas Fomento, S.A.
Sant Gabriel, 70-76. Esplugues de L.
Depósito Legal: B-15860-58

«Si los hombres cayeran en la cuenta
de que Dios tiene Corazón...»

J.M.M.G.

Pensamientos y ocurrencias

Ramón Orlandis, S.I.

**Amor y contemplación. Una tesis
nuclear de la doctrina tomista
de Ramón Orlandis**

Eudaldo Forment

Colaborador en el encargo suavísimo

José María Alsina Casanova, pbro.

La consolación en los Ejercicios

Pedro Leturia, S.I.

**El P. Ramón Orlandis, apóstol, sabio
y humanista**

Manuel de Montoliu

**«Nosotros recordamos: una reflexión
sobre la Shoah»**

La Iglesia y el pueblo judío

Javier González Fernández

**Al servicio de la esperanza teológica.
La teología de la historia del Padre
Orlandis, S.I., y el problema
del milenarismo**

Francisco Canals Vidal

**La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo
en el Huerto de los Olivos**

Padre Pichon, S.I.

**Las promesas divinas, fundamento
de la esperanza**

Antonio Prevosti Monclús

La eutanasia es inmoral y antisocial

Mis recuerdos del Padre Orlandis

Francisco Canals Vidal

Als humils

Miquel Costa i Llobera

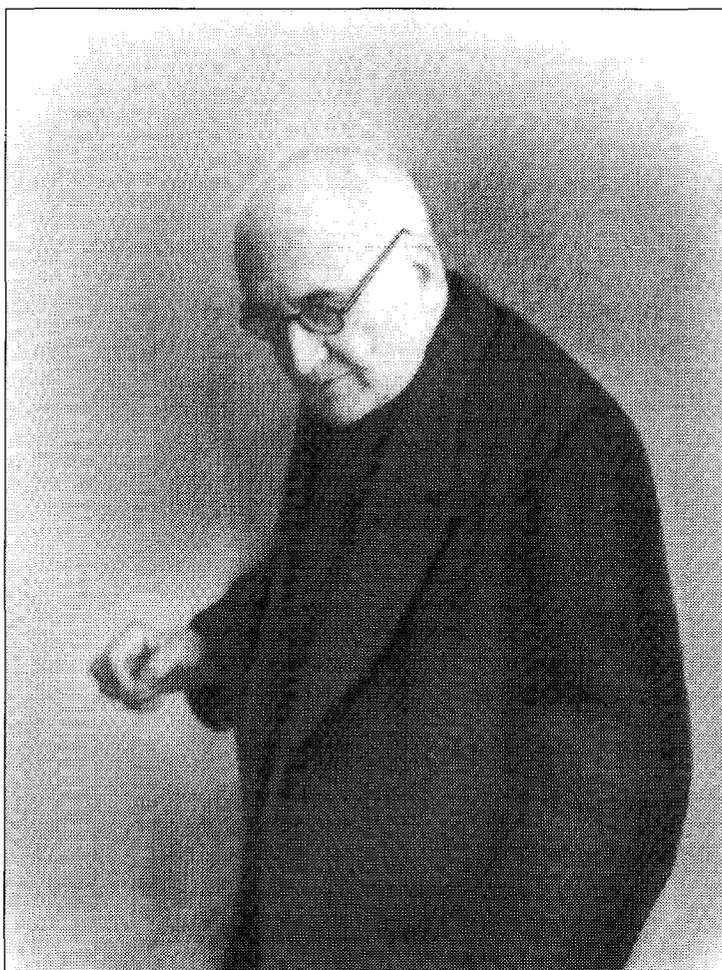
Actualidad religiosa

Actualidad política

España mártir. Doctor Pere Bonada i Sala

Hace cincuenta años

Ramón Orlandis Despuig, S.I. (1873-1958)



Cuarenta años
de fecundidad apostólica

«Si los hombres cayeran en la cuenta de que Dios tiene Corazón...»

En diciembre de 1958 las circunstancias aconsejaron la interrupción, que se quería transitoria, de la revista *CRISTIANDAD*, en unos momentos en que el padre Orlandis se hallaba ya gravemente enfermo. Sucedió su muerte al cabo de pocas semanas, podía haber razones para pensar que la obra del padre Orlandis perdería su continuidad. Naturalmente, no se trataba de la revista —o sólo de la revista—; ésta era la manifestación más visible de un proyecto que se había iniciado muchos años antes y que había fructificado —no decimos *triunfado*— de manera providencial: *Schola Cordis Iesu*. Herido el pastor, ¿se dispersarían ahora las ovejas...?

Pero, transcurrieron unos pocos meses y, en septiembre de aquel año, reaparecía gozosamente *CRISTIANDAD*, con un número de recuerdo del Padre. En él, su Director, Fernando Serrano Misas, evocaba, como cita José María Petit en nuestra sección «Hace cincuenta años», el artículo del padre Orlandis de mayo de 1945 «Advertencia previa», en que definía su relación con la revista: «Quien esta advertencia suscribe no es, por cierto, el Director de la Revista; no es siquiera —aunque algunos quieran creerlo— quien tuvo la iniciativa de su publicación. Es, sí, desde sus orígenes, el inspirador de la Revista... Es asimismo, digámoslo así, su curador espiritual en la menor edad...». Y añadía Fernando Serrano: «La curatela de menores es una institución por tiempo limitado. Dios quiso disponer de nuestro curador relevándole para tomarle a otros modos de Su servicio. Que su Divino Corazón haga que sepamos ser y sentimos mayores de edad».

La mayoría de edad se demuestra y se ejerce en la asunción consciente de responsabilidades. Al dedicar este número al recuerdo del padre Orlandis, con ocasión del cuarenta aniversario de su muerte, no podemos menos que agradecer al Sagrado Corazón el haber hecho sentir y ejercer esta mayoría de edad a quienes eran entonces discípulos directos, inculcándoles la responsabilidad de difundir su doctrina; y el haber suscitado, en las dos generaciones —creo que con razón y justicia podemos numerarlas así— que no le conocimos, el convencimiento de que el mensaje de aquel hombre genial era un mensaje perenne que exigía «sucesivas» mayorías de edad.

Nada de lo que el padre Orlandis afirmaba ha periclitado, ha dejado de ser verdad. Con ironía podríamos decir que tampoco ha pasado de moda... porque lo que decía no era moda, era afirmación rotunda contra todas las modas, las de entonces y las de ahora. Si acaso, cabría reconocer que sus quejas, sus denuncias y sus reme-

dios son más actuales, más necesarios que entonces. «Si los hombres cayeran en la cuenta de que Dios tiene Corazón, todo estaría salvado», decía con frecuencia. Esta frase, en su aparente sencillez, casi informal, se podría tomar como un resumen de todo su mensaje; en ella está la invitación a practicar la devoción al Sagrado Corazón; en ella está la afirmación del Amor misericordioso que había bebido en santa Teresita; en ella está, si se quiere, el espíritu, el motor de su teología de la Historia.

¿Quién podrá negar que al cabo de cuarenta años ninguna razón avala el supuesto de que sea menos necesario que entonces difundir todo lo que encierra aquella frase?

Paulo VI, en el discurso de clausura del Concilio Vaticano II trazó un cuadro completo del hombre de hoy: «La Iglesia del Concilio se ha ocupado... del hombre tal cual hoy en realidad se presenta: del hombre vivo, del hombre enteramente ocupado de sí, del hombre que no sólo se hace el centro de todo su interés, sino que se atreve a llamarse principio y razón de toda realidad... el hombre trágico en sus propios dramas, el hombre superhombre de ayer y de hoy, y, por lo mismo, fragil...». Pero, después de recorrer exhaustivamente toda la tragedia del hombre moderno, el Papa daba fe de la actitud de la Iglesia: «La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio... Ha considerado... la miseria y la grandeza del hombre, su mal profundo, innegable e incurable por sí mismo». Es la historia constante del hombre caído y del hombre redimido, pero también del hombre que rechaza la redención y la del hombre que la ignora porque una inmensa pantalla —levantada por el Leviatán de todos los poderes, que halagan la las pasiones y favorecen la ligereza— la oculta.

El padre Orlandis escogió personalmente el título —«Cristiandad»— para nuestra revista, no para añorar contingencias políticas concretas del pasado, sino para reivindicar el ideal de una sociedad en la que se daba una mayor unión entre la fe y la vida, y que, por tanto, estaba más cerca de la realización del Reino. Pero si aquella sociedad estaba más cerca del Reino en el «espacio», nosotros lo estamos en el tiempo. Y este es el mandato del que en nuestra mayoría de edad debemos sentirnos siempre destinatarios y que en este cuarenta aniversario debemos reafirmar: para este hombre trágico y débil, para esta sociedad cada día más apartada de Dios, hay un remedio y un futuro de esperanza.

PENSAMIENTOS Y OCURRENCIAS

El Padre Orlandis escribió este texto en 1934. En él se hallan trazadas de manera clara las líneas maestras de su acción apostólica. No es la primera vez que aparece publicado en estas páginas, pero nos ha parecido muy propio reproducirlo en este número conmemorativo del cuarenta aniversario de su muerte porque con su confesión de confianza en el Corazón de Jesús da razón de la fecundidad de su obra.

Hace cosa de diez años, se me fue presentando al pensamiento como un esbozo de agrupación, así de varones como de mujeres; esta agrupación se me antojaba que había de ser aquella *legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor Misericordioso* de Dios, objeto de los deseos y de las esperanzas de Santa Teresita del Niño Jesús.

Estas almas, por la luz que del cielo recibirían, tendrían una comprensión íntima de la devoción genuina al Corazón de Jesús y de los designios que ha tenido Jesús al pedirla. Estas almas arderían en celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas y, conocedoras de la realidad, profundamente desengañadas de sus propias fuerzas y valer y también de la eficacia de los medios semihumanos y ordinarios que nuestra pobre razón puede excogitar para hacer frente a las circunstancias y dificultades extraordinarias de nuestros tiempo, pondrían para su apostolado toda la confianza en el medio que el mismo Divino Redentor nos ha dado para vencerlas: la práctica y difusión de una sincera devoción al Sagrado Corazón de Jesús, según las normas y caminos que Jesús se ha dignado señalarnos.

Verdadera inteligencia de la devoción al Corazón de Jesús

Para mejor comprender lo que entendía yo por devoción sincera al Corazón de Jesús, convendrá indicar tres etapas por las cuales, desde que esta devoción se hizo pública y universal, se ha ido, a mi parecer, providencialmente desarrollando.

La primera la marcan las revelaciones de Paray-le-Monial; la segunda, los escritos y obras del P. Enrique Ramière; la tercera, la difusión de los escritos y la propagación de la devoción de Santa Teresita del Niño Jesús.

1) La primera etapa es la de Paray; es la manifestación al mundo del Sagrado Corazón, de sus íntimos pensamientos, afectos y designios y de los tesoros de gracias, de santificación y salvación que encierra y quiere

derramar sobre los hombres; es la petición de parte de Jesús de un especial culto y devoción, que se tenga y se tribute a su Corazón de hombre y a su Corazón de Dios; es un quejarse Jesús amorosa, pero acerbamente de la ingratitud y ceguera de los hombres, que corresponden a su amor con olvido, desvíos, menosprecios e injurias, y no quieren recibir los beneficios y gracias que Él anhela concederles; pero, además, es una verdadera profecía de que Él reinará en el mundo a pesar de sus enemigos y esto porque por esta nueva redención destruirá el imperio de Satanás y sobre las ruinas del mismo levantará el imperio de su Amor.

Esta primera manifestación es por cierto atrayente, alentadora y llena de amor; pero en los escritos de Santa Margarita María aparece como sobre un fondo de austeridad y aparente dureza; es una revelación de Dios en su *Santidad de Amor* y en su *Santidad de Justicia*, que mal entendida puede dar ocasión a que las almas débiles y enfermizas de nuestros días se arredren y queden dudosas y perplejas.

2) La segunda etapa, considero yo que la marcan los escritos y las empresas del P. Enrique Ramière (del santo Padre Ramière, como le llamaba el P. Gignac). Los escritos: *Apostolado de la Oración, Esperanzas de la Iglesia, Reinado social de Jesucristo, Divinización del cristiano*, etc.; las empresas: *Apostolado de la Oración y Liga del Corazón de Jesús, Mensajeros del Sagrado Corazón, Consagración individual y social al Corazón de Jesús*. La entronización difundida por los padres de los Sagrados Corazones, según declaración apostólica, no se distingue sustancialmente de la Consagración propagada por el P. Ramière.

Todos los escritos y todas las obras del P. Ramière no son sino un desarrollo de lo que ya en germen se contenía en los escritos de Santa Margarita María; pero el P. Ramière, buen conocedor de las dificultades y peligros de nuestros tiempos, lleno por una parte de celo y de caridad verdadera y por otra del sentimiento de la impotencia de los esfuerzos humanos; pertrechado con una buena provisión de ciencia teológica y social, y sin duda

dirigido y llevado del Espíritu de Dios, propone todo un sistema de ciencia espiritual y de sociología sobrenatural. Este sistema puede reducirse a pocas verdades fundamentales y aun cifrarse en dos principios, que son: el primero, el Corazón de Jesús es el centro de toda vida cristiana y espiritual, por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre, de todos los beneficios que le otorga en orden a su santificación y *divinización*; el segundo: el Corazón de Jesús es principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su Amor.

Lógica consecuencia de lo dicho es que todo el esfuerzo del P. Ramière, así en sus escritos como en sus empresas, vaya ordenado a acercar a los hombres a Cristo y a su Corazón sagrado por la oración humilde y fervorosa y por la consagración o entrega sincera, consciente y amorosa de sí y de sus cosas; y esto se empeña en que lo hagan no sólo como individuos, sino también como miembros de la familia y de la sociedad a que pertenezcan, para que en ellas reine Cristo. El P. Ramière, profundo sociólogo, ve al mundo abocado a una catástrofe que tiene por humanamente inevitable; pero cree firmemente que Dios la puede evitar y aún para el caso que Dios la permitiera, estima como prenda segura de la subsiguiente espléndida restauración, la devoción al Sagrado Corazón y las promesas a ella vinculadas.

Nótese que en la doctrina del P. Ramière es sustancial la relación íntima que descubre entre la devoción al Corazón de Jesús, tesoro y fuente manantial de todas las gracias, y la devoción a la Persona Divina del Espíritu Santo, Gracia increada, como dicen los teólogos, Don primordial e infinito de Dios, que recibimos en la justificación y en la santificación. Esta relación que abiertamente hace resaltar el P. Ramière, la vemos ya insinuada en las revelaciones de Paray.

También es muy de considerar en la doctrina espiritual y social del P. Ramière, la intervención que atribuye en la obra de la santificación de las almas y en la realización de los planes salvadores de Jesús a su Madre y Madre nuestra María Santísima. La presenta de una manera precisa como medianera entre Dios y los hombres en la dispensación de la gracia.

3) En la forma que tiene Santa Margarita María de proponer la devoción al Corazón de Jesús y aún en su mismo estilo, hay un no sé qué de heroísmo y austeridad, que bien podría ser que arredrara a no pocas almas enfermizas y pusilánimes de nuestros días.

En los libros del P. Ramière se encierra una tal luz y profundidad de doctrina, que bien pudiera no estar al alcance de no pocas inteligencias débiles, de no pocos espíritus anémicos y apocados.

A estas almas pobres y débiles, miopes y enfermizas, quiere que llegue también su llamamiento misericordioso

el bondadoso Corazón de Jesús, que invita a su banquete a los ciegos, cojos, etc., y les sana como Médico divino. Como mensajera de sus misericordias inefables con estas almas débiles y pequeñas envía el misericordioso Jesús a Santa Teresita, para que reciban aliento, luz y confianza los pobres enfermos de espíritu, tal vez menospreciados o desahuciados de sus maestros y médicos.

Todo el fondo de santa austeridad y severidad de Santa Margarita María, toda la elevación y profundidad de doctrina, de anhelos de esperanzas del P. Enrique Ramière, podrá descubrir en los breves y fragmentarios escritos de la Santita de Lisieux quien lea una y otra vez sus palabras, humilde y amorosamente. Más, reparte ella sus enseñanzas y exhortaciones como envueltas y empapadas en su sonrisa angelical, que es de tal sencillez y agrado, que parece un reflejo viviente y sensible de la ternura del Corazón de Jesús para con los pequeñuelos. Por otra parte, sus enseñanzas van propuestas con tan sencilla llaneza y claridad transparente, que no hay espíritu, por poca cosa que sea, que no pueda hallar allí su alimento acomodado, luz que le guíe y no le ciegue. Y así son incontables las almas antes decaídas y acobardadas, que atraídas y alentadas por el atractivo celestial de la Santa y lo consolador de su doctrina, han cobrado alientos increíbles para subir por el *ascensor* de la humilde y suave confianza hasta la más elevada cumbre del amor de sacrificio; desde el humilde y sencillo sentimiento de su nada y de su impotencia, por el camino de *la infancia espiritual*, sembrado de rosas con espinas, hasta la entrega eficaz, perfecta y absoluta de sí al Amor Misericordioso de Dios. Santa Teresita no sermonea incansablemente sobre la utilidad y necesidad de la devoción al Corazón de Jesús; tampoco teoriza sobre los principios dogmáticos y espirituales en que tal devoción se funda. Pero de la lectura de sus escritos nace espontáneamente en el alma, tan santa, dulce y salvadora devoción, porque el espíritu verdadero de la misma unge y embalsama sus palabras y en ellas el alma que antes no conocía el Amor, lo siente, lo ve y lo gusta.

Las almas tibias y sutilmente sensuales cogerán quizás de las enseñanzas de la Santa sólo las flores, con que las cubre y así distarán mucho de su espíritu, pensando que lo conocen y poseen; pero las almas débiles y humilladas, no; éstas encontrarán en las palabras de la Santa lo que antes tal vez buscaban en balde, el remedio de sus males: el Amor Misericordioso del Corazón de Jesús.

Allí conocerán con nueva luz a María, Madre de Gracia y de Misericordia; allí de una manera singular al Espíritu de Dios, al *Espíritu de Amor*, como suele hablar la Santa, en el cual llamamos a Dios, Padre.

De esta manera el alma se embeberá en estas devociones que son fondo y complemento de la devoción al Corazón de Jesús.

Por lo dicho se entenderá cómo concebía yo el espíritu y la formación de los que formarán *la legión*. Penetrados íntimamente del valor espiritual y social de las Revelaciones de Paray, no vacilarían un punto en aceptar como principal medio de su propia santificación y también de su apostolado el cumplimiento interno y externo, fervoroso y exacto, de los encargos y peticiones que en ellas hace el Sagrado Corazón ni en esforzarse en vivir del espíritu que las anima, ni en poner siempre ante los ojos el ideal sublime que las impulsa y dirige. Encariñados con las gracias y luces que Dios ha derramado en Santa Teresita y en sus escritos, y amaestrados por la experiencia de la virtud espiritual que en ellos se encierra, imitarían su manera de practicar y propagar el espíritu verdadero de la Devoción y de alentarse y esforzarse con sus promesas.

Por fin, no contentándose en cuanto les fuera dado, perezosamente, como la fe del carbonero, procurarían comprender humilde y amorosamente, con el P. Ramière, por qué el Corazón de Jesús es el centro del dogma cristiano y de la vida espiritual y por qué su devoción ha de ser la tabla de salvación en el diluvio de males que nos amenaza y ahoga. Sabrían que no es algo accidental, sino en absoluto esencial en nuestros días el invocar y rendir homenaje a Cristo como Rey de las almas y de los pueblos; la trabazón íntima e indestructible entre la devoción a Cristo Rey y la devoción al Sagrado Corazón, etc., y otros puntos puestos en claro en los escritos del Padre y según estos conocimientos y convicciones más o menos íntimas y profundas, según la capacidad de cada persona y la luz que el Señor le comunicare, determinarían sus miras e impulsarían su acción.



CURIA PRAEPOSITI GENERALIS
SOCIETATIS IESU

ROMA - Borgo S. Spirito, 4

25 de marzo de 1998

Sr. D. José María Mundet
Director de "Cristiandad"
Barcelona

Estimado D. José María:

Le agradezco mucho su carta del pasado 21 de enero, acompañada por el ejemplar de "Cristiandad" en el que se publicó el artículo del P. Cayuela. Pueden sentirse satisfechos por haber propugnado la declaración de Santa Teresa del Niño Jesús como Doctora de la Iglesia, anticipándose así en 25 años a la decisión del Santo Padre.

No podemos sino reconocer que Santa Teresita es un ejemplo atractivo para todo buen cristiano, sobre todo para las nuevas generaciones juveniles. También, por supuesto, para los miembros del Apostolado de la Oración. Con su vida callada, contemplativa, centrada en el mandamiento supremo del amor, supo asociarse a las grandes empresas misioneras de la Iglesia.

Que el Señor siga bendiciendo la Schola Cordis Iesu y su propósito de servicio al Apostolado de la Oración, para bien de la Iglesia entera.

Suyo afectísimo en el mismo Señor,

Peter-Hans Kolvenbach, S.I.

Peter-Hans Kolvenbach, S.I.

AMOR Y CONTEMPLACIÓN

Una tesis nuclear de la doctrina tomista de Ramón Orlandis

EUDALDO FORMENT

1. El intelectualismo egocéntrico

El magisterio filosófico oral y escrito de Ramón Orlandis ha sido de gran fecundidad. Entre los discípulos que formó se encontraban Jaime Bofill y Francisco Canals, con quienes se empezó a conocer la denominada «Escuela Tomista de Barcelona». Uno de los temas nucleares de su síntesis filosófica y teológica, que ha sido desarrollada por sus continuadores, es el del amor personal. El amor tiene tanta importancia en toda la vida del hombre, que incluso se encuentra en su último fin.

En su estudio *El último fin del hombre en Santo Tomás*,¹ se pone de relieve la pertenencia del amor de amistad como elemento esencial de toda contemplación. Lo que supone un verdadero redescubrimiento, ya que se había olvidado en la comprensión de la doctrina del fin último del Aquinate.

Antes de determinar la esencia del último fin del hombre, comienza Orlandis presentando el siguiente problema. Para Santo Tomás: «El fin último a donde ha de tender toda la vida humana no es otro sino alcanzar la posesión de Dios por el conocimiento y la contemplación». La orientación a tal fin tendrá que ser, por tanto, la norma valorativa de los actos humanos. Sin embargo, añade nuestro autor: «La norma de juicio que de continuo aplica el Santo Doctor no suele ser la conducencia o no conducencia al conocimiento de Dios, sino la conformidad o disconformidad con el amor de caridad».²

Además, al sostener el Aquinate, en la *Suma Teológica*,³ que: «el fin último del hombre no puede consistir en la actuación de la voluntad, sino en la de la inteligencia»,⁴ parece mantener una *posición intelectualista*. Explica Orlandis que lo sería todo: «Sistema de moral tal que pusiera el bien supremo del hombre, su bienaventuranza esencial, en la adquisición y posesión intelectual de la verdad, a un sistema moral que apenas tuviera en

cuenta sino las tendencias y aspiraciones intelectuales del hombre. Sistema sería éste evidentemente *egocéntrico*, que haría aspirar al hombre como a su suprema perfección y felicidad, a la adquisición, a la posesión y al goce consiguiente de un tesoro máximo de verdad». Indica también que: «La ética del Estagirita [es] en este punto egocéntrica y pagana».⁵

La situación no cambiaría si se identificara el fin último con Dios. Continuaría siendo un sistema «egocéntrico y glacial», ya que: «Miraría a Dios solamente como bien del hombre, como mero objeto de su satisfacción intelectual. No dejaría por tanto de ser egocéntrico. Por lo que a Dios se refiere, no tendría en cuenta el mérito y el derecho de la divina bondad a ser amada en sí misma con amor de benevolencia. Y por lo que toca al hombre no tendría en cuenta la tendencia, innata en su corazón, a *no encerrarse* en sí, sino a salir de sí por la entrega misteriosa del amor, ni la persuasión universal en todo hombre normal de que la perfección y la nobleza del hombre exigen este *salir de sí mismo*».⁶

2. El amor a la verdad

Orlandis resuelve este problema acudiendo a otra cuestión de la *Suma Teológica*, dedicada a la imagen de Dios en el hombre.⁷ A diferencia del tratado anterior del fin último, en el que se plantea el problema indicado, se establece que el ser humano: «Llega sustancialmente a la perfección en la semejanza de imagen con Dios, Uno y Trino, por el *conocimiento sobrenatural* y el *amor sobrenatural* del mismo Dios». Por ello, concluye: «En este conocimiento y amor sobrenatural pone Santo Tomás el fin último del hombre; en el imperfecto, el fin del hombre en este mundo, en el perfecto y definitivo, el de la vida eterna».⁸

En este pasaje de la *Suma*: «Santo Tomás pone en la contemplación la esencia de la felicidad propia de la vida

1. RAMÓN ORLANDIS, «El último fin del hombre en Santo Tomás», en *Manresa* (Madrid) 14 (1942), pp. 7-25; 15 (1942), pp. 107-117; y 19 (1943), pp. 34-53.

2. *Ibid.*, I, op. cit., p. 8.

3. SANTO TOMÁS, I-II, q. 3, a. 4, in c.

4. RAMÓN ORLANDIS, «El último fin del hombre en Santo Tomás», op. cit., I, p. 9

5. *Ibid.*, I, p. 10.

6. *Ibid.*, I, p. 11.

7. SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, I, q. 93

8. RAMÓN ORLANDIS, «El último fin del hombre en Santo Tomás», op. cit., I, p. 25.

temporal, no menos que la de la perfecta». ⁹ Y, en ambas, el último fin es el mismo: la contemplación de la verdad divina, el conocimiento y el amor de Dios, aunque en distinto grado.

Advierte Orlandis que este amor no puede ser el mismo que el anterior, que implicaba el deleite, que seguía al conocimiento. El amor que conlleva el conocimiento: «No es el de caridad, no es sino un afecto egocéntrico, un amor de la perfección propia y de sus complementos, un amor que ansiaba la adquisición de la verdad y que, una vez adquirida, descansa en ella, como en su propiedad y riqueza». ¹⁰

Debe tenerse en cuenta que: «Esencialmente *egocéntrica* es la tendencia del entendimiento; ya que éste esencialmente tiende a asimilarse lo inteligible, traérselo a sí, a enriquecerse con la posesión de la verdad conocida y asimilada». ¹¹

La persona es un ser singular, que es una parte de la realidad creada. Por ser parte del todo, es deficiente, es una «perfección imperfecta». Vive entre otros seres singulares y tiene necesidad de comunicarse con ellos para compensar esta limitación, para perfeccionarse, y lo hace con su entendimiento. Con la universalidad e infinitud de su conocimiento intelectual, supera y trasciende su misma singularidad.

La perfección de su entendimiento le es útil al hombre para reparar su deficiencia en cuanto parte del todo, porque, como dice el Aquinate, gracias a él: «La perfección, que es propia de una cosa, se encuentra en otra (...) por esto, dice Aristóteles, en III *De Anima* que “el alma es en cierto modo todo”, porque está hecha para conocerlo todo. Y según este modo, es posible que en una cosa exista toda la perfección del universo. De donde ésta es la última perfección a que podría llegar el alma, según los filósofos, que en ella se describiese todo el orden del universo y sus causas, en lo que pusieron el fin último del hombre». ¹²

Aún reconociendo, por este motivo, que la inteligencia es la facultad más noble del hombre también hay que admitir que el intelecto *no es todo* el hombre. El hombre posee otra gran facultad espiritual, la *voluntad*, y es lógico pensar que intervendrá también en la consecución del último fin, al logro de la felicidad.

Además, la concepción de la contemplación como puramente intelectual sería también antihumana, porque ignoraría tendencias muy profundas. «¿Quién habrá que pueda sentirse en el colmo de la felicidad sólo por cono-

cer la verdad, sin tener satisfecha la necesidad de amar y ser amado? ¿No es por ventura la bienaventuranza, según el pensamiento del Santo Doctor, la perfección consumada, el colmo o ápice de la perfección? Por consiguiente, lo que es esencial en la perfección no puede ser menos de ser esencial en la bienaventuranza». ¹³

3. El amor de amistad

Todo este problema —indica Orlandis—, que afecta a la filosofía y a la teología, queda solucionado, si se advierte que en Santo Tomás: «La contemplación beatificante, como tal, mira y considera a Dios no tan sólo como *Verdad suprema*, como bien supremo de la inteligencia, sino también como en sí mismo y por sí mismo *amable*, como en sí mismo y por sí mismo bueno, como en sí mismo y por sí mismo dignísimo acreedor al amor de benevolencia; y esto de tal manera que si no lo mirara y considerara así ya no sería la contemplación beatificante».

Si, por el contrario, la contemplación beatificante mirara a Dios: «Solamente como suprema Verdad, como bien de la inteligencia», entonces: «La contemplación beatificante como tal sería puramente especulativa y no tendría virtualidad para mover al amor de benevolencia, y, por tanto, menos al de caridad». ¹⁴ La función de la voluntad en la contemplación podría ser la de amar el bien de la inteligencia. La posesión de la verdad proporcionaría un verdadero goce. Ciertamente se da este *gaudium de veritate*, pero no es este el único papel de la voluntad.

La compensación a la «perfección imperfecta», que es el hombre, y que explica su aspiración unitiva y posesiva hacia lo demás se consigue con la inteligencia y la voluntad en un proceso continuo. Su primera fase comenzará con la intervención de la inteligencia captando la esencia abstracta y universal del objeto. Después la misma facultad intelectual juzgará sobre su bondad, su participación en el ser. Seguidamente intervendrá la voluntad que lo querrá si es bueno o lo rechazará, si es malo. Por último, otras facultades me permitirán conseguir la unión real, fin y efecto del amor de posesión y de amistad. Tal unión efectiva se conseguirá con instrumentos o facultades sensibles si lo amado es material. En cambio, si es espiritual, sólo se dejará poseer por el entendimiento. En esta *posesión intelectual* consiste la contemplación.

Este conocimiento intelectual beatificante, sin embar-

9. Ibid., II, p. 117.

10. Ibid., III, p. 53.

11. Ibid., III, p. 36.

12. SANTO TOMÁS, *De veritate*, q. 2, a. 2, in c.

13. RAMÓN ORLANDIS, «El último fin del hombre en Santo Tomás», op. cit., III, p. 36.

14. Ibid., III, p. 43.

go, no es idéntico al mero conocimiento intelectual, que tiene por objeto lo *abstracto y universal* y que no tienen en cuenta lo singular en que se realiza. La contemplación, en cambio, tiene por objeto lo *concreto e individual* y, que, además no sólo es *real*, sino que *está presente* en su propio ser.

La contemplación tiene además una quinta característica esencial: el *amor a la persona* contemplada. Amar es querer el bien para alguien. El *amor de posesión* y el *amor de benevolencia* son las dos especies del amor. El amor de posesión, que se tiene a los seres irracionales, y que por aberración puede tenerse a las personas, no es desinteresado, porque en el fondo es amor de sí. Aunque hay un objeto amado, el amor no se detiene en él, sino que vuelve al sujeto del que parte. En cambio, el amor de benevolencia, que merecen las personas, no es interesado, porque sólo se busca el bien de lo amado, que aparece como un fin del mismo sujeto, aunque va acompañado de amor posesivo, por buscar la unión.

Cuando el amor de benevolencia es bilateral se convierte en *amor de amistad*. El amor de amistad es esencialmente amor mutuo. En la amistad siempre se precisa la correspondencia, aunque el grado de amor entre ambas personas no sea exactamente el mismo y exista una cierta desnivelación. La reciprocidad es una exigencia de la comunicación plena a que aspira todo amor. El amor no es únicamente una aspiración a ser comprendido, apreciado, acogido y, por tanto, a ser amado, sino también necesariamente a dar a impartir amor. El amor en su plenitud es donación.

Además de las propiedades de benevolencia y reciprocidad, la amistad debe poseer una tercera cualidad esencial: la *unión afectuosa*. El amigo, en la verdadera amistad, es «sentido» como «otro yo», está unido afectivamente con él. Sentimentalmente la persona se transforma en el amigo, aunque real y efectivamente continúa conservando su propio ser.

En la amistad, se da otra unión, la *real o efectiva*, que es un efecto de la amistad. Se trata de una unión que es una comunicación o comunión de vida, una convivencia. La vida que se comunica en la amistad es la vida personal, la propiamente humana. Por ello, en la donación recíproca amistosa los amigos se intercambian sus pensamientos, voluntades y afectos, que pertenecen a la propia intimidad personal y son sus mejores bienes propios.

No es posible, por ello, tener amor de amistad, en sentido estricto, con los seres irracionales, tanto los inertes como los vivientes, plantas y animales, porque con ellos no se puede entablar ninguna comunicación en la vida humana, la cual es según la razón. Solo la persona puede despertar un amor pleno, el amor de donación recíproca, que se constituye por una unión afectuosa y origina una comunicación de vida personal.

4. Amor y unión real intelectual

Esta última característica no está en la contemplación estética, que puede tenerse hacia lo infrapersonal, porque no hay amor de donación, ni, por ello, comunicación personal. Provoca la admiración pero no la felicidad plena. Hay un amor hacia el acto de «ver» pero no hacia el mismo objeto.

La contemplación amorosa, aunque sea intelectual, no tiene la función del mero entendimiento, no pretende enriquecer al sujeto proporcionándole la *esencia abstracta y universal* de los objetos, sino que los hace presentes a la voluntad en su mismo *ser individual*, gracias a la voluntad, a su acto de amor espiritual, que consigue la unión afectiva y la efectiva con el entendimiento.

La relación de amistad personal, la que merecen las personas, es la más perfecta de todas, precisamente por finalizar en la actividad contemplativa, una actividad *intelectual* causada por el amor, por la *voluntad afectiva*, y que tiene por objeto la persona, lo más individual, y que, por ser espiritual, no es impenetrable a la inteligencia, como los seres singulares materiales. La persona, cuando es contemplada por el amor que se le profesa y a la vez es contemplada como amante, se hace presente en su misma realidad e individualidad al sujeto, está unida verdaderamente con ella, ambos están compenetrados en una unión real en el entendimiento, que proporciona un conocimiento que nace del amor y que lo alimenta.

Con la contemplación se realiza la forma más perfecta de presencia, la «intimidad» o «comunión» con el amigo, la participación con él de una misma *vida interior*, el convertirse en «una sola cosa». No es el resultado de una especie de *curiosidad* intelectual, que violaría el misterio de la persona y que no provoca el amor sino un encerrarse defensivamente. Es fruto de la confianza del amado, que provoca su confidencia, el diálogo.

Esta doctrina de la contemplación amistosa y de su primacía es fundamental en el pensamiento de Santo Tomás. La idea de perfección humana o de promoción de su misma humanidad se basa en esta primacía sobre todas las acciones, que tiene que realizar el hombre como ser también corporal. El valor de toda acción lo es siempre en cuanto *subordinada* a la contemplación. Toda acción es siempre relativa a la contemplación amorosa personal, porque la prepara o es su consecuencia.

5. La contemplación del amor de Dios

En los pasajes citados de Santo Tomás, no hay doctrinas distintas. Aquellos en que dice que con la total satisfacción de la necesidad de la verdad, el hombre ya logra la felicidad, no ofrecen dificultad, si se tiene en

cuenta: «Cuál es el objeto de la contemplación beatificante: la esencia misma de la primera causa, es decir, Dios mismo visto como primera causa».

Aunque tal visión parezca únicamente intelectual, no lo es, como revela la misma naturaleza de su objeto. En primer lugar, porque: «Dios no es primera causa solamente por su omnipotencia, lo es por su infinita perfección y ejemplaridad, lo es por su arte divino, lo es por su *bondad infinita*, y por su *amor comunicativo*: luego, conocer perfectamente la esencia de la primera causa es conocer su infinita perfección e inmutabilidad, es conocerlo como arquetipo y ejemplar de lo creado y de lo creable, es conocerlo como causa final de todo lo producible y como centro a donde han de converger todos los seres con todas sus tendencias, aspiraciones y actividades».¹⁵

En segundo lugar, porque: «La contemplación beatificante, según Santo Tomás, es Dios, no solamente en cuanto es verdad o belleza o bondad absoluta, sino también en cuanto se nos revela ofreciéndonos su divina *amistad* y pidiéndonos la nuestra». El amor que da Dios y que pide correspondencia es «El amor de amistad (...) es el amor mutuo de benevolencia entre dos personas, fundado en la posesión o aprecio común de un mismo bien (...) y completado y fomentado por la convivencia y el trato».¹⁶

Explica Orlandis que, por una parte, la contemplación requiere esencialmente la caridad o el amor de amistad entre Dios y el hombre. El fundamento de este amor es «La comunicación que Dios hace o promete hacer al hombre de su propia bienaventuranza divina, para que el hombre, en cuanto es posible, sea copartícipe de ella, para que el hombre la posea junto con Dios; y al entregarle o prometerle su bienaventuranza le entrega o le

promete toda su perfección infinita, su verdad, su belleza, su bondad amabilísima, su amor infinito».

Por otra, que: «En esta vida temporal por la revelación y la fe, Dios notifica al hombre esta su promesa; y al notificárselo le promete al mismo tiempo los medios para que pueda alcanzar lo prometido y ser acreedor de ello». No obstante, no es todavía suficiente: «Para que se dé amistad entre Dios y el hombre, no faltará sino que el hombre responda con amor al amor de Dios».

Este mismo amor de Dios se manifiesta en que: «Como el hombre con sus fuerzas naturales no puede corresponder al amor de Dios, Dios mismo le hace capaz de él por la infusión del Espíritu Santo que es el amor del Padre y del Hijo, cuya participación en nosotros es la misma caridad creada». Precisa Orlandis que: «De este amor nace la vida espiritual, la convivencia, el trato familiar con Dios y con los ángeles, imperfecto en este mundo, perfecto en el cielo».¹⁷

Para Santo Tomás, concluye nuestro autor: «El objeto de la contemplación beatificante es el *amor de caridad de Dios al hombre*».¹⁸ Explica Orlandis que: «Si el amor de caridad del hombre, según lo dicho, es amor de correspondencia al amor de Dios, el amor de caridad tiene por motivo no tan sólo la bondad de Dios en sí misma considerada, sino el amor mismo de Dios, por el cual nos promete y nos entrega su propia bienaventuranza perfecta».¹⁹

Esta profundización de Ramón Orlandis en la naturaleza de la contemplación muestra, en definitiva, que ésta no lleva nunca al egocentrismo, sino que mueve al amor de amistad hacia Dios, a satisfacer el deseo natural de amar a Dios más que a sí mismo.

15. Ibid., III, p. 45.

16. Ibid., III, pp. 48-49.

17. Ibid., III, p. 51.

18. Ibid., III, p. 52.

19. Ibid., III, pp. 51-52.

«Contemplan a Cristo»

Contemplan pobres y ricos, nobles y plebeyos, sabios e ignorantes, a Cristo presente en su Reino, viviente en su Iglesia, *hermoso y gracioso*, como dice San Ignacio, entre los hijos de los hombres, y no les arredrará su verdadera doctrina, antes bien les atraerá. Contemplan a Cristo presente en su Iglesia, no con aquella presencia corporal y visible que soñaron los milenarios, pero sí con la presencia de gobierno, con la presencia de providencia amorosa, con la presencia de Cabeza mística que influye en sus miembros, en los que acatan y aman su soberanía, su vida, su verdad, su amor.

RAMÓN ORLANDIS, S.I.: «Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey», *Cristiandad*, núm. 39, 1 de noviembre de 1945.

Colaborador en el «encargo suavísimo»

José María Alsina Casanova, pbro., redactor de esta revista y miembro de Schola Cordis Iesu, presentó en 1996, en Burgos, una tesis para la obtención del grado de Licenciatura en Teología Espiritual que llevaba por título «Líneas maestras de la espiritualidad de R. Orlandis Despuig, S.I. (1873-1958)». Ofrecemos a continuación las conclusiones de la citada tesis, que ponen de manifiesto la traza profunda y clara entre los diversos rasgos del pensamiento de Ramon Orlandis.

La espiritualidad del P. Orlandis encuentra como nota característica la unidad inseparable de aquellos dos aspectos sobre los que centró toda su labor apostólica: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y los Ejercicios Espirituales de San Ignacio.

El valor de la obra del P. Orlandis proviene de haber colaborado eficazmente al servicio de aquel «encargo suavísimo» que el mismo Jesucristo confió a los hijos de San Ignacio en Paray-le-Monial, a través de San Claudio de la Colombière, de «hacer ver y dar a conocer la utilidad y el valor de la devoción al Corazón de Jesús». ¹ Esta colaboración, nuestro autor la ha realizado desde una doble perspectiva: por un lado, iluminando los contenidos de la devoción al Sagrado Corazón desde la profundidad del mensaje de los Ejercicios, y por otro, salvando los peligros que acechaban en su época sobre la interpretación de los Ejercicios, desde la aplicación de la luz teológica y espiritual ofrecida por esta devoción.

El P. Bertrand de Margerie se ha atrevido a escribir que si «San Ignacio viviera daría sus Ejercicios en el Corazón del Salvador». ² De hecho, el amor apasionado que el santo de Loyola tenía por la persona de Cristo, trasluce en todo momento el más profundo significado de la devoción al Sagrado Corazón. No hay que esforzarse mucho para ver reflejado aquel «misterio tan divino y humano» en momentos centrales de los Ejercicios como el coloquio de los pecados ante el «Señor puesto en cruz», o las peticiones de cada una de las semanas en las que se busca aquel «conocimiento interno» que conduce al amor y seguimiento perfecto de Cristo, a la par-

ticipación con Cristo doloroso, al gozo con Cristo glorificado. ³

Es lógico, por tanto, que el P. Orlandis encontrara en los Ejercicios un lugar privilegiado al que acudir para profundizar sobre los contenidos de esta devoción. Aun más, si hacemos una lectura rápida del método ignaciano advertiremos cómo han quedado perfectamente caracterizados aquellos dos aspectos que nuestro autor consideró como inseparables en la comprensión «genuina» de esta devoción:

— Así, la necesidad de respuesta personal desde la reparación por el pecado propio y de los demás hombres es un fruto que se deduce de la contemplación, en la tercera semana, del misterio pascual de Cristo, «en quien su Divinidad se esconde y deja sufrir tan crudelísimamente su humanidad». ⁴

— El otro aspecto, en el que quizás se repara menos al hablar de los Ejercicios, nuclear en la presentación que nuestro autor hace de la devoción al Corazón de Jesús, es la idea de Cristo Rey. Basta leer la meditación del Rey temporal. En ella San Ignacio pretende que el ejercitante se enamore de Cristo, se entusiasme con Cristo, y con Cristo Rey, cuya voluntad no es otra que «conquistar todo el mundo y todos los enemigos». ⁵ El principio y fundamento que se propone al inicio de los Ejercicios, por el que el hombre en particular cae en la cuenta del fin para el que ha sido creado, toma en esta meditación una dimensión universal. Cristo, como se contemplará en la tercera semana, en virtud de su ofrenda en la Cruz, queda constituido como Rey de derecho de todas las gentes. Ahora Él envía a cada hombre a trabajar para que se adelante aquel día en el que será reconocido como Rey de hecho, es decir, como primogénito de «todo pueblo, raza y nación». Este es el espíritu que anima la segunda, tercera y cuartas semanas, así como la conocida meditación de las dos Banderas.

1. Santa Margarita María de Alacoque: *Carta 90* en *Vida y Obras*, II, Madrid, 1921, p. 364. En varias de sus cartas la Santa hace una mención explícita a este encargo: «Jesucristo me ha dado a conocer, de modo que no deja lugar a duda, que por medio de los Padres de la Compañía principalmente quería establecer en todas partes esta sólida devoción, y formarse con ella un número infinito de siervos fieles y hijos verdaderamente agradecidos». *Carta 141*, *ibid.*, 554.- Cf. *Cart. 131*, *Ibid.*, 474.

2. Cf. *Retraite théologique avec des exercices de Saint Ignace de Loyola*, Montsûrs, 1981, 9.

3. EE., 53; 104; 193; 221.

4. EE., 196.

5. EE., 95.

La aplicación sobre los Ejercicios de los contenidos teológicos de la devoción al Corazón de Jesús, para salir al paso de las interpretaciones erróneas del método ignaciano, constituye la segunda aportación que nos ofrece la espiritualidad del P. Orlandis. La clave del análisis que nuestro autor realiza desde esta perspectiva, nos la dan aquellas palabras con las que sintetizó el pensamiento de su maestro, el P. Enrique Ramière: «El Cristianismo no ha venido a suprimir nada de lo propio de la naturaleza humana, sino a jerarquizarlo todo en un orden de valores conducente al fin sobrenatural». ⁶ Al servicio de esta jerarquización de todos los elementos, naturales y sobrenaturales, con los que cuenta San Ignacio en su método, se pone esta «síntesis del misterio cristiano» significada en la devoción al Sagrado Corazón.

La devoción al Sagrado Corazón, desde su «comprensión genuina», se presenta en el análisis del P. Orlandis como remedio ante cualquier exceso o defecto en la relación fe-razón, naturaleza-gracia, que recorre todo el espíritu y la letra de los Ejercicios. El naturalismo o neopelagianismo y el misticismo que surgen, o bien de una ten-

dencia en la que la eficacia intrínseca de la gracia queda desvirtuada o bien de aquella otra postura que lleva a un desprecio del mismo orden salvífico inscrito en la naturaleza de las cosas, encuentran su remedio en el fin elevador y sobrenaturalizador contenido en la devoción al Corazón de Jesús. Lo que precisamente explica que además de la devoción al Sagrado Corazón, el P. Orlandis se sirva de la sistematización tomista sobre la primacía de la gracia y los dones del Espíritu Santo, es su celo por una recta aplicación de los criterios señalados por San Ignacio en los Ejercicios.

La obra que acabamos de estudiar nos sitúa ante un personaje que puso su talento humano y espiritual al servicio de una visión sintética de la fe y de la vida cristiana. Que no hacemos un juicio valorativo equivocado nos lo prueba el hecho de que este jesuita, conocedor de las lenguas clásicas, amante de la filosofía y «teólogo de la historia», no dudara en presentarse como «hombre de tres libros»: la «Summa Theologica» de Santo Tomás, los «Ejercicios Espirituales» de San Ignacio y las obras de Santa Teresa del Niño Jesús. ⁷

6. Cit. en J. M.^o Minoves, «Schola Cordis Iesu: el nacimiento de Cristiandad», *Cristiandad* 331/X (1958) 34-35.

7. Cf. F. Canals, «El Padre Orlandis, "hombre de tres libros"», *Cristiandad* 720-723/XLVII (1990) 13-16.

«Esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo»

En la Edad Media, ya pretérita, miraban los hombres en el Papa, y con razón porque lo es, al Vicario de Jesucristo; mas sucedió no pocas veces que su vista se fijaba en demasía en el Vicario, queremos decir en el hombre, y con esto se olvidaban de Jesucristo y así se sublevaban contra la supremacía del Papa, porque su orgullo les hacía ver en él a un soberano temporal que pretendía dominarles.

En la idea del Reino de Cristo, en el primer término se nos presenta Jesucristo viviente en su Iglesia, viviente en su representante en la tierra. Si así llegara a mirarse por todo el mundo al Vicario de Jesucristo, se le vería siempre sobrenaturalizado, más aún, divinizado.

Esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice. Esta vida sobrenatural es la que trae consigo el reinado de Jesucristo; ésta es la que implora sin darse cuenta la indigencia de nuestro tiempo, ésta es la que reclama el alma de nuestra sociedad.

El Reinado de Jesucristo, la idea de Cristo Rey es de actualidad vital para el alma del género humano, es una *actualidad psicológica*.

Ramón Orlandis: «Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey», *Cristiandad*, núm. 39, 1 de noviembre de 1945.

La consolación en los Ejercicios

Texto de la carta que el Padre Leturia, S.I., escribió al Padre Orlandis en 1940 encomiando los artículos que éste había escrito en la revista Manresa de comentario a los Ejercicios de san Ignacio.

Borgo S. Spirito, 5
Roma, 8 de Octubre de 1940

R.P. Ramón Orlandis, S.I.
P.Ch.

Amado en Ch. Padre: Cuando pasé de vuelta por Barcelona, no había tenido aún ocasión de leer despacio los artículos de VR. en *Manresa*, que tan delicadamente me regaló —y encuadernados— al vernos ahí en julio; es que mis dos meses en España resultaron más apretados de lo que yo planeaba, y no pude así hacer mis propios Ejercicios. De ahí que nada pudiera decir a VR. el día y medio que estuve ahí en septiembre.

Ahora los he leído ya en la paz de mis propios Ejercicios, y quiero agradecer en seguida a VR. el regalo que nos ha hecho. Y no hablo ya del ejemplar que me dio (aunque por su rareza y por venir de quien viene tanto vale), sino del estudio mismo y de las materias capitales que trata. No soy muy entusiasta de los libros y artículos de comentario de los Ejercicios, pues aunque en todos generalmente halle algo de provecho, lo más me parece cosa conocida y aun vivida que —al menos para nosotros— no merece la pena de tanto papel y gasto. Por eso prefiero notar y aprovechar esa nueva luz de cada comentarista vivo en Ejercicios dados por ellos. De esto sí he tenido siempre verdadera hambre.

Pero de esa apreciación o si se quiere manía mía contra los comentarios escritos de los Ejercicios que no sean muy sobresalientes (al estilo de La Palma, a quien he adorado siempre), he excluido desde el principio los artículos de VR. Desde el primero, adiviné algo que llevo también muy adentro hace años, y es que VR. no expresó con claridad hasta el artículo del mes de abril de 1936, páginas 30-31, cuando en forma fina y velada reacciona contra el insistir en la meditación de las tres potencias y olvidar casi las Contemplaciones, pasar por brasas el segundo tiempo de elección y proponer como «nuestro» el tercero, insistir en la virtud y en la solidez de virtud seca y apenas hablar de la consolación, etc., etc. Todo lo que sea insistir en este aspecto del problema en los Ejercicios y reaccionar con justeza y profundidad contra la mecanización semipelagiana y semiestoica de la Vía

ignaciana me encanta, y me parece necesarísimo para mí y para otros. Y creo no engañarme si digo (y lo vi desde el primer artículo) que ahí está el nervio de los estudios de VR. Y no por reaccionar ni por prurito de crítica, sino porque lo otro es no entender y aun deformar nuestro mayor tesoro, los Ejercicios. Y además (¡qué bien lo muestra VR.!) apartarnos de los primeros grandes comentaristas.

Aquí en La Gregoriana se tuvo el curso pasado la defensa de una tesis de un P. venezolano, S.I., con este título: «La experiencia-consolación en los Ejercicios de San Ignacio». Apenas había leído los artículos de VR. (aunque yo ya se los indiqué), pero por eso mismo es de mayor interés cómo en las más de las ideas fundamentales —y sobre todo en la finalidad— coinciden ambos trabajos. Aunque el de VR. es obra madura de un teólogo perfecto conocedor y admirador de Santo Tomás; y el del P. Plaza es brote generoso y genial de un P. joven apenas salido de la tercera probación. Me tocó hacer de censor segundo de la tesis y de su examen, y hube de ponerle para la impresión algunas condiciones, cuyo cumplimiento retrasarán un tanto la impresión.

La principal es que no recalca suficiente «las dos maneras de obrar» y «los tres estados de espíritu», de donde —por recalcar la importancia de la consolación— parece que es fin simplemente de los Ejercicios, o al menos, que éstos no nos dan todo un sistema o «estado» que se tiene en pie aun sin consolaciones...

En una cosa, sin embargo (y perdone VR. mi irreverente atrevimiento en anotarlo, pero veo en sus artículos un alma tan sincera y tan humilde que creo ha de recibir con agrado mi observación), creo que el P. Plaza lleva alguna ventaja a VR.; y es en no escribir artículos sino libro... Aunque se trate de una formalidad, pero no deja de tener —o mucho me engaño— bastante importancia. La tesis de VR. y el modo exhaustivo y profundizador de mostrarla, exigen un esfuerzo nada pequeño en el lector, pues sin tener simultáneamente presentes los principios ya asentados en estudios anteriores y ciertos matices indicados, pero no expuestos aún adecuadamente, no se alcanza la visión de conjunto. Ahora bien, en un libro cómodo y provisto de índices, repleto además de referencias y llamadas esa labor del lector es más fácil.

En artículos sueltos y separados, bastante difícil. Además el trabajo de VR. hace la impresión que no se concibió desde el principio como obra completa y densa, sino que la materia misma que se le crecía al correr la pluma y peticiones de personas de autoridad, le fueron arras-trando a unas dimensiones no proyectadas al comienzo. De aquí que muestra en varios pasajes ciertos cambios de rumbo, ciertas repeticiones, ciertas promesas no cum-plidas, y tal vez cierta lentitud en llegar rápido y contundente al tuétano y vértebra del problema que se ha apun-tado desde el principio. Yo, desde luego, hubiera preferido pasar pronto, pronto al último artículo publicado «moción de espíritus».

Quiero apuntar (con todo esto) amado y estimadísimo P. Orlandis, que a mí pobre juicio, el camino de hacer VR. un insigne servicio a la Compañía y a la Iglesia, es articular, no artículos de *Manresa*, sino un libro de sín-tesis y análisis bien pensado y tratado, donde evitando decir dos veces lo que basta se haya dicho y bien dicho una vez, se pongan y prueben al principio los fundamen-tos de la concepción, y se muestren luego las consecuen-cias y el uso. Y si VR., por un sentimiento de extrema

benignidad y deferencia quiere seguir un gusto mío, crea que los lectores damos a VR. en sí misma más autoridad de la que piensa, y que aunque que gocemos en ver prue-ba con La Palma, Gagliardi y Suárez sus ideas, creemos que la raíz principal de donde saca sus profundas obser-vaciones no han sido —al menos al principio— esos autores, sino fuentes más inmediatas y recónditas de los Ejercicios mismos y de la Teología del Angélico, ellos y ella vividos más que leídos... No se si he alcanzado a explicarme.

Ni esta indicación mía ha de contrariar —me pare-ce— a la revista *Manresa*, y a su celante y bondadoso director, a quien conozco y amo tantos años hace... A la revista dedicaría yo, en el caso de VR., tres o cuatro estudios fundamentales que descubran la caza y anun-cien y hagan ansiar el libro; y una vez publicado, algu-nos otros de respuesta y explicación a las críticas hechas.

VR. me perdone la efusión atrevida de estas líneas. «Scio cui credidi...»

Y pida mucho por su afmo en Ch.

PEDRO LETURIA, S.I.

La sobrenaturalidad de la vida en los Ejercicios

Creemos deber insistir en la denuncia de un peligro —y tal vez de un hecho— en la manera de entender, de enfocar y de proponer las ense-ñanzas y prescripciones de San Ignacio en sus Ejercicios... El peligro que tememos es el de que la doctrina y el arte de San Ignacio quede mutilado y por ende falseado por quienquiera que lo mire, lo enfoque y lo aplique de una manera par-cial, dejando a un lado, o poco menos, los ele-mentos más valiosos y característicos del libro de los Ejercicios.

Nos mueve a recelar este peligro la observa-ción... de la importancia excesiva y casi exclusi-va que a nuestro humilde parecer se da tal vez en los Ejercicios a elementos y procesos en que la vida espiritual se presenta más por su aspecto humano y natural que por el divino y sobrenatu-ral. Algunos ejemplos darán luz a nuestros rece-los. El ponderar la sencillez y eficacia de la me-ditación discursiva... dejando en la penumbra otros modos de orar ulteriores, tales como la con-

templación de personas, palabras y obras, etc., sin discernirla de la meditación discursiva; el in-culcar con más ahínco la meditación y las con-vicciones intelectuales, que de ella se esperan, que el allegamiento a Dios por medio de la hu-milde oración; el insistir de una manera predomi-nante en la necesidad del conato e industria del hombre, y no tanto en el valor y virtualidad de la gracia sobrenatural; el hablar de tal manera de las virtudes, que se dé pretexto a pensar que las peculiares y características de la vida espiritual son fruto del ejercicio humano y no de la infu-sión divina sobrenatural... el hacer resaltar insis-tentemente que los Ejercicios son para desarrai-gar las afecciones desordenadas y menos para fo-mentar santos y sobrenaturales afectos, en espe-cial de amor y de caridad...

RAMÓN ORLANDIS, S.I.:
Manresa, abril de 1936, pp. 30-31.

El P. Ramón Orlandis, apóstol, sabio y humanista

En diciembre de 1957 se suspendió momentáneamente la publicación de la revista CRISTIANDAD; en febrero de 1958 fallecía el Padre Orlandis y en septiembre del mismo año reaparecía la revista, precisamente con un número dedicado a quien había sido su «curador», como le gustaba decir al Padre. Esta reaparición inspiró al eminente crítico e historiador Manuel de Montoliu el siguiente artículo, que publicó en el Diario de Barcelona el 23 de octubre de 1958.

De repente hemos visto alzarse entre nosotros una personalidad extraordinaria, ignorada en el público. Y se ha alzado cuando ya estaba tendido en la sepultura. ¿Quién es? ¿Quién es?, se preguntan las gentes cuando les anunciamos que esta novísima gran personalidad ha muerto en medio del gran silencio que sigue al fallecimiento de uno de tantos. Al cabo de un mes o dos de su muerte, su nombre brota ya de los labios de muchas gentes interesadas en descifrar el secreto de la vida de este sabio santo y de este santo sabio, que ha vivido más de ochenta años entre nosotros oculto en las densas sombras del anonimato y que no ha salido de ellas hasta que su cuerpo ha caído inerte en la tiniebla de la última morada. El nombre de este extraordinario sabio y santo empieza a sonar en grupos no muy numerosos. Su nombre es Ramón Orlandis, hijo de Mallorca, jesuita, hombre de una gran sabiduría, de un gran corazón, gran apóstol, gran maestro, que dedicó toda su vida a reclutar jóvenes dotados de las más altas cualidades morales e intelectuales y a educarlos e instruirlos en un apostolado del más alto tono intelectual. Más que personalmente, se daba a conocer por lo que hacían y hablaban sus jóvenes alumnos bajo la inspiración constante del que era su maestro.

En la casa número 13 de la calle Lauria, tenía el Padre Orlandis el local destinado a las reuniones y juntas de sus discípulos y a albergar una espléndida biblioteca. Allí le encontraba yo siempre en su reducido despacho, allí le veía con un libro de historia o de filosofía o con un antiguo texto griego o hebreo en las manos. El Padre Orlandis era un sabio enciclopédico. No publicaba libros. Eran las conferencias, los coloquios, las simples conversaciones con sus discípulos las fuentes de las que él extraía las aguas vivas de un apostolado dinámico, fecundo, improvisado en el momento de hablar, pero con una base inmovible de los más vastos conocimientos teológicos, filosóficos, históricos y bíblicos. Su arte de enseñar era único y radicalmente personal: «modo especial de enseñar, escribe uno de sus discípulos, nunca ago-

biante, aunque era continuo, vastísimo, pues versaba sobre todo y lo aplicaba a todas las ocasiones». Su cultura era simplemente portentosa en el campo de las humanidades: la literatura clásica griega y latina, la filosofía y la teología en sus manifestaciones más antiguas y modernas, las ciencias religiosas y sobre todo la Historia en toda su amplitud tenían en el Padre Orlandis un maestro de indiscutible autoridad. Y toda esta enorme erudición le servía exclusivamente de arsenal, un arsenal inagotable para enriquecer y robustecer el ardiente proselitismo con el que combatía sin tregua contra las desviaciones de ciertos católicos cultos que se empeñan en ver una ridiculez en algunas orientaciones de la moderna devoción católica, como la del Sagrado Corazón de Jesús, que son tachadas por ellas de superficiales, frívolas y blandengues.

El Padre Orlandis hizo una de las finalidades de su vida el combatir cara a cara y sin reposo a este enemigo solapado y tenía siempre presente que la consagración por León XIII del género humano fue fruto de la devoción al Sagrado Corazón y que la introducción canónica por Pío XII de la fiesta de Cristo Rey brotó de la misma fuente: la devoción al Sagrado Corazón. El padre Orlandis en un espléndido artículo titulado «Pensamientos y ocurrencias», libra, por decirlo así, el combate decisivo a esta polémica, trazando la historia del culto al Sagrado Corazón, y nos descubre la relación íntima entre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y la devoción al Espíritu Santo y también la relación profunda de la mística de Santa Teresa de Lisieux con la del Sagrado Corazón de Jesús.

Como el que suscribe desea que los lectores obtengan de este artículo un provecho positivo dándoles a conocer en sus líneas esenciales, la polifacética personalidad del P. Orlandis, vamos a trazar las principales etapas de su infatigable apostolado. Primera etapa: formación de un grupo de jóvenes cultos que se tituló «Juventus», que recibían en las pláticas de su director enseñanzas y orientaciones para propagar los nuevos ideales del apostola-

do. La segunda etapa es la fundación de otra agrupación con los mismos discípulos: lleva el nombre de «Schola Cordis Iesu»: en esta etapa, el primer escalón de su enseñanza fueron los conocimientos del momento actual; el segundo fue el de la profundización de la vida doctrinal, y el tercero la profundización de la vida espiritual. La tercera etapa es una revista. Se titula «Cristiandad», que apareció en 1944. Lleva un lema del P. Ramière: «El Cristianismo no ha venido a suprimir nada de lo propio a la naturaleza humana, sino a jerarquizarlo todo en un orden de valores conducente al fin sobrenatural».

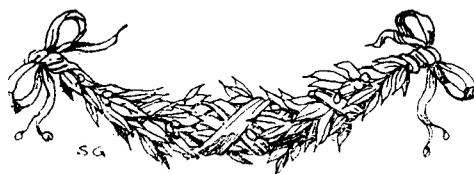
Entre todos los variados aspectos de su extraordinaria cultura sobresale indudablemente el de su dilatado y profundo conocimiento de la Historia. Tanto es así, que ha sido llamado con gran razón el gran teólogo de la Historia, y renueva con acierto la orientación de Bossuet con las modificaciones impuestas por los tiempos presentes. Son definitivas las afirmaciones con las que el padre Segura, S. J., define este aspecto de la personalidad del P. Orlandis: «Para él, genial teólogo de la Historia, toda la Historia era Sagrada. Los dos testamentos divinos se prolongaban en la Historia de la Iglesia y era siempre Dios quien escribía recto sobre pautas torcidas. Su conocimiento de la Historia, lejos de anclarle o detenerle en lo pasado, le daba un personal sentido de la vida. Acaso por esta razón, más que escribir libros prefirió formar hombres». Fue un gran maestro en letras humana. Aún no había salido de la segunda enseñanza y ya dominaba las lenguas griega y latina, hasta el extremo de escribir perfectos hexámetros en una y otra lengua y escribir una gramática griega con orientaciones personales, que fue juzgada excelente por Menéndez Pelayo. Dominaba además, la lengua hebrea e hizo excelentes traducciones de Isaías. Aunque su cultura era vastísima, él por modestia declaraba que era hombre de tres libros: La «Summa Theologica» de Santo Tomás; los «Ejercicios Espirituales» de San Ignacio y las obras de Santa Teresita del Niño Jesús. Y además era poeta y buen poeta en castellano y en lengua vernácula, y sus escasas obras poéticas se distinguen por el vuelo y el ardor de su fantasía y sentimiento.

Si alguna vez en España se ha dado el caso de jóvenes inteligentes y cultos que se hayan agrupado en torno a un sabio director para propagar en la opinión pública y hacer efectivas las consignas de un modo de ver los problemas del tiempo presente absolutamente inéditas en nuestro suelo, se ha podido ver todo ello en días aún

recientes en los que estos jóvenes agrupados en torno a un sabio maestro lanzaron a la vida pública una revista y esparcieron ideas, durante algunos años, sobre el sentido religioso dominante en España y en el mundo moderno; interpretaciones y estímulos de la más auténtica novedad entre los hombres de las últimas generaciones, y normas de pensamiento y de conducta desconocidas en el ámbito del territorio nacional. Esos jóvenes, armados de una recia y eficaz cultura religiosa y guiados por su santo y sabio capitán, bajaron a la arena del combate con una revista inolvidable que con título tan acertado de «Cristiandad» alcanzó una gran difusión en un vasto círculo de católicos practicantes españoles y les instruyó en un nuevo enfoque de las ideas y los sentimientos del mundo católico español.

La reaparición de esa inolvidable revista ha tenido lugar recientemente. Con razón «Cristiandad» encabeza el primer artículo con el título «Decíamos ayer...» Su inspirador, el padre Orlandis, ha entregado su alma a Dios durante este breve período de retraimiento y silencio de su revista y con gran oportunidad en el artículo preliminar recuerdan las palabras del padre Orlandis que ya entonces presentía su muerte en breve plazo: «Quien esta advertencia suscribe no es, por cierto, el director de la revista: no es siquiera quien tuvo la iniciativa de la aparición; es sí, desde los orígenes, el inspirador de la revista; no hay para qué disimularlo: Es asimismo su curador espiritual en su menor edad». Para los que no le trataron ni conocieron servirá de referencia y orientación esta nuevo primer número de «Cristiandad» en el que podrán apreciar algunos variadísimos aspectos de su gran personalidad intelectual juntamente con los de su personalidad humana y espiritual. Para los que le vieron y oyeron, esa reaparición de «Cristiandad» se justifica por sí sola.

Y para terminar, serviré a mis lectores algunos profundos y originales pensamientos de los muchos que brotaron de sus labios y de su pluma: «Si los hombres cayeran en la cuenta de que Dios tiene Corazón, todo estaría salvado». «Los dolores del mundo no son de agonía sino de parto. Dios quiere salvar a este mundo por su corazón». «Esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice». El padre Orlandis ha muerto, sí; pero su gran personalidad ha resucitado en la memoria de los hombres y en el espíritu de sus conciudadanos, una vez que sus restos mortales han bajado a la sepultura.



«Nosotros recordamos: una reflexión sobre la Shoah»

Documento de la Comisión para las Relaciones con el Judaísmo,
de 16 de marzo de 1998

I. La tragedia de la Shoah y el deber de la memoria

El siglo xx está llegando rápidamente a su fin, y ya asoma la aurora de un nuevo milenio cristiano. El bimilenario del nacimiento de Jesucristo insta a todos los cristianos, e invita en realidad a todo hombre y toda mujer, a tratar de descubrir en el fluir de la historia los signos de la acción de la Divina Providencia, así como las formas en las que la imagen del Creador presente en el hombre ha sido ultrajada y desfigurada.

La presente reflexión atañe a uno de los principales sectores en los que los católicos pueden tomar en seria consideración la advertencia que Juan Pablo II les dirige en la Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*: «Así es justo que, mientras el segundo milenio del cristianismo llega a su fin, la Iglesia asuma con una conciencia más viva el pecado de sus hijos recordando todas las circunstancias en las que, a lo largo de la historia, se han alejado del espíritu de Cristo y de su Evangelio, ofreciendo al mundo, en vez del testimonio de una vida inspirada en los valores de la fe, el espectáculo de modos de pensar y actuar que eran verdaderas formas de antitestimonio y de escándalo».¹

El presente siglo ha sido testigo de una tragedia innarrable, que jamás podrá ser olvidada: el intento del régimen nazi de exterminar al pueblo hebreo, con la consiguiente matanza de millones de hebreos. Hombres y mujeres, viejos y jóvenes, niños e infantes, sólo por ser de origen hebreo, fueron perseguidos y deportados. Algunos fueron matados inmediatamente, otros fueron humillados, maltratados, torturados y privados completamente de su dignidad humana, y finalmente matados. Poquísimos de los que fueron internados en los campos de concentración sobrevivieron, y los supervivientes permanecieron aterrorizados de por vida. Esta fue la Shoah: uno de los principales dramas de la historia de este siglo, un hecho que aún hoy nos concierne.

Ante este horrible genocidio, que los responsables de las naciones y las mismas comunidades hebreas hallaron difícil de creer al tiempo que se perpetraba sin misericordia, nadie puede permanecer indiferente, y menos que nadie la Iglesia, con motivo de sus estrechísimos víncu-

los de parentesco espiritual con el pueblo hebreo y del recuerdo por ella alimentado de las injusticias del pasado. La relación de la Iglesia con el pueblo hebreo es distinta de la que comparte con cualquier otra religión.² No se trata tan sólo de volver al pasado. El futuro común de hebreos y cristianos exige que nosotros recordemos, pues «no hay futuro sin memoria».³ La misma historia es *memoria futuri*.

Al dirigir esta reflexión a nuestros hermanos y hermanas de la Iglesia católica diseminada por el mundo, pedimos a todos los cristianos que se unan a nosotros en la reflexión sobre la catástrofe que se desató sobre el pueblo hebreo, y sobre el imperativo moral de hacer que nunca jamás el egoísmo y la muerte crezcan hasta el punto de sembrar sufrimientos y muerte.⁴ De manera especial, pedimos a nuestros amigos hebreos, «cuyo terrible destino se ha convertido en símbolo de las aberraciones adonde puede llegar el hombre cuando se vuelve contra Dios»,⁵ que dispongan su corazón para escucharnos.

II. Qué debemos recordar

Al dar su especial testimonio del Santo de Israel y de la Torah, el pueblo hebreo ha sufrido mucho en distintas épocas y en diferentes lugares. Empero la Shoah fue ciertamente el peor de todos sus sufrimientos. La inhumanidad con la que los hebreos fueron perseguidos y exterminados durante el presente siglo va más allá de la fuerza expresiva de las palabras. Y todo ello se les hizo por la única razón de ser hebreos.

La misma enormidad del crimen da lugar a muchos interrogantes. Historiadores, sociólogos, filósofos, políticos, psicólogos y teólogos intentan conocer algo más acerca de la realidad y las causas de la Shoah. Muchos estudios especializados quedan aún por hacer. Pero semejante acontecimiento no puede medirse plenamente sólo con los ordenados criterios de la investigación histórica,

2. Cf. Juan Pablo II, en la visita a la sinagoga de Roma (13-4-86).

3. Juan Pablo II, «Angelus» del 11 de junio de 1995: *Insegnamenti* 18/1 (1995), 1712.

4. Cf. Juan Pablo II, Discurso a la comunidad hebrea de Budapest (18-8-91), 4: *Insegnamenti* 1412 (1991), 349.

5. Juan Pablo II, *Centesimus annus*, 17.

1. Juan Pablo II, *Tertio millennio adveniente*, 33.

sino que reconduce a una «memoria moral y religiosa» y, especialmente entre los cristianos, a una muy seria reflexión acerca de las causas que lo provocaron. El hecho de que la *Shoah* tuviera lugar en Europa, es decir, en países de larga civilización cristiana, plantea la cuestión de la relación entre la persecución nazista y las actitudes de los cristianos para con los hebreos a lo largo de los siglos.

III. Las relaciones entre hebreos y cristianos

La historia de las relaciones entre hebreos y cristianos es una historia atormentada. Lo ha reconocido el Santo Padre Juan Pablo II en sus reiterados llamamientos a los católicos a considerar nuestra actitud respecto a nuestras relaciones con el pueblo hebreo.⁶ De hecho, el saldo que arrojan tales relaciones durante los dos milenios resulta bastante negativo.⁷

En los albores del cristianismo, tras la crucifixión de Jesús, surgieron contrastes entre la Iglesia primitiva y los jefes de los judíos y el pueblo hebreo, quienes, en obsequio a la Ley, se opusieron a veces de forma violenta a los predicadores del Evangelio y a los primeros cristianos. En el imperio romano, que era pagano, los hebreos estaban legalmente protegidos por los privilegios que les garantizaba el Emperador, y las autoridades, en un principio, no hicieron distinciones entre comunidades judías y cristianas. Muy pronto, sin embargo, los cristianos incurrieron en la persecución por parte del Estado. Cuando, en lo sucesivo, los mismos emperadores se convirtieron al cristianismo, éstos siguieron en un primer tiempo garantizando los derechos de los hebreos. Pero grupos de agitadores cristianos que asaltaban los templos paganos hicieron en algunos casos lo mismo contra las sinagogas, no sin sufrir la influencia de determinadas interpretaciones erróneas del Nuevo Testamento concernientes al pueblo hebreo en su conjunto. «En el mundo cristiano —no digo por parte de la Iglesia en cuanto tal— han circulado durante mucho tiempo erróneas e injustas interpretaciones del Nuevo Testamento relativas al pueblo judío y a su supuesta culpa, interpretaciones que han engendrado sentimientos de hostilidad hacia ese pueblo».⁸ Dichas interpretaciones del Nuevo Testamento fueron total y definitivamente rechazadas por el Concilio Vaticano II.⁹

6. Cf. Juan Pablo II, *Discurso a los delegados de las Conferencias Episcopales para las relaciones con los judíos* (6-3-82).

7. Cf. Comisión de la Santa Sede para las Relaciones con el Hebraísmo, *Judíos y judaísmo en la predicación y en la catequesis de la Iglesia* (24-6-85) VI, 1.

8. Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en el Simposio sobre «Raíces del antisemitismo en ámbito cristiano»* (31-10-97), 1.

9. Cf. *Nostra aetate*, 4.

A pesar de la predicación cristiana del amor para con todos, incluidos los mismos enemigos, la mentalidad prevaleciente a lo largo de los siglos ha penalizado a las minorías y a quienes eran de alguna manera «diferentes». Sentimientos de antijudaísmo en algunos ambientes cristianos, y la divergencia existente entre la Iglesia y el pueblo hebreo, llevaron a una discriminación generalizada, que desembocaba a veces en expulsiones o en intentos de conversiones forzadas. En una gran parte del mundo «cristiano», hasta finales del siglo XVIII, quienes no eran cristianos no siempre gozaron de un status jurídico plenamente asegurado. A pesar de ello, los hebreos presentes en todo el mundo cristiano permanecieron fieles a sus tradiciones religiosas y a sus costumbres. Se les consideró por ello con cierta suspicacia y desconfianza. En tiempos de crisis como carestías, guerras, pestes o tensiones sociales, la minoría hebrea fue en varias ocasiones tomada como chivo expiatorio, siendo de esta manera víctima de violencias, saqueos e incluso de matanzas.

Entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, los hebreos habían alcanzado por regla general una posición de igualdad respecto a los demás ciudadanos en la mayoría de los Estados, y un cierto número de ellos llegó a desempeñar papeles influyentes en la sociedad. Mas en ese mismo contexto histórico, especialmente en el siglo XIX, llegó a cuajar un nacionalismo exasperado y falso. En un clima de rápido cambio social, los hebreos fueron a menudo acusados de ejercer una influencia desproporcionada respecto a su número. Entonces empezó a extenderse en distintos grados, en la mayor parte de Europa, un antijudaísmo que era, en su esencia, más socio-político que religioso.

En el mismo período, empezaron a aparecer teorías que negaban la unidad de la raza humana, afirmando una diferencia original de las razas. En el siglo XX, el nacionalsocialismo en Alemania utilizó dichas ideas como base pseudocientífica para una diferenciación entre las denominadas razas nórdico-arias y supuestas razas inferiores. Además, la derrota de 1918 y las humillantes condiciones impuestas por los vencedores estimularon en Alemania una forma extremista de nacionalismo, con la consecuencia de que muchos vieran en el nacionalsocialismo una solución a los problemas del país, cooperando pues políticamente con ese movimiento.

La Iglesia en Alemania rebatió condenando el racismo. Dicha condena apareció por vez primera en la predicación de algunos miembros del clero, en la enseñanza pública de los obispos católicos y en los escritos de periodistas católicos. Ya en febrero y marzo de 1931, el cardenal Bertram de Breslavia, el cardenal Faulhaber y los obispos de Baviera, los de la provincia de Colonia y los de la provincia de Friburgo, publicaron cartas

pastorales que condenaban el nacionalsocialismo, con su idolatría de la raza y del Estado.¹⁰ En 1933, el mismo año en que el nacionalismo llegó al poder, los bien conocidos sermones de Adviento del cardenal Faulhaber, a los que asistieron no sólo católicos, sino también protestantes y hebreos, tuvieron expresiones de claro rechazo de la propaganda antisemita nazi.¹¹ Tras la *Kristallnacht*, Bernard Lichtenberg, deán de la catedral de Berlín, elevó oraciones públicas por los hebreos. Moriría posteriormente en Dachau, y ha sido declarado Beato.

También el Papa Pío XI condenó de manera solemne el racismo nazi en la encíclica *Mit brennender Sorge*,¹² que se leyó en las iglesias de Alemania el domingo de Pasión de 1937, iniciativa ésta que provocó ataques y sanciones contra miembros del clero. El 6 de septiembre de 1938, al dirigirse a un grupo de peregrinos belgas, Pío XI afirmó: «El antisemitismo es inaceptable. Espiritualmente todos somos semitas».¹³ Pío XII, ya desde su primera encíclica, la *Summi Pontificatus*,¹⁴ del 20 de octubre de 1939, ponía en guardia contra las teorías que negaban la unidad de la raza humana y contra la deificación del Estado, cosas todas ellas que él preveía que llevarían a una auténtica «hora de las tinieblas».¹⁵

IV. El antisemitismo nazi y la Shoah

No puede ignorarse la diferencia existente entre el antisemitismo, basado en teorías contrarias a la enseñanza constante de la Iglesia acerca de la unidad del género humano y de la igual dignidad de todas las razas y los pueblos, y los sentimientos de suspicacia y hostilidad persistentes desde hace siglos que llamamos antijudaísmo, de los cuales, por desgracia, también algunos cristianos se han hecho culpables.

La ideología nacionalsocialista fue incluso más allá, en el sentido que rechazó reconocer cualquier realidad trascendente como fuente de la vida y criterio del bien moral. En consecuencia, un grupo humano, y el Estado con el que aquél se identificaba, se arrogó un valor absoluto, y decidió acabar con la misma existencia del pueblo hebreo, pueblo llamado a dar testimonio del único

Dios y de la Ley de la Alianza. A nivel teológico, no podemos ignorar el hecho de que no pocos secuaces del partido nazi no sólo se mostraron contrarios a la idea de una Divina Providencia que actúa en los avatares humanos, sino que dieron prueba de un odio determinado hacia el mismo Dios. Lógicamente, semejante actitud causó también el rechazo del cristianismo y el deseo de ver a la Iglesia destruida, o, por lo menos, sometida a los intereses del Estado nazi.

Fue esta ideología extrema la que constituyó la base de las medidas adoptadas, primero para desarraigar a los hebreos de sus casas y después para exterminarlos. La *Shoah* fue obra de un típico régimen moderno neopagano. Su antisemitismo ahondaba las raíces fuera del cristianismo, y, al perseguir sus objetivos, no dudó en enfrentarse a la Iglesia, persiguiendo también a sus miembros.

Cabe sin embargo preguntarse si la persecución de los hebreos por parte del nazismo no hubiera sido facilitada por los prejuicios antijudíos presentes en las mentes y en los corazones de algunos cristianos. ¿El sentimiento antijudío hizo tal vez a los cristianos menos sensibles, o incluso indiferentes, a las persecuciones lanzadas contra los hebreos por el nacionalsocialismo, una vez alcanzado éste el poder?

Toda respuesta a esta pregunta debe tener en cuenta que estamos tratando de una historia de actitudes y de formas de pensar de gente sometida a muchas influencias. Es más: muchos desconocían por completo la «solución final» que estaba a punto de adaptarse contra un pueblo entero; otros temieron por sí mismos y por sus seres queridos; algunos sacaron partido de la situación; otros, finalmente, actuaron impulsados por la envidia. La respuesta ha de darse caso por caso, y para hacerlo es preciso conocer lo que motivó exactamente a las personas ante una situación específica.

Al principio, los dirigentes del Tercer Reich trataron de expulsar a los hebreos. Por desgracia, los gobiernos de algunos países occidentales de tradición cristiana, incluidos algunos de Norteamérica y de Sudamérica, dudaron mucho a la hora de abrir sus fronteras a los hebreos perseguidos. Aunque no podían prever lo lejos que llegarían los jefes nazis en sus criminales intenciones, los jefes de dichas naciones estaban informados de las dificultades y peligros a los que estaban expuestos los hebreos que vivían en los territorios del Tercer Reich. En tales circunstancias, el cierre de las fronteras a la inmigración hebrea, ya se debiera a la hostilidad o a la sospecha antijudías, a cobardía o limitación de visión política o a egoísmo nacional, constituye un grave cargo de conciencia para las autoridades en cuestión.

En las tierras en las que el nazismo emprendió la deportación masiva, la brutalidad que acompañó a estos

10. Cf. B. Statiewski (ed.), *Akten deutscher Bischöfe über die Lage der Kirche 1933-1945*, vol. 1, 1933-1934 (Maguncia, 1968), Apéndice.

11. Cf. L. Volk, *Der Bayerische Episkopat und der Nationalsozialismus 1930-1934* (Maguncia, 1966), págs. 170-174.

12. Del 14 de marzo de 1937: AAS 29 (1937), 145-167.

13. *La Documentation Catholique*, 29 (1938), col. 1460.

14. AAS 31 (1939), 413-453.

15. *Ibíd.*, 449.

movimientos forzosos de gente inerme habría debido levantar las peores sospechas. ¿Ofrecieron los cristianos toda posible asistencia a los perseguidos, y especialmente a los hebreos?

Muchos lo hicieron, pero otros no. Quienes ayudaron a salvar el mayor número de hebreos posible, hasta poner en peligro mortal sus propias vidas, no deben ser olvidados. Durante la guerra y después de ella, comunidades y personalidades hebreas expresaron su gratitud por cuanto se había hecho en su favor, incluso lo que el mismo Pío XII había hecho personalmente o mediante sus representantes para salvar centenares de miles de vidas de hebreos.¹⁶ Muchos obispos, sacerdotes, religiosos y laicos fueron por dicha razón distinguidos por el Estado de Israel.

A pesar de ello —como el Papa Juan Pablo II ha reconocido—, junto a tales hombres y mujeres valientes, la resistencia espiritual y la acción concreta de otros cristianos no fue la que habría cabido esperar de unos discípulos de Cristo. No podemos saber cuántos cristianos en países ocupados o gobernados por las potencias nazis o por sus aliados comprobaron con horror la desaparición de sus vecinos hebreos pero no tuvieron la fuerza suficiente para levantar la voz en señal de protesta. Para los cristianos, esta grave carga de conciencia de sus herma-

16. Organizaciones y personalidades hebreas representativas reconocieron en distintas ocasiones y de manera oficial la sabiduría de la diplomacia del Papa Pío XII. Por ejemplo, el jueves 7 de septiembre de 1945, Giuseppe Nathan, Comisario de la Unión de las Comunidades Israelitas Italianas, declaró: «En primer lugar, dirigimos un reverente homenaje de reconocimiento al Sumo Pontífice, a los religiosos y religiosas que, ejecutando las directrices del Santo Padre, no han visto en los perseguidos más que a hermanos, y con arrojo y abnegación has prestado su obra inteligente y práctica para socorrernos, sin preocuparse de los gravísimos peligros a los que se exponían» (*L'Osservatore Romano*, 8-9-45, pág. 2). El 21 de septiembre del mismo año, Pío XII recibió al Dr. A. Leo Kubowitzki, secretario general del Congreso Mundial Judío, que había solicitado una audiencia para presentar «al Santo Padre, en nombre de la Unión de Comunidades Israelitas, los más fervientes agradecimientos por la obra desempeñada por la Iglesia católica en favor de la población hebrea en toda Europa durante la guerra» (*L'Osservatore Romano*, 23-9-45, pág. 1). El jueves 29 de noviembre de 1945 el Papa recibió a unos ochenta delegados de los refugiados hebreos, procedentes de los campos de concentración de Alemania, que habían acudido para manifestarle «el sumo honor de poder dar las gracias personalmente al Santo Padre por la generosidad que había demostrado para con ellos, perseguidos durante el terrible período del nazifascismo» (*L'Osservatore Romano*, 30-11-45, pág. 1). En 1958, a la muerte de Pío XII, Golda Meir envió un elocuente mensaje: «Compartimos el dolor de la Humanidad... Cuando el terrible martirio se abatió sobre nuestro pueblo, la voz del Papa se elevó en favor de sus víctimas. La vida de nuestro tiempo salió enriquecida por una voz que claramente habló acerca de las grandes verdades morales por encima del tumulto del conflicto diario. Lloramos la muerte de un gran servidor de la paz».

nos y hermanas durante la última guerra mundial debe constituir una llamada al arrepentimiento.¹⁷

Deploramos hondamente los errores y las culpas de estos hijos e hijas de la Iglesia. Hacemos nuestro lo que el Concilio Vaticano II dijo con la Declaración *Nostra aetate*, que afirma de manera inequívoca: «La Iglesia... recordando el patrimonio común con los judíos e impulsada no por razones políticas, sino por la religiosa caridad evangélica, deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de que han sido objeto los judíos de cualquier tiempo y por parte de cualquier persona».¹⁸

Recordamos y hacemos nuestro lo que afirmaba el Papa Juan Pablo II, al dirigirse a los jefes de la comunidad hebrea de Estrasburgo en 1988: «Reitero una vez más junto con vosotros la más firme condena de todo antisemitismo y de todo racismo, que se oponen a los principios del cristianismo».¹⁹ La Iglesia católica rechaza pues toda persecución, en cualquier tiempo y lugar, perpetrada contra un pueblo o un grupo humano. Condena de la manera más firme toda forma de genocidio, como también condena las ideologías racistas que lo hacen posible. Dirigiendo la mirada a este nuestro siglo, estamos profundamente apenados por la violencia que ha herido a grupos enteros de pueblos y naciones. Recordamos de manera especial la masacre de los armenios, las innumerables víctimas de Ucrania en los años treinta, el genocidio de los gitanos, igualmente fruto de ideas racistas, así como tragedias similares acontecidas en América, en África y en los Bacanes. Tampoco queremos olvidar a los millones de víctimas de la ideología totalitaria en la Unión Soviética, en China, en Camboya y en otros lugares. Análogamente, no podemos olvidar el drama del Cercano Oriente, cuyos términos son bien conocidos. También mientras hacemos la presente reflexión «muchísimos hombres son todavía víctimas de sus hermanos».²⁰

V. Mirando juntos hacia un futuro en común

Mirando al futuro de las relaciones entre hebreos y cristianos, en primer lugar pedimos a nuestros hermanos y hermanas católicos que renueven la toma de conciencia de las raíces hebreas de su fe. Les pedimos que recuerden que Jesús era un descendiente de David; que del

17. Cf. Juan Pablo II, Discurso al nuevo embajador de la República Federal Alemana (8-11-90), 2: AAS 83 (1991), 587-588.

18. N. 4

19. N. 8: *Insegnamenti* 11/3 (1988), 1134.

20. Juan Pablo II, Discurso a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede (15-1-94), 9.

pueblo hebreo nacieron la Virgen María y los Apóstoles; que la Iglesia saca sustento de las raíces de ese buen olivo en el que fueron injertadas las ramas del olivo silvestre de los gentiles (cf. Rm 11, 17-24); que los hebreos son nuestros queridos y amados hermanos y que, en cierto sentido, son verdaderamente «nuestros hermanos mayores».²¹

Al término de este milenio, la Iglesia católica desea expresar su hondo pesar por las faltas de sus hijos y de sus hijas en todo tiempo. Se trata de un acto de arrepentimiento (*teshuva*): como miembros de la Iglesia, compartimos de hecho tanto los pecados como los méritos de todos sus hijos. La Iglesia se acerca con profundo respeto y gran compasión a la experiencia del exterminio, a la *Shoah*, sufrida por el pueblo hebreo durante la segunda guerra mundial. No se trata de meras palabras, sino de un compromiso vinculante. «Correremos el riesgo de conseguir que mueran nuevamente las víctimas de las más atroces muertes, si no tenemos la pasión de la justicia y si no nos comprometemos, cada uno de acuerdo con las propias capacidades, a conseguir que el mal no prevalezca sobre el bien, como ha sucedido en relación con millones de hijos del pueblo judío... La Humanidad no puede permitir que esto vuelva a pasar».²²

21. Juan Pablo II, en la visita a la sinagoga de Roma (13-4-86), 4.

22. Juan Pablo II, *Discurso con ocasión de la conmemoración del Holocausto* (7-4-94), 3.

Rogamos que nuestro dolor por las tragedias que el pueblo hebreo ha sufrido en nuestro siglo lleve a nuevas relaciones con este pueblo. Deseamos transformar la conciencia de los pecados del pasado en un compromiso firme por un nuevo futuro en el que ya no haya sentimiento antijudío entre los cristianos ni sentimiento anticristiano entre los judíos, sino más bien un respeto mutuo compartido, como conviene a quienes adoran al único Creador y Señor y tienen un padre común en la fe, Abraham.

Finalmente, invitamos a los hombres y a las mujeres de buena voluntad a reflexionar profundamente acerca del significado de la *Shoah*. Las víctimas desde sus tumbas, y los supervivientes a través del vivo testimonio de lo que han sufrido, se han transformado en fuerte grito que reclama la atención de la Humanidad entera. Recordar tan terrible drama significa tomar conciencia de la saludable advertencia que el mismo implica: nunca más debe permitirse que las infectas semillas del antijudaísmo y del antisemitismo arraiguen en el corazón del hombre.

16 de marzo de 1998.

Card. Edward Idris CASSIDY
Presidente

Pierre DUPREY
Obispo titular de Thibar
Vicepresidente

Rémi HOECKMAN, O.P.
Secretario

«Reinaré a pesar de mis enemigos»

¡Las promesas de Paray-le-Monial!. ¡Reinaré a pesar de mis enemigos! Estas palabras resonaban de continuo en el oído de Santa Margarita.

[...]

Tal vez los primeros devotos del Corazón de Jesús no atendieron lo bastante a estas significativas palabras. Extendióse, muerta la santa, la devoción al Divino Corazón pedida en las revelaciones, pero la idea del reino más bien parece esfumarse. Mas llegando a su mitad el siglo XIX, al choque de la antítesis impía y liberal, la idea del reino de Cristo cobra vigencia, claridad y precisión

RAMÓN ORLANDIS, S.I.: «Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey», *Cristiandad*, núm. 39, 1 de noviembre de 1945.

LA IGLESIA Y EL PUEBLO JUDÍO

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Tema preferente de la atención de CRISTIANDAD y siempre de actualidad es el considerar todo cuanto se relaciona con el pueblo judío y, especialmente, en este fin del segundo milenio de cristianismo en el que el Santo Padre nos exhorta de continuo a tratar de descubrir en el devenir de la historia los signos de la divina Providencia que actúa en ella.

Con ocasión del reciente documento publicado por la Comisión para las relaciones con el judaísmo referente a esa tragedia inefable que fue la *Shoah*, drama terrible que ha llenado de vergüenza a Europa y al mundo entero, nos ha parecido de interés volver los ojos sobre el perenne tema de la relación entre la Iglesia y el pueblo judío, para contemplar, aunque sea fugazmente, algunas de aquellas espigas tan admirablemente desgranadas en las páginas de esta revista por los insignes P. J.M. de Igartúa, S.I. y Luis Creus Vidal.

Desde el principio, la Iglesia tomó una posición necesaria frente al problema del judaísmo. Para entenderla bien es preciso conjugar dos elementos paradójicamente contrapuestos: de una parte el misterio de la reprobación temporal de Israel, y de otra el ansia del Corazón de Cristo por su conversión.

Bien sabemos que los actuales hijos del pueblo judío no tienen culpa en el Deicidio. Éste, aún y siendo el máximo pecado de la Historia (el máximo pecado posible) no era para imprimir carácter, como lo fue el original. Y del Deicidio somos culpables, primaria y directamente, todos los pecadores.

Mas, aún y así, sería negar toda tradición y la misma Historia, si olvidásemos la trascendencia de aquel tremendo grito: «¡Caiga su Sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!». Aquel pecado, si no tuvo continuidad por su carácter, ha venido a tener algo de equivalente por la contumacia, no menos tremenda, con que ha sido sostenido por sus ejecutores, por lo más representativo de aquel pueblo, hasta los tiempos presentes. Y en cumplimiento inexorable, señala que si el cielo y la tierra pueden pasar, no así la Palabra de Dios.

Israel fue desechado. Los hijos de Abraham arrojados a las tinieblas exteriores, y, en su lugar la gentilidad fue llamada a ocupar los sitios vacíos en la Mesa de los escogidos; algunas de las ramas del olivo, quebradas, se desgajaron por su incredulidad, y nosotros, siendo de acebuche, fuimos injertados entre ellas, y entramos a participar con ellas de la raíz y de las grosura del olivo.

Y sin embargo, ¿cómo podría el corazón de la Iglesia permanecer insensible al dolor de Israel? Recordemos que siempre todos, los Profetas, el gran vidente de Patmos en su Apocalipsis, y San Pablo, el más claro y rotundo de todos, nos advierten que esta reprobación no será permanente. Y que, si ella resultó, en definitiva, fuente de salud para las gentes, con mayor razón lo será, en su día, la restauración del pueblo elegido, el retorno de Israel a la casa paterna.

La Sinagoga, e Israel, desde hace veinte siglos, constituyen el enemigo del nombre cristiano y de la Iglesia: de su clandestinidad han brotado muchas de las persecuciones (no todas) por ella sufridas. Por ello no es posible ni prudente echarlo todo en fácil olvido, y confiar en una amistad improvisada tan sólo en el deseo de iniciar una cómoda conllevancia. Pero también es cierto que, aún y enemigos nuestros, en Israel y en la Sinagoga se mantiene, misteriosamente, un germen que algún día debe volver a ser fecundado. Y más aún, otra vez predilecto de Dios. Siquiera sea, como dice el Apóstol, por amor a los Padres, a Abraham, a Isaac, a Jacob, y por el hecho inefable de haber nacido de su estirpe la Augusta Mujer, la Virgen María, la única Hija de Sión, y el Hijo de Dios, encarnándose, en el Seno de su Madre bendita, dentro de Judá. La Segunda Persona de la Trinidad Santísima se ha dignado tener una Patria terrena, y, por tanto, una familia y unos compatriotas.

La Iglesia, desde el principio, había conjugado estos dos elementos en apariencia contradictorios: amor del pueblo judío y horror de su pecado; en la liturgia del Viernes Santo, en la que la Iglesia ora por los distintos sectores alejados de ella, puede advertirse cómo se solucionaba tal problema «orando por los pérfidos judíos» y no será hasta Juan XXIII, quien con un gesto amistoso y lleno de finura, romperá esta larga tradición mandando suprimir la palabra calificativa *pérfidos* en su aplicación a los judíos.

Entrevemos en lo que antecede esa gran paradoja cristiana del judaísmo que tan bien desveló San Bernardo cuando escribía a su discípulo el papa Eugenio III: «Estás obligado a procurar la conversión de los paganos, porque este es el oficio que te ha sido confiado. En ello no te valen disculpas. Pero en cuanto a la conversión de los judíos, tienes excusa en no dedicarte a ella de lleno, porque tiene su hora señalada, y hasta que ella llegue no podrías conseguirla».

Sin embargo, contemplando la historia contemporánea de la intervención de la Iglesia en favor del pueblo judío podemos percibir que algo ha cambiado en esa relación bimilenaria.

Ya en el reinado de Pío IX, nos encontramos con el Postulado en favor de los judíos promovido por los sacerdotes convertidos del judaísmo, los abates Lémann, que con la bendición del mismo Pío IX y avalado por la firma de más de quinientos obispos, mostrando claramente que tal era el sentir de la Iglesia, fue presentado a la aprobación del Concilio Vaticano, gesto histórico de incalculable interés en asunto tan cargado de densidades históricas.

Pero los planes de Dios son mayores de lo que la mente humana puede alcanzar. Para no quitar a la definición de la infalibilidad pontificia nada de su esplendor, se reservó la solemne aprobación conciliar del Postulado ya redactado para la siguiente sesión plenaria. Y como si la divina Providencia claramente hubiera llevado las cosas a la definición de la infalibilidad como objetivo cumbre del Concilio, esa misma tarde del 18 de Julio de 1870, en que se definía tal dogma, llegaba a Roma la gravísima noticia de haber estallado la guerra franco-prusiana sobre los campos europeos. El Concilio tuvo que ser suspendido en pocos días. El Postulado en favor de los judíos, preparado para su solemne aprobación, había quedado sobre la mesa del Concilio; Dios dilata la hora ya preparada del llamamiento de la Iglesia Católica a la raza de Israel, sin duda esperando el momento providencial, que está ya a la vista.

El 1899, León XIII consagraba el mundo al Corazón de Jesús. Su fórmula de consagración había de ser modificada por el genial Pío XI, de mirada de águila, para incluir en ella el misterio de Israel, que no podía quedar apartado de la misericordia del Sagrado Corazón. Las palabras que él puso: «Caiga sobre ellos, bautismo de redención y de vida, y la Sangre que un día contra sí imploraron», están revelando su profunda comprensión del misterio total del Corazón de Jesús.

Pío XI, al subir al Pontificado, señaló, solemnemente, como nadie nunca ha hecho, con gallardía, con intrepidez, con santa temeridad casi, el lábaro santo: la Bandera de Cristo Rey. La del único y legítimo Capitán nuestro que puede traernos la Paz. Años más tarde, en 1938, comentando en una audiencia el texto de la misa en que

se habla de los sacrificios de Abel, Abraham y Melquisedec, notaba el Papa que comprendían tres épocas de la humanidad: la época adámica, la israelita y anuncio de la cristiana. Y decía: «Texto grandioso. Cada vez que Nos lo leemos, Nos sentimos sobrecogidos por una emoción irresistible. Abraham es llamado nuestro Patriarca, nuestro antepasado... no es posible a los cristianos participar en el antisemitismo. El antisemitismo es inadmisiblemente. Nosotros somos espiritualmente semitas». Y el Papa se echó a llorar.

Sin embargo, el Mundo no escuchó al Papa, no quiso reconocer a su Rey. No contestó: ¡queremos que reine!; por el contrario: le negó su reinado. Un año más tarde, estallaba la segunda guerra europea, fruto de una política absurda, antihumana, por anticristiana. El nacionalsocialismo se negó a reconocer cualquier realidad trascendente como fuente de la vida y criterio del bien moral. Un grupo humano, y el Estado con que se había identificado, se arrogó el valor absoluto, y decidió borrar la existencia misma del pueblo judío; se desataba la mayor persecución sufrida por el pueblo hebreo en toda su historia, tanto por su brutalidad como por su envergadura. La *shoah* fue obra, por tanto, de un típico régimen neopagano moderno. Su antisemitismo hundía sus raíces fuera del cristianismo, y al tratar de conseguir sus propios fines, no dudó en oponerse a la Iglesia, incluso persiguiendo a sus miembros.

Y a Pío XI, admirable Maestro, le siguió Pío XII, digno discípulo, que desde su primera encíclica, *Summi Pontificatus*, del 20 de octubre de 1939, puso en guardia contra las teorías que negaban la unidad de la raza humana y contra la divinización del Estado, que, según su previsión, llevarían a una verdadera «hora de las tinieblas», como así fue y seguirá siendo.

Como estrellas suspendidas de la bóveda celeste que centelleando marcan un camino luminoso en la noche, así vislumbramos, bajo el manto de la Santísima Virgen que, sin duda, interviene de modo especial en la conversión de los judíos, el resplandor de la trayectoria contemporánea de la actitud de la Iglesia hacia el pueblo elegido, que es cada vez de mayor acercamiento y especialmente a partir del II Concilio Vaticano y con el actual Papado. ¿No será todo esto señal de que en el reloj de la divina Providencia se va acercando también la hora de la misericordia?



AL SERVICIO DE LA ESPERANZA TEOLOGAL

La teología de la historia del Padre Orlandis, S.I., y el problema del milenarismo

FRANCISCO CANALS VIDAL

En la tarea apostólica del Padre Orlandis, cuyo fruto fue la originación, en el seno del Apostolado de la Oración de Barcelona, de Schola Cordis Iesu, tuvo importancia fundamental su perseverante enseñanza de la teología de la Historia.

«Cuando se me preguntaba —escribió el Padre Orlandis— qué me proponía en estas conferencias, solía yo contestar: mi intento no es otro sino el de formar celadores del Apostolado de la Oración».¹ Más allá de lo teológicamente opinable o discutible puso siempre la certeza, expresada en la fiesta de Cristo Rey del 25 de octubre de 1942, de que «Jesucristo centra en la devoción al Sagrado Corazón el remedio del mundo actual, y que como consecuencia del triunfo de esta devoción ha de venir la época profetizada de paz y prosperidad en la Iglesia, coincidente con el Reinado Social de Jesucristo».²

Él mismo notó cierta continuidad con la actitud del Padre Enrique Ramière, S.I. Pero la doctrina del Padre Orlandis estaba más próxima a la que por su consejo y orientación realizó su sobrino el Padre Juan Rovira y Orlandis, S.I., expresada principalmente en su estudio hasta ahora inédito *De Consummatione Regni Messianici in Terris, seu de Regno Christi in Terris consummato*.

Esta obra fue enviada a Roma en los tiempos inmediatamente posteriores al fin de la persecución religiosa de 1936-1939. El Padre Rovira había muerto como mártir de la fe y su nombre estaba entre aquellos cuyo proceso de beatificación se iniciaba entonces. No olvidaré nunca que el Padre Emilio Anel, S.I., vicepostulador de la Compañía de Jesús ante la Congregación para las Causas de los Santos, me dijo en conversación confidencial, en noviembre de 1989, que un miembro de la Congregación le había comentado que el Padre Juan Rovira y Orlandis, aún en el caso que no se hubiese podido probar

históricamente el martirio por la fe, podría ser beatificado a partir del testimonio de su vida y sus escritos.

Podemos hoy, *gozosamente*, expresar algunas líneas centrales del pensamiento orlandiano con palabras textuales del Concilio Vaticano II y del Catecismo de la Iglesia católica:

«Según el Apóstol, los judíos son todavía hoy muy amados de Dios por causa de sus padres... la Iglesia espera, con los Profetas y con el mismo Apóstol, el día sólo por Dios conocido en que *todos los pueblos invocarán el nombre del Señor con una sola voz y le servirán con un solo hombre* (Soph. 3,9)» (Vaticano II. *Nostra aetate*, 4).

Tratando de la religión judía, y afirmando la futura conversión de Israel, el texto anuncia la futura unidad religiosa de toda la humanidad.

Y en el nuevo Catecismo hallamos, bajo el título: *De allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos... esperando que todo le sea sometido*:

«El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo no está todavía acabado con gran poder y gloria, con el advenimiento del Rey a la Tierra» (671).

Y bajo el título *El glorioso advenimiento de Cristo, esperanza de Israel*, leemos:

«La venida del Mesías glorioso, en un momento determinado de la historia, se vincula al reconocimiento del Mesías por *todo Israel*» (674).

«La entrada de la plenitud de los judíos en la salvación mesiánica... hará al Pueblo de Dios *llegar a la plenitud de Cristo*» (674).

Para la comprensión de estos textos profundamente renovadores de la perspectiva escatológica es necesario tener presente el modo de hablar de San Agustín, que equipara la expresión «último día del divino juicio» con la de «tiempo último», cuya duración nos es incierta.³

1. Ramón Orlandis S.I. «¿Somos pesimistas?». *Cristiandad* num.73, I-IV-1947, p. 148.

2. Citado en: Minoves-García-Die. «Schola Cordis Iesu. El nacimiento de Cristiandad». *Cristiandad* num. 331, IX-1958, p. 34.

3. «La Iglesia universal del Dios verdadero confiesa y profesa que Cristo ha de venir del Cielo a juzgar a los vivos y a los muertos, y a ésto le llamamos último día del divino juicio, esto es, el tiempo último». «Pues, por cuántos días se extienda este juicio es incierto: porque las Escrituras santas usualmente ponen el término *día* en

La esperanza en la consumación del Reino de Cristo en el mundo y el problema del milenarismo

La teología del Reino de Cristo consumado en la Tierra, que profesaban el Padre Orlandis y el Padre Rovira, estaba en continuidad con las interpretaciones que, sobre los oráculos proféticos y sobre el Apocalipsis, fueron predominantes —aunque no universalmente generalizadas, como demostró el Padre Rovira— durante los cuatro primeros siglos de la Iglesia.

Posteriormente, esta doctrina fue abandonada e incluso combatida por una mayoría de autores, aunque es patente que se continuó enseñando siempre por algunos, y que no se alcanzó nunca la unanimidad en su rechazo.

Entre las causas de la disminución de aquella doctrina mencionaba el Padre Rovira el término *milenarismo*, del que escribió: «mal visto y rechazado no sin razón por muchos católicos... deliberadamente optamos por omitir este nombre y así lo hicimos en cuanto fue posible a lo largo de toda la obra».⁴

El Padre Orlandis rechazó expresamente, al hablar de la presencia de Cristo viviente en su Iglesia, «la presencia corporal y visible que soñaron los milenarios».⁵ Defendió y razonó teológicamente la desautorización, por el decreto del Santo Oficio de 21 de julio de 1944, del «sistema del milenarismo, aún mitigado», definido como el que enseña una «venida visible a reinar en esta tierra» (DS 3838).⁶

lugar de *tiempo*, como no ignora el que haya leído, por más ligeramente que lo haya hecho, aquellas letras santas (*De Civitate Dei*, Lib. XX, 1,2).

4. En la citada obra inédita. Introductio. Disquisitio tertia.

5. «Contemplan a Cristo presente en su Iglesia, no con aquella presencia corporal y visible que soñaron los milenarios, pero sí con la presencia de gobierno, con la presencia de providencia amorosa, con la presencia de cabeza mística que influye en sus miembros, en los que acatan y aman su soberanía, su vida, su verdad, su amor». «Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey». *Cristianidad*, num. 39, 1-XI-1945, pág. 467.

6. «¿Podría admitirse como probable la presencia visible de Cristo Rey en la tierra, como defienden los milenaristas? En modo alguno...

»Y llegó un día a nuestros oídos la noticia de la prohibición del milenarismo, aún del mitigado, y antes de conocer el decreto del Santo Oficio anuncié en público la existencia del decreto, añadiendo que si en él se proscibía cualquier proposición que hubiera yo sostenido, la dieran por retractada...»

»Mas llegó a mis manos el decreto y en él hallé lo que ya sabía: la prohibición del milenarismo aún del mitigado, pero hallé algo más: la virtual absolución del Padre Ramière, etc., porque el Santo Oficio, al prohibir el milenarismo mitigado, no prohíbe una vaguedad, sino que precisa lo que prohíbe y lo que entiende por milenarismo mitigado. ¿Y en qué consiste éste, según el decreto de prohibición? En el sostener que Jesucristo antes del juicio final

Ya el Padre Rovira, bajo la orientación del Padre Orlandis, había precisado que la presencia de Cristo en el tiempo del juicio o del Reino había de reconocerse como una presencia moral y también como una presencia «física» gloriosa.⁷

El Reino del Mesías fue siempre, desde los tiempos que siguieron a la edad apostólica, *el tema*, el núcleo de la polémica entre los judíos y los cristianos.

San Justino, llamado el *Filósofo*, mártir de la fe cristiana, y uno de los más importantes entre los Padres apologistas, escribió hacia 152 un *Diálogo con el judío Tryfón*. El interlocutor judío pregunta a San Justino:

«Vamos a ver, dime: ¿reconocéis vosotros que Jerusalén será restaurada, que nuestro pueblo se reunirá nuevamente, y esperaréis vosotros triunfar juntamente con los Patriarcas y los Profetas y con todos los que fueron de nuestro linaje? ¿O, más bien, os refugiáis en la aceptación de esto para aparentar que nos vencéis en la controversia?» (núm. 80. M.G. 6,663).

Advirtamos que el judío sospecha que los que reconocen a Cristo como Mesías no se sienten herederos de los judíos, ni esperan participar con éstos en el triunfo que ellos esperaban en el advenimiento del Mesías. San Justino, que profesa, con muchos escritores cristianos de los primeros siglos, la esperanza en la plenitud futura del Reino de Cristo, responde a Tryfón:

No soy tan miserable para decir una cosa sintiendo otra. Ya te he dicho que yo, y muchos otros cristianos, pensamos así, y tenemos como absolutamente cierto que así ocurrirá.

He reconocido también que otros muchos incluso del linaje de los cristianos... no piensan así.

Así pues, yo, y los cristianos que sienten en todo recatemente, sabemos esto: creemos en la resurrección de la carne, y en la restauración de Jerusalén que profetizaron Ezequiel, Isaías y todos los Profetas.

Pero si te encuentras con algunos que dicen que son cristianos, pero que blasfeman el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y niegan la resurrección de la carne, ya te he dicho que te has de guardar de tenerlos por cristianos, porque son herejes, impíos y ateos.

Encontramos aquí citadas tres actitudes:

Primera: la de los cristianos que sienten en todo rec-

vendrá visiblemente a esta tierra para reinar... De mí ciertamente me dice la conciencia que jamás lo he enseñado ni pensado [lo que prohíbe el decreto]». «¿Somos pesimistas?». *Cristianidad*, num. 73, 1-IV-1947, pág. 148.

7. Juan Rovira y Orlandis S.I. Obra inédita citada. Lib. II, Disquisitio secunda, quaestio IV, assertio II.

tamente y que, como el propio Justino, creen en la Resurrección de la carne y en la restauración de Jerusalén anunciada por los Profetas.

Segunda: la de otros cristianos, que no aceptan aquella doctrina y esperanza. Venidos de la gentilidad, sospechan, al parecer, de los primeros su coincidencia con las esperanzas judías.

Tercera: otros pretenden darse a sí mismos el nombre de cristianos pero son enemigos del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, del que blasfeman, y niegan la resurrección de la carne (los *gnósticos*).

Es explícita y decidida la denuncia de San Justino contra el falso cristianismo antijudío de los gnósticos, enemigos del Dios de Israel: son herejes, impíos y ateos.

Pero el intento apologético «dialogante» con los judíos es tal vez la razón de que en el texto de San Justino no aparezca tan claramente aludido el error, antitético al de los gnósticos, que, denunciado por San Ireneo de Lyon, sería posteriormente calificado siempre como «el error judío».

Escribió San Ireneo, el más autorizado representante en la Antigüedad cristiana, de la doctrina de la consumación del Reino de Cristo en la tierra:

No sería Jesús, el Cristo, aquel que tiene carne y sangre por la que nos redime, si no recapitulase en sí todo lo que Dios había creado en Adán.

Vanos son los de Valentín que dogmatizan excluyendo la salvación de la carne y desprecian lo que Dios ha creado.

Vanos son también los ebionitas, que no aceptan la unión de Dios con el hombre, sino que perseveran en la vieja levadura. Rechazan la mezcla del vino celeste y no quieren ser sino agua secular. No aceptan que Dios venga a unirse a ellos, y perseveran en el Adán que cayó y fue desterrado del Paraíso (*Adversus aereses*, lib V, cap. 1, num. 292-293).

Si reunimos los datos que nos aportan San Justino y San Ireneo nos encontramos con cuatro actitudes, dos de ellas entre los cristianos, y otras dos en radical enfrentamiento al Evangelio:

Primera: cristianos que profesan la esperanza en el futuro cumplimiento de las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento; éstos aceptan como libro divinamente inspirado el Apocalipsis, que reconocen ser obra del apóstol y evangelista Juan.

Segunda: cristianos que no comparten aquellas esperanzas. Entre ellos se dio la negación de la apostolicidad del Apocalipsis, que algunos atribuyeron al hereje Cerinto, y también, a partir de Orígenes, su interpretación exclusivamente alegórica, excluyendo su significado literal.

En oposición radical al Evangelio, nos hallamos con las otras dos actitudes entre sí antitéticas:

Tercera: *El error herético*, las gnosis. Todo un conjunto de sistemas con el rasgo común de despreciar y maldecir lo creado y al Dios creador y legislador del Antiguo Testamento. Para ellos la redención es una «liberación» respecto de la naturaleza y de la Ley; entre estas sectas las hubo adoradoras de la serpiente del Paraíso, de Caín, de los sodomitas. De ellas surge el dualismo maniqueo y todos los futuros *catharismos*. *Cátharos* significa «puros».

Cuarta: *El error judío, el ebionismo*, que rechaza la unión de Dios con el hombre. De ellos dice San Agustín:

«Los ebionitas dicen que Cristo es sólo hombre. Observan los mandatos carnales de la Ley, a saber, la circuncisión, y todas las demás cosas, de las que hemos sido librados por el Nuevo Testamento» (*De haeresibus*. Lib. unic, nº X).

Y Santo Tomás de Aquino alude también a ellos:

«Hay que confesar que la Madre de Cristo concibió siendo Virgen. Lo contrario pertenece a la herejía de los ebionitas, que pensaban que Cristo era puro hombre y le consideraban nacido de la unión de los sexos» (S.TH. III^o, qu. 28, art^o. 1, 28 in c.).

A estos judaizantes alude San Jerónimo diciendo:

«Los judíos, y los herederos del error judaico, los ebionitas» (*Sobre Isaías* 66,20). «Los judíos y nuestros judaizantes, es más, no nuestros, porque judaizantes» (*Sobre Zacarías* 14,18-19).

Probablemente, el término *milenarista* quería denunciar el horizonte exclusivamente *temporal* de su modo de entender el Reino. Contra autores como Marcelo de Ancyra y Fotino de Syrmium se insertaron en los símbolos durante el siglo IV las palabras «cuyo Reino no tendrá fin» (DS 41, 42, 44, 46 y 150).

Del milenarismo ebionita al progresismo anticristiano

A lo largo de la historia, la radical antítesis entre la *idea chiliástica o milenarista* de los ebionitas y los errores del dualismo gnóstico, ha sido superada, en confusión dialéctica, en las revoluciones religiosas y políticas que han desintegrado el mundo cristiano hasta nuestros días.

Hoy podemos entender el ebionismo y su esperanza de un mesianismo exclusivamente terreno —cerrado, como notaba San Ireneo, a la aceptación del vino celeste— como la «teología de la liberación» de Israel. *Ebionim* es un término bíblico que significa «los pobres».

La esperanza judaizante se dirigía a un reino mesiánico en el que Israel obtendría su venganza contra las «naciones», al modo como los imperios pseudoteocráticos y terrenos de los califas del Islam.

En el mundo cristiano encontramos a los «santos» de Cromwell, que esperaban la caída de la Babilonia

«papista» y la llegada del «Quinto Reino», degollando al Rey y aniquilando y oprimiendo a los «papistas» irlandeses. Los «peregrinos» emigrados afirman establecer en Nueva Inglaterra el Reino de Cristo.

La traducción filosófica y racionalista de tales esperanzas terrenas la podemos hallar expresada típicamente en la filosofía de la Historia de Kant, con el postulado según el cual «el género humano progresa constantemente hacia lo mejor», y que al título de su opúsculo *La paz perpetua* añadió: «El milenio en filosofía».

La mentalidad progresista, con instrumentos filosóficos del idealismo romántico, contaminó el sentimiento de amor a la patria de muchos pueblos cristianos, transformándolo en un nacionalismo que ha sido causa frecuente de reducción inmanentista de su propia tradición religiosa.

Este mismo proceso generó entre los judíos el «sionismo», esto es, el falso mesianismo en el que se suplanta la esperanza de la salvación que viene de Dios por la que proviene para toda la humanidad del dominio universal de Sión.

Parece como si los signos de los tiempos nos hiciesen entrever el cumplimiento del anuncio del Señor hablando a los judíos que le perseguían: «Yo he venido en el nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre a él recibiréis» (Ioann. 5,43). Porque una tradición muy generalizada afirmaba que «Jerusalén será la ciudad regia del Anticristo» (Cornelio a Lapide. *Sobre el Apocalipsis*, 20,8).

Con instrumentos conceptuales del materialismo dialéctico, un mesianismo radicalmente secularizado e inmerso en la historia, se expresó en el marxismo, según advirtieron muchos sociólogos e historiadores.⁸

Se ha reavivado en mí el recuerdo profundamente agradecido de las enseñanzas del Padre Orlandis al leer en el nuevo Catecismo:

Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes (cf. Lc 18,8; Mt 24,12). La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra (cf. Lc 21,12; Ioann. 19,20) desvelará el «misterio de iniquidad»;⁹ bajo

8. Es para mí un homenaje al Padre Orlandis reconocer que con su magisterio me orientó hacia la afirmación de las ideas aquí expuestas sobre el milenarismo y sus transformaciones filosófico-políticas en un congreso de «La Ciudad Católica» celebrado en Barcelona en octubre de 1968 en los locales de la Balmesiana. Puede verse mi ponencia «Reino mesiánico». *Cristiandad*, num. 456, II-1969, pp. 67-71.

9. El tema del «misterio de iniquidad» y del obstáculo que «lo detiene» (II Tesselonicenses cap. 2,5) lo trató el Padre Orlandis explícitamente en su artículo «Advertencia previa». *Cristiandad*, num. 27, primero de mayo 1945, pp. 193-195).

la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres la solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad». «La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, en el cual el hombre se glorifica a sí mismo, en vez de glorificar a Dios y su Mesías venido en carne» (675).

«Incluso cuando presenta formas atenuadas, la Iglesia ha rehusado esta falsificación del Reino futuro con el nombre de milenarismo, sobre todo cuando presenta la forma política de un mesianismo secularizado intrínsecamente perverso» (676).

«El Reino no se realizará por un triunfo histórico de la Iglesia según un progreso ascendente, sino por una victoria de Dios sobre el desencadenamiento último del mal» (677).

En nuestro tiempo, con frecuencia quienes profesamos «con los Profetas y con el Apóstol» la esperanza en el designio divino de que «el Pueblo de Dios llegue a la plenitud de Cristo», y se realice lo expresado en la solemnidad de Cristo Rey y en la consagración universal al Corazón de Jesús, seguimos siendo calificados como continuadores del «milenarismo».

Pero hay que notar que tal denuncia se hace desde actitudes y posiciones ideológicas que son precisamente las expresiones contemporáneas de aquella corriente que, originada en la soberbia religiosa que desconoció la salvación por Cristo, ha ido formulando de diversas maneras la idea, por antonomasia «anticristiana», del progreso y de la salvación de la humanidad por sus propias fuerzas, y con ideales de horizonte exclusivamente terreno y mundano.

En esta situación son providencialmente esclarecedoras las enseñanzas del nuevo Catecismo, singularmente las contenidas en los números 675 a 677.

Para la superación de equívocos de lenguaje y de confusiones en la doctrina

San Agustín, que había profesado una doctrina de la consumación del Reino de Cristo semejante a la de San Justino y a la de San Ireneo, se refirió a ella como «de alguna manera tolerable», mientras censuró a los que atribuyen a los resucitados inmoderados banquetes en los que superarán a los incrédulos, y comenta sobre esto:

«Los que son espirituales dan a éstos el nombre de *chiliastai*, palabra griega que podemos traducir literalmente por «milenaristas»» (*De civitate Dei*, lib. XX, c. 7º, 1).

Sobre estas palabras de San Agustín comentó Florentino Alcañiz, S.I.: «el nombre de *chiliastai* o *milenarios* se daba entonces sólo a los que sostenían el

milenario craso».¹⁰ Lo cual, por cierto, quitaría coherencia lógica a la división del milenarismo en espiritual y craso, pues si el término *milenarismo* se refiere a las esperanzas «carnales» de los ebionitas herederos del error judaico, no puede hablarse de «milenarismo espiritual», a no ser con un uso totalmente equívoco del término.

En cuanto a San Jerónimo, que con San Agustín se reconoce siempre como aquel cuya autoridad llevó al abandono del llamado *milenarismo* en Occidente, escribe insistentemente en contra del que considera como continuación y herencia del «error judío»:

«Luego no promete el Señor al alma lo que piensan los *chiliastas*: abundancia de riquezas, manjares delicados, la comodidad corpórea, la belleza de las mujeres, sino aquellas delicias a las que nos llama diciendo: *deléitate en el Señor y te dará lo que le pide tu corazón*» (*Sobre Isaías*, 55,2-3).

Como se ve, el término *chiliasta* o «milenarista» es empleado en el mismo sentido en que lo utilizó San Agustín. Pero en varios pasajes atribuye confusamente esta mentalidad a auténticos cristianos, y por lo demás no se atreve a condenar aquel error.

Así, en su comentario sobre el libro del profeta Jeremías, última de sus obras que por su muerte dejó inconclusa, encontramos, sobre unas palabras del Profeta, que interpreta como anunciando la definitiva desaparición histórica de la ciudad de Jerusalén:

«Los judíos piensan que será restaurada Jerusalén de oro y piedras preciosas; y que de nuevo se ofrecerán en ella víctimas y sacrificios, y se darán matrimonios de los santos¹¹ y el Reino en la tierra del Señor Salvador.

»Todo lo cual, aunque no lo sigamos, no podemos sin embargo condenarlo, porque muchos varones eclesiásticos y mártires afirmaron estas cosas. Que cada uno abunde en su sentir y quede todo reservado al juicio de Señor» (*Comentario sobre Jeremías*, ML, 24,801).

La tensión polémica que sospechaba el «error judío» en toda lectura «literal» de los textos proféticos y del Apocalipsis, tendía a ver en un mismo plano el ebionismo y las doctrinas de San Justino, San Ireneo, y «muchos varones eclesiásticos y mártires». Contribuyó a esta confusión la excesiva influencia, por la autoridad de Orígenes, de exégesis alegóricas de aquellos textos, utilizadas

para evitar la coincidencia de los cristianos con las esperanzas judías.

Si tenemos presente que en nombre de tales esperanzas la mayoría de los judíos habían rechazado la mesianidad de Jesús de Nazaret, y muchos de los que la aceptaron la habían deformado en el sistema no trinitario del ebionismo judaizante, resultan esclarecedoras las palabras que el gran comentarista Cornelio a Lapide escribió, siquiera fuese en actitud más de diálogo apologético que de tesis doctrinal:

Se puede satisfacer a los argumentos de los judíos si decimos que las profecías y escrituras que prometen la restitución de Israel, la restauración de Jerusalén y la rendición y salvación de los judíos, se cumplirán, tal como suenan, en el segundo advenimiento del Mesías, esto es, de Cristo, que los judíos piensan que será el primer advenimiento, por lo que niegan que Cristo haya venido.

Las Escrituras que hablan del segundo advenimiento las exponen acerca del primero, por lo que niegan el primer advenimiento y piensan que Cristo no ha venido a la tierra» (*Sobre Jeremías*, cap. 31, 34-40).¹²

La confusión terminológica explica que, mientras autores como Ramón Orlandis Despuig, y Juan Rovira y Orlandis en el citado estudio, evitan el uso del término *milenarismo*, que durante siglos ha apuntado a caracterizar un falso mesianismo de horizonte terreno y humano, otros, atendiendo a que por él se significó también la teología de la consumación del Reino de Cristo en la tierra, lo utilizan aludiendo a doctrinas y autores plenamente ortodoxos.¹³

El Padre Rovira, después de analizar los equívocos de lenguaje y las confusiones doctrinales, que causaron la decadencia y disminución de la teología del Reino consumado, notó que esta doctrina no ha desaparecido nunca en la Iglesia:

«Ciertamente, en los últimos tiempos no faltaron grandes e insignes teólogos e interpretes que, por lo menos en parte, admitieron esta doctrina del Reino consumado. De éstos fueron los principales: Enrique Ramière, los padres Palmieri y Casajoana y el ilustre intérprete del Apocalipsis Rafael Eizaguirre».¹⁴

10. Florentino Alcañiz S.I., *Ecclesia Patristica et millenarismus*. Granada 1933, pág. 225.

11. La autenticidad de la denuncia, en lo referente a los judaizantes ebionitas, se puede comprobar por lo que afirma San Agustín, de acuerdo con las narraciones evangélicas sobre el diálogo de Jesús con los saduceos, en su polémica con los fariseos que creían en la resurrección: «los judíos... en la resurrección de los muertos esperaban cosas semejantes a las que aquí gozaban» (*Enarrationes in salmo*, 65).

12. Lo que Cornelio a Lapide proponía a modo de argumento apologético, pero sin afirmación de carácter doctrinal, es lo que enseña el nuevo Catecismo en sus números, ya citados, 671 y 674.

13. Véase Francisco de Paula Solá S.I. «El Padre Ramón Orlandis Despuig» (1873-1958). *Cristiandad*, num. 708-709, IV-VI 1990, pag. 5.

14. Advierte el Padre Rovira que la «eximia obra» del sacerdote chileno Rafael Eizaguirre *Apocalypseos interpretatio literalis* obtuvo el *nihil obstat* en Roma, firmado por el Maestro del Sacro Palacio durante el pontificado de Pío X.

«A los que hay que añadir en España los nombres de Toribio Martín de Belaustegui y de Cristino Morrondo». También se refiere el Padre Rovira al claretiano José Ramos, que trató muchas veces la cuestión en la revista *La ilustración del clero*.¹⁵

Al concluir la introducción a su estudio, después de reconocer que una doctrina predominante durante los cuatro primeros siglos de la Iglesia, y nunca unánimemente rechazada, parece que no puede no ser verdadera, mientras que por el hecho de haber sido dejada de lado y fortísimamente impugnada por grandes y sabios varones, también parece que no puede no ser falsa, el Padre Rovira expresa así la intención de su trabajo:

Luego esta doctrina es verdadera, entremezclada con falsedades. Así pues, el trabajo es discernir lo verdadero de las cosas falsas; a saber, que alguien, sin ceder a ningún vano respeto humano ni preocupado por prejuicio alguno, únicamente llevado del deseo de investigar la

15. En nuestros días, pienso que el propio Padre Rovira incluiría en esta referencia los importantes estudios de B. Caviglia Campora y Antonio van Rixtel reunidos en el volumen «Tercer milenio. El misterio de la Apocalipsis» (Montevideo, Uruguay, 20 de diciembre 1995).

verdad, seleccione consciente y cuidadosamente todas las cosas para retener todo lo que es verdadero, para confeccionar así un sistema escatológico que sea teológicamente y escriturísticamente coherente.

Este trabajo, que asumo imprudentemente sin duda, porque es quizá superior a mis fuerzas, es el que me he atrevido a emprender, y es el que propongo que realicen los que me lean y sientan afán de investigar la verdad.

Quiero terminar estas notas, homenaje al Padre Orlandis, que me aconsejó el estudio del tratado *De consummatione Regni messianici in Terris, seu de Regno Christi in Terris consummato*, y también al Padre Francisco de Paula Solá, que me exhortó a perseverar en la fidelidad a la teología de la historia que había recibido en Schola Cordis Iesu, con la plegaria con que concluyó el Padre Rovira su admirable estudio:

«¡Oh, te ruego que vengas, Cristo Jesús, Rey del Cielo y de la Tierra; ven Señor, Alfa y Omega, Principio y Fin, raíz y linaje de David, estrella espléndida y matutina; el que eras, el que eres, el que ha de venir, ven a libramos, ven a visitar tu viña, a custodiar y defender tu Iglesia, ven a regir el orbe de la Tierra en justicia: Vara de equidad es la vara de tu Reino. *Adveniat regnum tuum. Veni Domine Iesu.*

El Reinado del Corazón de Jesús

Es innegable que el pueblo cristiano y piadoso, el devoto fervoroso del Corazón de Jesús, vive en la esperanza de su reinado de justicia y caridad. ¿Pero sabe el pueblo piadoso, en realidad, lo que espera? ¿Qué se promete, por ejemplo, el pueblo español cuando confía en la conocida promesa hecha al P. Bernardo de Hoyos? ¿Qué cuando a voz en cuello entona «Corazón santo, tú reinarás»? Por lo demás, ¿quién le inspira esta creencia? ¿es el Espíritu Santo o es pura ilusión popular? Desde luego hay que reconocer que en el pueblo cristiano se infiltran a las veces vanas opiniones y hasta supersticiones ridículas. Pero dado que un espíritu discreto sabrá fácilmente distinguir entre

aquellas mentiras transitorias y localizadas, y esta esperanza general, que lejos de desvanecerse con el tiempo, va creciendo, ¿será esta diferencia prueba suficiente de intervención providencial del espíritu de Dios?

Inclinará no poco la balanza en favor del influjo de Dios en la difusión y consolidación de la piadosa esperanza la indiscutible autoridad de las revelaciones de Paray, de donde toma su origen. ¿Qué es la piadosa creencia si no una interpretación razonable de las promesas de Paray?

RAMÓN ORLANDIS, S.I.:

«El arco iris de la "Pax romana"»,

Cristiandad, núm. 54, 15 de junio de 1946

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo en el Huerto de los Olivos

Sermón predicado por el PADRE PICHON, S.I., director espiritual de varios miembros de la familia Martin, e incluso, en ocasiones, de santa Teresita del Niño Jesús.

El alma tiene contra el sufrimiento tres amargos prejuicios, halla tres espadas principales que la traspasan de parte a parte. Nos parece que sólo nosotros sufrimos... que nuestros sufrimientos no tienen mérito alguno... que incluso son culpables. La soledad, la esterilidad, la culpabilidad en nuestros sufrimientos, he ahí los tres grandes prejuicios que nos los hacen tan penoso.

En primer lugar, nos parece que estamos solos en el sufrimiento: «Si supiera que no sufro solo... me siento tan aislado en mi sufrimiento, me parece que estoy solo en medio de tanto mal, gustando tanta hiel, ¡ay de mí!, no puede ser bueno mi dolor». Nuestro enemigo, celoso de la gloria dada a Dios por el sufrimiento, hace cuanto puede para volverlo insoportable, metiéndonos en el alma la idea de que nuestros sufrimientos no tienen méritos y son estériles. Es lo que nos hace el dolor tan intenso que nos arroja en una especie de desesperación, o profunda amargura. «Si al menos supiera que con estas penas compro tal alma, bendeciría mi dolor, estaría orgulloso, feliz de sufrir, pero lo que me aflige es ver que no saco ningún fruto de mis pruebas, sé que son estériles...». ¡No, no estamos solos para sufrir! No, nuestros sufrimientos no son estériles o, sobre todo, nuestros sufrimientos no son culpables. No quiero exagerar nada. ¿Es que no ofendemos a Dios en nuestros sufrimientos, por nuestras faltas de resignación, de paciencia o cualquier otra falta venial de este género en un exceso de pruebas? Yo creo que hay muchas menos faltas de lo que se piensa; puede suceder también que perdamos algunos méritos, pero ¡cuánto compensa el éxito las pérdidas! Cuántas pobres almas se abruma a fuerza de reproches, se turban de haber sentido repugnancias ante la prueba. ¡Oh!, cuánto me gusta esta frase de un Santo: «La Cruz no pasa nunca en la vida sin dejar buenas huellas». No dice: «La Cruz bien aceptada, llevada alegremente, con corazón generoso»; no, «Todas las cruces dejan huellas buenas en la vida». Incluso la Cruz, y yo diría más, sobre todo la cruz llevada débil y miserablemente. Nuestro Señor, que tiene un cuidado particular de cada alma, se dice: «Calculando todo, va a adquirir más méritos, hacer más progresos, glorificarme más; si le envió tal prueba, esto le será provechoso». Esta es la hora del sufrimiento... que es tam-

bién la de la salvación. Pidamos al Espíritu Santo que nos haga entender bien esta página admirable, en la que Él mismo ha dictado todos los pasajes; página sublime, capaz de llevar un bálsamo a todas las llagas, remedio y consuelo a todos los corazones dolientes. Yo os confieso que antes de comprenderla, la aceptación del sufrimiento era un misterio para mí.

Jesús se dirige al Huerto de los Olivos; en el camino se siente invadido de una profunda tristeza, desgarrante, que le envuelve por completo, de una tristeza que todo su valor no puede levantar; y que le arranca este lamento: «¡Mi alma está triste hasta la muerte!» No es una palabra vana, ahora mismo lo verás —¡sin un milagro, moriría!—. Como me había extraordinariamente menospreciado, pensé que era necesario, como los primeros mártires, cantar ante el suplicio, estar siempre alegre en medio de mis pruebas, de mis sufrimientos... Nuestro Señor no cantaba, no estaba alegre. No superabundaba de gozo, estaba abrumado de tristeza, hasta el punto de que su dolor le arranca este doloroso lamento: «¡Mi alma está triste, hasta la muerte, hasta morir!» ¡Ah!, los mártires, yo los veo lanzándose cantando ante los suplicios, besando el instrumento de su muerte; llamando bienhechores y agradeciendo como tales a los verdugos que les persiguen. Veo bien lo que sufren en sus cuerpos, pero no veo lo que sufre su alma. Su alma estaba en la serenidad perfecta, gustaba ya el Cielo anticipado, la alegría interior lo hacía como insensibles a los tormentos; son mártires en sus cuerpos. Jesús, el Rey de los mártires, ha querido ante todo ser el mártir del alma. Mi divino Rey no cantaba al dirigirse a su martirio. Tenía el corazón oprimido; su alma estaba triste, triste para morir. ¡Oh!, alma mía, ¿por qué, pues, me reprochas mis tristezas? ¿Por qué eres tan severa conmigo? ¿Por qué exiges que sufra con alegría? ¿Cuando Dios permite que yo esté también en el martirio del alma, cuando permite invadirme la tristeza! Nuestro Señor ha tenido tristezas antes que yo, y más que yo; sin embargo, su tristeza era buena, meritoria. Puedo, pues, en mi tristeza, presentarme a Jesús, arrodillarme a su lado en Getsemaní, unir mi sufrimiento al de su Corazón. No, no estoy solo sufriendo con tristeza; Jesús está conmigo.

El Espíritu Santo señala un segundo detalle: Nuestro Señor empieza a tener miedo. ¿Cómo? ¿Nuestro Señor Jesucristo tuvo miedo? ¿Y de qué? De su Cáliz amargo, de su Pasión, de su Cruz, de la Voluntad de su Padre. Es preciso que apure su Cáliz y, sin embargo, tiene miedo. ¡Ah! ¡Yo creía que un alma generosa no debía temer el sufrimiento, creía que debía considerarlo con alegría, sonreírle, salir a su encuentro...! Alma mía, ¿por qué me reprochas mis temores, mis miedos? Jesús antes que yo tuvo miedo; incluso cuando tiemblo ante la prueba, aun cuando la cruz me da miedo, me puedo presentar en Getsemaní, puedo arrodillarme al lado de Jesús y ofrecer mi sufrimiento a Dios. ¡Su divino Hijo sufre como yo! ¡Qué bueno es Nuestro Señor de revelarme el mérito de estos pequeños sufrimientos, que me parecen tan mezquinos!

He aquí que el Espíritu Santo me indica un sentimiento más sorprendente aún: ¡Nuestro Señor siente una gran turbación! ¡La turbación, ¿no es acaso el sentimiento de un alma que no está ya segura de sí misma? ¿No es el sentimiento de un alma desazonada, que no tiene ya dominio? ¿Cómo un alma generosa se deja turbar? ¿No debe atender a pie firme la voluntad de Dios? ¡Oh!, alma mía, ¿por qué me reprochas mis turbaciones? ¿Por qué me las representas como desfallecimientos morales? Jesús fue turbado más que yo. Sí, incluso en mis turbaciones puedo ir a Getsemaní, puedo presentarme al lado de Jesús y ofrecer a Dios mis turbaciones... Las recibirá con agrado. Sufro como el Divino Maestro.

El Espíritu Santo añade al cuadro un rasgo aún más sorprendente: ¡Nuestro Señor sintió hastío! El hastío, ¿no es acaso el sentimiento de un alma que está a punto de abandonarlo todo? ¿No es la repulsión, la aversión, la repugnancia en su mayor grado? Nuestro Señor está hastiado. ¿Y de qué? De su Pasión, de todo cuanto hay de más santo en la Voluntad de su Padre. Su hastío es tan profundo que está trastornado; no puede dominarlo. ¡Oh!, alma mía, ¿por qué me reprochas mis hastíos? Jesús se hastió antes que yo, más que yo; quieres que ame el sufrimiento. Jesús no lo amó. No sentía ningún atractivo por el dolor. Le inspiraba, por el contrario, repugnancias insoportables. En medio de mis hastíos de toda clase, puedo aún postrarme en Getsemaní, ofrecer a Dios mis sufrimientos que me roen el corazón. ¡Así es como sufría su Divino Hijo Jesús! Finalmente dice el Evangelio: «Nuestro Señor empieza a sentir tedio». El tedio, ¿no es un sentimiento pequeño, mezquino, despreciable? ¿No es acaso el sentimiento de un alma que se siente desfallecer, que ve escaparse su valor? El tedio no es el sentimiento de un alma que se pregunta si un momento después podrá seguir aún sufriendo. Nuestro Señor siente tedio. ¿Y de qué? De cuanto hay de más santo, de más sagrado. Tiene tedio de su misión y de su vocación de Redentor. ¡Oh!, alma mía, ¿por qué me reprochas mis

tedios? Jesús los ha sentido más que yo y antes que yo y sin embargo es mi modelo en el sufrimiento. ¡Oh!, en medio de mis tedios, cuando me siento tan pobre, tan mezquino en mis desalientos, mis abatimientos, mi desesperación, puedo ir a Getsemaní, arrodillarme junto a Jesús y ofrecer mis sufrimientos a Dios, los agradecerá... se parecen a los de su Jesús.

Sufrir generosamente, yo creía que era sufrir con un valor que no se turba, pero hoy comprendo que puede ser también sufrir con tristeza, temor, turbación, hastío, aburrimiento; puede ser sufrir pequeña y miserablemente. Cuando en el sufrimiento sentimos nuestro corazón resignado, generoso, es de temer que el amor propio tenga su compensación; pero sufrir sin saber que se sufre bien, sufrir esas tristezas, esos desalientos que hacen que se llegue a decir que tal vez se pierde todo mérito, que incluso se ofende a Dios, es sufrir sin ningún consuelo del corazón; es el sufrimiento puro. Cuando un alma tiene conciencia de su generosidad, que puede demostrar que está plenamente resignada a la voluntad de Dios, su dolor está bien suavizado. Pero sufrir en una confusión íntima tal que no se ve nada, ningún brillo a sus sufrimientos, cuando se les cree estériles, entonces es el sufrimiento por excelencia, es el de Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos.

Sigamos a nuestro buen Maestro en la primera parte de su Pasión, en su Pasión del Corazón y podremos recoger aún preciosas lecciones. Nuestro Señor llega al Huerto de los Olivos sintiendo que su agonía va a empezar. Toma consigo a tres de sus apóstoles: Pedro, Santiago y Juan, a los que había llevado al Tabor; busca consuelo, querría no estar sólo en el sufrimiento, quiere junto a sí corazones compasivos, mendiga un poco de consuelo: «Velad, pues, y orad conmigo».

He hallado críticos que declaran que para sufrir con mérito era preciso rehusar todo socorro, todo consuelo; prohibían el buscar un punto de apoyo, de ayuda espiritual si no quería perder mis méritos. ¿Es que Nuestro Señor no ha sido el mártir del sufrimiento y buscó consolación? Es cierto, con todo, que vio su deseo frustrado. Va al encuentro de sus discípulos y los halla dormidos. Vuelve a su oración, luego retorna nuevamente a sus apóstoles para buscar un poco de consuelo. Yo tengo, pues, derecho a buscar un corazón amigo, a ir a mis superiores para confortarme con su simpatía, con sus consejos. Tengo derecho de ir a mi director, él tendrá palabras hermosas para mi corazón, palabras de vida que me harán bien. No, no es perder méritos el abrir su corazón a quien se debe... Nuestro Señor cae de rodillas, empieza su oración, extraña oración —¿he oído bien?— «Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz.» Pero, ¡oh!, mi buen Maestro, es nuestra salvación. Vinistéis a este mundo para beber este cáliz; es vuestra vocación. Y no lo queréis, lo apartáis de vuestros labios. «Padre mío,

si es posible, pase de mí este cáliz.» Nuestro Señor es, sin embargo, el modelo de toda generosidad y, a pesar suyo, su naturaleza se negaba a padecer. ¡Oh!, alma mía, ¿por qué me afliges? ¿Por qué me reprochas haber dicho al pie del Sagrario: «Señor, si es posible que esta prueba pase lejos de mí, que esta pena se me ahorre, este sufrimiento se endulce. Si es posible, cambiad los designios de la Providencia sobre mí. Si es posible, que este cáliz pase lejos de mí...»? Es cierto que Nuestro Señor añadió en seguida: «Sin embargo, que se cumpla vuestra voluntad». Sí, pero después de decir estas palabras, las vuelve a tomar, se retracta por decirlo así y empieza su misma oración: «Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz». Y durante dos horas, si bien dice: «Que se cumpla vuestra voluntad», vuelve siempre a su misma oración: «¡Oh!, si es posible pase de mí este cáliz». La repetía cien veces.

Tal vez habéis venido en ciertos momentos al pie del altar a protestar a Nuestro Señor que aceptáis tal prueba. Una hora después, os sorprenderéis a vosotros mismos diciendo: «Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz.» También en el corazón de Nuestro Señor había un misterioso vaivén de querer y de negar, de resignación y repugnancia. Nuestro Señor se retractó, tuvo luchas. Bien podemos tenerlas nosotros. Sin embargo, su última oración, la que termina esta alternativa de resignación y repugnancia fue: «Oh, Padre mío, que se haga vuestra voluntad y no la mía». ¿Habéis entendido? No hay en el Evangelio palabras más humanas, palabras que nos acerquen más a Nuestro Señor. ¿Habéis oído? No dice: «Padre mío, quiero lo que vos queréis, vuestra voluntad es la mía»; no, es todo lo contrario lo que dice: «Padre mío, no me pidáis querer lo que vos queréis, todo en mí repugna al sufrimiento. He aquí todo cuanto puedo deciros: nuestras dos voluntades no están de acuerdo, puesto que hay que sacrificar una, que sea la mía: «Que se haga vuestra voluntad y no la mía». Qué bueno ha sido Nuestro Señor de hacerse nuestro modelo y de darnos en su Persona tantos motivos de estímulo, haciéndose tan fácil de

imitar, empequeñeciéndose así a nuestro alcance, dejándonos leer en su Corazón todas las lecciones de la sabiduría, de la caridad por excelencia. Me parece que bien puedo presentarme ante vuestro altar y deciros con la sencillez de mi corazón: «Dios mío, vuestras dos voluntades no están de acuerdo, realizad la vuestra, no escuchéis mis lamentos, mis repugnancias». Nuestro Señor, después de esta lucha contra el sufrimiento, siente flaquear sus fuerzas. Cae, la faz en tierra, un sudor de sangre le inunda y mana hasta el suelo. Queda en agonía.

He hallado en el mundo directores severos que dicen a una pobre alma: ¿Cómo vuestra salud ha flaqueado a consecuencia de penas morales? ¿Cómo habéis caído enferma? No tenéis fuerza moral, energía, generosidad; si hubierais sido más sumisa a Dios, vuestra salud hubiera resistido». ¿Es que Nuestro Señor nos ha aventajado? ¿No era acaso generoso, el modelo de toda generosidad? Sin embargo, terminó agotado, la faz contra el suelo, sudando sangre. Si Él desfalleció, bien puedo también hacerlo yo... Un ángel baja del Cielo para sostenerlo, confortarlo. Cuando Dios me ha enviado su ángel para sostenerme, un alma que me ha comprendido o mi confesor, me he reprochado de haber atendido el socorro del ángel, de no haberlo rechazado. He creído perder mis méritos por aceptar sus consuelos. ¿Es que Nuestro Señor rechazó al Ángel, es que acaso lo envió al Paraíso? No, lo aceptó, beneficiándose del socorro que Dios le enviaba. Cuando nos envía su ángel, sepamos aprovecharlo. Sin duda hay un justo medio, una medida a guardar, pero Nuestro Señor la cumplió dándonos ejemplo... ¡Sí, Dios mío, cuando me enviéis vuestro ángel, sí, lo aceptaré gozoso!

Llevamos en nosotros una llaga íntima que nos corroe... Pequeñas penas, temores, debilidades, turbaciones, aburrimientos, sinsabores, repugnancias; dejémosles roer nuestro corazón. Día vendrá y está cerca en que en manos de Dios se convertirán en perlas preciosas que adornarán nuestra corona en el Cielo por toda la eternidad.

«Reinará el divino Corazón»

Al fin reinará este divino Corazón a pesar de los que se oponen a ello. Satanás quedará confundido con todos sus secuaces. Y serán felices aquellos de quienes Él se sirva para establecer su imperio.

Me parece que es semejante a un rey que no piensa en dar recompensas mientras lleva a cabo sus conquistas y triunfa de sus enemigos, pero sí cuando reina victorioso en su trono. El adorable Corazón de Jesús quiere establecer su reinado de amor en todos los corazones, destruyendo y arruinando el de Satanás.

Santa Margarita María Alacoque:

Carta a la hermana Juana Magdalena (10 de abril de 1690)

LAS PROMESAS DIVINAS, FUNDAMENTO DE LA ESPERANZA

ANTONIO PREVOSTI MONCLÚS

El fundamento de la esperanza

El *Catecismo de la Iglesia católica* define la esperanza cristiana con estas palabras: «*la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo*» (núm. 1817).

Encontramos en esta definición un punto crucial para penetrar realmente en lo nuclear de la esperanza cristiana: se trata de su fundamentación en las promesas divinas. Pues, ¿cómo nace la esperanza, sino por la promesa? Recordemos que Dios es el objeto de la esperanza, no sólo en cuanto es el bien mismo que se espera disfrutar, sino también en cuanto dador de quien esperamos recibir aquel bien. Pues, en efecto, el hombre es incapaz de alcanzar por sus propios medios la felicidad eterna, que consiste en la comunicación y la amistad con Dios. Por lo cual, no habría posible esperanza de amistad con Dios, si no alentara Dios mismo esta esperanza en nosotros mediante sus promesas. Por esta razón, el conocimiento y la consideración atenta de las promesas divinas constituye la fuente y el alimento esencial de la esperanza sobrenatural. Al examinar dichas promesas, veremos además que Dios no sólo ha prometido bienes espirituales y eternos, sino también cierta multitud de bienes terrenos y temporales (cf. Santo Tomás, *S.Th.* I-II q. 99, 6; II-II q. 140, 1, ad 1). Nuestra esperanza alcanzará sus debidas dimensiones cuando se acomode exactamente a lo que Dios promete y tal como lo promete.

Por todo esto, para profundizar en la virtud de la esperanza, como tenemos señalado por el Papa para este año, nos disponemos en este artículo a centrar nuestra atención en las promesas divinas que la sustentan.

Dios ha hecho promesas

Debemos partir ante todo del dato fundamental de que Dios ha hecho promesas a la humanidad. Conocemos estas promesas porque están contenidas en la Re-

velación, y las podemos leer a lo largo de la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Es para nosotros, los cristianos, la Biblia «palabra de Dios», y en muchas ocasiones lo es en el sentido más preciso de que Dios nos ha dado palabra respecto a sus planes y su voluntad.

«*Por mí mismo juro, oráculo de Yahveh, que por haber hecho esto, por no haberme negado tu hijo, tu único, yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré muchísimo tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa, y se adueñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos. Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra, en pago de haber obedecido tú mi voz.*» (Gn 22,16-18)

Así habló Dios a Abraham después de probar la fidelidad de éste en el sacrificio de Isaac, comprometiéndose solemnemente en lo que ya le había anticipado, al llamarle a salir de su tierra y llevarle al país de Canaán. Con ello, Dios no se obligaba sólo respecto a Abraham, un hombre particular, sino que, si bien se mira, también se comprometía con «todas las naciones», es decir, con la humanidad entera. En esta promesa, que inaugura la economía de la salvación (CIC, núm. 705), se contiene, aunque todavía implícita y obscuramente, la promisión del Mesías Salvador, la cual constituye el núcleo capital de las promesas del Antiguo Testamento. Pero no se agotan las promesas divinas en la venida del Mesías; muy al contrario, al dar cumplimiento a lo prometido, Cristo, en su paso por la tierra nos dejó abundancia de promesas que alientan y motivan el peregrinar posterior de la Iglesia. Por poner sólo unos mínimos ejemplos: «*Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*» (Mt 16,18). «*Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt 28, 20). «*Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré*» (Jn 14,14), «*y yo pediré al Padre, y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre*» (ib. 16). «*Y habrá un sólo rebaño y un sólo pastor*» (Jn 10,16). «*El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día*» (Jn 6,56); etc.

El hecho de que en Jesucristo se cumplan las promesas hechas a Abraham y a su descendencia, por tanto, no pone un punto final al dinamismo de la espera. Se

comprende esto, por cuanto Él no dejó una obra acabada en todos los sentidos, sino que plantó una semilla, que debía crecer y desarrollarse hasta alcanzar las dimensiones de un árbol en el que las aves pudieran venir a reposar sobre las ramas. Así es como en el Nuevo Testamento las promesas de Cristo significan la plenitud del compromiso de Dios con los hombres, lo que llamamos la Nueva Alianza. Tal es actualmente el verdadero fundamento, el más rico y el único firme, de toda sobrenatural esperanza.

Promesa y profecía

Puede ahora fácilmente ocurrir al lector la duda de si no debería incluirse la profecía, como fundamento de esperanza, además de las promesas. Ya que lo que ha sido profetizado por iluminación divina sobre el futuro, indefectiblemente debe cumplirse y, por tanto, ofrece una legítima base a la esperanza. Para aclarar debidamente la relación entre profecía y promesas, tendremos que dilucidar ambos conceptos y luego compararlos.

Prometer es manifestar la voluntad actual de realizar una acción futura en beneficio de otro, particularmente, de dar algo en el futuro, y ello con compromiso, es decir, atando la voluntad para que no cambie. Con ello el receptor de la promesa obtiene seguridad de que así se hará y, por consiguiente, se suscita en él la esperanza. Podemos decir que la promesa se dirige a la esperanza del otro. En la promesa no se entrega todavía al promisorio el bien que apetece; en su lugar se le ofrece la esperanza del mismo.

En cuanto a la profecía, según Santo Tomás, consiste en el conocimiento, poseído gracias a una luz divina, de cosas ocultas y remotas al conocimiento natural y común del hombre. La profecía comprende así el conocimiento del pasado, del presente y del futuro; aunque en el sentido más específico suele designarse con el nombre de profecía más propiamente el conocimiento de los futuros contingentes, que son lo más remoto para el conocimiento humano. Se distingue la profecía de la fe, en cuanto la primera es un conocimiento poseído por uno mismo, mientras que la fe es un asentimiento a lo que es conocido por otro (*S.Th.* II-II, q. 171).

Santo Tomás distingue, siguiendo a San Jerónimo, profecías de predestinación, de presciencia y de amenaza, incluyendo las de promesa dentro de las de amenaza. Son profecías de predestinación aquéllas que se refieren a lo que Dios sabe que Él mismo va a hacer. Son de presciencia aquéllas que versan sobre lo que Dios sabe que se hará por el libre arbitrio humano. Por último, son de amenaza y de promesa aquellas profecías condicionadas, que no se cumplen siempre, sino sólo si

el hombre hace o deja de hacer alguna cosa prohibida o solicitada por Dios.

Hay que notar primeramente que, en esta nomenclatura, se toma el término *promesa* en un sentido más restringido que el nuestro, pues se limita a las promesas condicionadas; mientras que nosotros hablamos en general de toda promesa, condicionada o absoluta. Además, puesto que en estas profecías las promesas son condicionadas, no pueden fundamentar una esperanza cierta, aunque sí una cierta esperanza de un orden inferior o subordinado dentro de la esperanza teológica. Está claro, en cambio, que, en la medida que una profecía anuncie un bien futuro, tanto si se trata de una profecía de presciencia como de predestinación, que tienen carácter absoluto y se han de cumplir indefectiblemente, la esperanza puede fundarse en ellas como si de promesas divinas se tratara. Por otro lado, habría que notar que las promesas, en el sentido más propio, sólo pertenecen a las profecías de predestinación, y aún, para que lo sean formalmente, deben incluir palabras explícitas con las que Dios exprese que se compromete ante el hombre y en favor del hombre en lo que dice que va a hacer. La conclusión, en resumen, viene a ser que la profecía incluye un campo más amplio que la promesa; que son las profecías de predestinación, cuando se refieren a bienes futuros, las que contienen promesas divinas absolutas, y, en fin, que la esperanza puede fundarse también en las otras profecías referidas a bienes futuros incondicionados, aunque a modo de promesas implícitas.

Certeza de la esperanza

Que Dios puede prometer, se sigue sencillamente de que posee voluntad y providencia sobre las cosas. Las promesas de los hombres pueden muchas veces despertar desconfianza o reticencias, pero las promesas divinas no pueden suscitar más que una firme esperanza. Lo que mueve a esperanza ante una promesa es, evidentemente, la confianza que nos merece quien promete. Dicha confianza se apoya, primeramente, en su veracidad, en cuanto creemos que dice lo que realmente piensa y quiere. Dios, que es la misma verdad, que no puede engañarse ni nos puede engañar, es en todo sumamente veraz y digno de ser creído. En segundo lugar, se requiere una confianza en la firmeza de la voluntad de quien promete, que no es veleidoso y que no va a cambiar de idea. En una palabra, hay que conocer su fidelidad. Ahora bien, la voluntad de Dios es inmutable. Dios es perfectamente fiel a sí mismo y a sus promesas (CIC, núms. 212, 1063). En tercer y último lugar, la confianza requiere que el que promete tenga el poder de cumplir

lo prometido, pues si le faltaran las fuerzas, de nada le valdría su buena y fiel voluntad. Ahora bien, Dios es omnisciente y todopoderoso; todo cuanto quiere, se realiza. Por ello, no puede fallar la esperanza puesta en sus promesas. Como enseña expresamente el Catecismo, «*las promesas de Dios se cumplen siempre*» (núm. 215).

Esto nos lleva a la cuestión de la certeza de la esperanza teologal. Dicha certeza se halla ya claramente expresada en San Pablo, y recogida por los Padres y doctores posteriores. He aquí algunos pasajes más terminantes: Rm 5,5: «*la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*». Rm 8, 38: «*Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Señor nuestro*». 2Tm 1,12: «*porque sé bien en quién he puesto mi fe, y estoy convencido de que es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día*».

Esta certeza de la esperanza, sin embargo, no exime al cristiano viador de una vigilancia extrema ante el acecho de la tentación y la realidad de la propia fragilidad. «*El que crea estar en pie, mire no caiga*» (1Co 10,12). Repetidamente se avisa en el Nuevo Testamento sobre la importancia de tener conciencia de esa humana fragilidad y la necesidad de trabajar con esfuerzo, para la conservación de la salvación recibida (cf. 2Pe 1,10). Por esto, la adecuada comprensión de la certeza de la esperanza tiende a moverse entre perplejidades y no deja de ofrecer dificultad.

Santo Tomás trata el tema en el artículo 4º de la cuestión 18 de la Secunda Secundae. En ella defiende la certeza de la esperanza, fundándola sobre la de la fe. Así es, ya que la fe es lo que mueve a la esperanza, y siendo cierta la fe, la esperanza lo será igualmente. Por lo cual, incluso el pecador que no tiene la gracia santificante, puede tener esperanza, ya que lo cierto de la esperanza es la misericordia de Dios. Sería erróneo fundar la esperanza de la propia salvación en creerse en gracia de Dios; pues no hay en esta vida seguridad de poseer la gracia. Y sin embargo, seguridad de la salvación podemos tenerla, en cuanto se funde en la misericordia divina y desconfíe absolutamente de nuestras flacas fuerzas. Ahora bien, la certeza de la esperanza no es la certeza de un juicio intelectual que conozca nuestra salvación futura, pues la esperanza no es conocimiento, sino apetición, tendencia. Es, por consiguiente, la certeza de una inclinación infalible hacia su fin.

Pensamos muy fácilmente en la certeza de la esperanza como en la certeza de un enunciado o de un juicio. La entenderíamos mejor si la viéramos como la se-

guridad que se da en una actitud, la cual, reposando en Dios, nos espolea, nos da aguante, nos da paz y alegría imperturbables. Por otro lado, si la certeza de la esperanza significara un conocimiento indubitable de la consecución del fin, ello sería contra la razón esencial misma de esperanza, pues desaparecería el carácter de «*arduo posible*» de su objeto y no serviría la esperanza para enfrentarse a lucha alguna. Como dice San Pablo: «*Porque nuestra salvación es en esperanza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? Pero esperar lo que no vemos, es aguardar con paciencia*» (Rm 8,24s.).

Muchos autores han afirmado, en consideración de este problema, que aunque la esperanza sea cierta en sí misma, en cierto sentido y subjetivamente no lo es, debido a la fragilidad del hombre que espera. Así responden a la dificultad que presenta el supuesto de los viadores que, habiendo tenido esperanza, no alcanzan la felicidad eterna (Santo Tomás, *S.Th.* art. cit. 3). Ahora bien, Santo Tomás indica, a este respecto, que hay que resolver la objeción señalando que la esperanza es cierta, y no es ella la que falla, sino el hombre con su libre albedrío, que pone el obstáculo del pecado.

Si bien la respuesta es escueta y quizás echemos en falta alguna ulterior aclaración, lo esencial de la respuesta del Doctor Angélico consiste en mantener la certeza de la esperanza por encima de la objeción. Es por ello que, más que una certeza objetiva opuesta a una inseguridad subjetiva, creemos que debería decirse que, si la esperanza es plena y auténtica, es segura, y que no puede fallarle Dios a quien ha hecho un acto de esperanza perfecta una vez en su vida.

La certeza de la esperanza en San Claudio la Colombière

Esta es la enseñanza que se desprende del admirable **Acto de confianza** de San Claudio la Colombière, que, por lo demás, no contiene un acto que el santo computara para sí mismo en su devoción privada, sino para ser rezado en público y en nombre de los oyentes. De hecho, el **Acto de confianza** es la peroración de un sermón de San Claudio sobre la confianza en Dios, predicado ante la duquesa de York en Inglaterra.

En él propone San Claudio a los fieles afirmarse con certeza en la esperanza, con estas palabras: «*seguro estoy de ser eternamente bienaventurado, porque espero firmemente serlo, y porque eres Tú, Dios mío, de quien lo espero*». Aquí vemos como la esperanza es lo que da seguridad, pero en cuanto espera de Dios precisamente. La Colombière lo expresa también así: «*en cuanto a mí, toda mi confianza se funda en mi misma confianza*». No

hay que entender esto como un apoyarse en sí mismo, sino exactamente lo contrario: puesto que la confianza consiste en apoyarse en Dios y no en sí mismo, por eso el que confía puede sentirse «seguro en su confianza».

Eso es lo que expresa tan gráficamente en el salmo que San Claudio cita el hombre que se duerme en paz al punto de acostarse: «*In pace in idipsum dormiam et requiescam, quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me*» (Sal 4,10): En paz me duermo y al punto descanso, porque tú, Señor, me has afirmado singularmente en la esperanza.

No deja de plantearse San Claudio la incógnita del tiempo de prueba que queda por delante, en el que la flaqueza humana puede siempre volver al pecado y obstaculizar la gracia. Sin embargo, incluso a este respecto, el santo se pone en las manos de Dios, y espera de Dios mismo mantener siempre la esperanza: «*pierda yo por mí mismo vuestra gracia pecando, que no por eso perderé la esperanza; antes la conservaré hasta el postrer suspiro de mi vida y vanos serán los esfuerzos de todos los demonios del infierno para arrancármela.*» No dice el santo que esté seguro de no pecar más, ni de que va a perseverar hasta el fin. Lo que dice es que quiere mantener la esperanza a pesar de cualquier caída. Para conseguir esto, su gran recurso es esperar de Dios también esta conservación de la esperanza. He aquí el audaz ardid del santo, que incluye la propia esperanza, es decir, la futura, dentro del objeto de la esperanza; con lo cual logra comprometer a Dios, por decirlo así, en la obtención de su propósito, la continuidad del acto que realiza: «*Mientras yo espere, estoy a salvo de toda desgracia: y de que esperaré siempre estoy cierto, porque espero también esta esperanza invariable*».

Habiendo asegurado la continuidad de la esperanza, el resto viene prácticamente por sí solo. «*En fin, para mí es seguro que nunca será demasiado lo que espere de Ti, y que nunca tendré menos de lo que hubiere esperado.*» San Claudio, como escribe en otra ocasión, se apoya, halla consuelo y fortaleza en los textos de la Sagrada Escritura que hablan de esperanza: «*Nullus speravit in Domino et confusus est*» (Ecli 2,11): Nadie esperó en el Señor y quedó confundido. «*In te, Domine, speravi; non confundar in aeternum*» (Sal 30,2): En Tí, Señor, he esperado; no quede confundido jamás.

Y si hasta aquí San Claudio proponía a los fieles esperar la misma esperanza, por fin es el amor de Dios, y Dios mismo, que es el Amor, el que aparece como pleno y definitivo objeto que esperar, en este bellissimo final de su **Acto de confianza**:

«*Espero que Tú me amarás a mí siempre y que te amaré a Ti sin intermisión, y para llegar de un solo vuelo con la esperanza hasta donde puede llegarse, espero a Ti mismo, de Ti mismo, oh Criador mío, para el tiempo y para la eternidad. Amén*» (Tomado de la edición de J.M. Igartua, *Escritos espirituales del Beato Claudio de*



CONGREGAZIONE
DELLE CAUSE DEI SANTI

Roma, 27 de marzo de 1998

Prot. N. Var. 1929/81

Estimado Señor:

La Secretaría de Estado ha transmitido a este Dicasterio su cortés carta dirigida al Santo Padre el pasado 21 de enero, en la que manifestaba su deseo y el de la asociación "Schola Cordis Iesu" que Ud. preside, de ver a San Ignacio de Loyola proclamado Doctor de la Iglesia.

Agradecemos su amable indicación y el interés que en ella demuestra por la difusión del conocimiento de este gran santo. Su carta será tenida en la debida consideración.

Aprovechamos la ocasión para saludarle cordialmente.

Atentamente,

+ *Camara Novak*
secr.

Sr. D. GERARDO MANRESA PRESAS
Schola Cordis Iesu
C/ Duran i Bas, 9 2on.
08002 Barcelona (España)

LA EUTANASIA ES INMORAL Y ANTISOCIAL

Declaración de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española

(selección)

II. LA EUTANASIA ES UN GRAVE MAL MORAL

a) *¿De qué eutanasia hablamos?*

5. «Llamaremos eutanasia a la actuación cuyo objeto es causar la muerte a un ser humano para evitarle sufrimientos, bien a petición de éste, bien por considerar que su vida carece de la calidad mínima para que merezca el calificativo de digna. Así considerada, la eutanasia es siempre una forma de homicidio, pues implica que un hombre da muerte a otro, *ya mediante un acto positivo, ya mediante la omisión de la atención y cuidados debidos*. Esta es la «eutanasia en sentido verdadero y propio», es decir, «una acción o una omisión que por su naturaleza y en la intención causa la muerte, *con el fin de eliminar cualquier dolor*». De la eutanasia, así entendida, el Papa Juan Pablo II enseña solemnemente: «De acuerdo con el Magisterio de mis Predecesores y en comunión con los Obispos de la Iglesia católica, confirmo que la eutanasia es una grave violación de la Ley de Dios en cuanto eliminación deliberada y *moralmente inaceptable de una persona humana*».

6. En cambio, no son eutanasia en sentido verdadero y propio y, por tanto, no son moralmente rechazables acciones u omisiones que no causan la muerte por su propia naturaleza e intención. Por ejemplo, la administración adecuada de calmantes (aunque ello tenga como consecuencia el acortamiento de la vida) o la renuncia a terapias desproporcionadas (al llamado «ensañamiento terapéutico»), que retrasan forzosamente la muerte a costa del sufrimiento del moribundo y de sus familiares. La muerte no ha de ser causada, pero tampoco absurdamente retrasada.

b) *El individualismo ateo y hedonista, causa del regreso a la eutanasia*

7. Hoy la eutanasia resulta de nuevo aceptable para algunos a causa del extendido individualismo y de la consiguiente mala comprensión de la libertad como una mera capacidad de decidir cualquier cosa con tal de

que el individuo la juzgue necesaria o conveniente. «Mi vida es mía: nadie puede decirme lo que tengo que hacer con ella». «Tengo derecho a vivir, pero no se me puede obligar a vivir». Afirmaciones como éstas son las que se repiten para justificar lo que se llama «el derecho a la muerte digna», eufemismo para decir, en realidad, el «derecho a matarse». Pero este modo de hablar denota un egocentrismo que resulta literalmente mortal y que pone en peligro la convivencia justa entre los hombres. Los individuos se erigen, de este modo, en falsos dioses dispuestos a decidir sobre su vida y sobre la de los demás.

8. Al mismo tiempo, la existencia humana tiende a ser concebida como una mera ocasión para «disfrutar». No son pocos los falsos profetas de la vida «indolora» que nos exhortan a no aguantar nada en absoluto y a que nos rebelamos contra el menor contratiempo. Según ellos, el sufrimiento, el aguante y el sacrificio, son cosas del pasado, antiguallas que la vida moderna habría superado ya totalmente. Una vida «de calidad» sería hoy una vida sin sufrimiento alguno. Quien piense que queda todavía algún lugar para el dolor y el sacrificio, es tachado de «antiguo» y de cultivador de una moral para esclavos. No es extraño que desde actitudes hedonistas de este tipo, unidas al individualismo, se oigan supuestas justificaciones de la eutanasia como éstas: «yo decido cuándo mi vida no merece ya la pena» o «a nadie se le puede obligar a vivir una vida sin calidad».

c) *La vida, don maravilloso del Creador*

9. Es verdad que la vida es, en cierto sentido, mía. Yo soy responsable de lo que hago de ella. Pero si ninguna propiedad (de bienes o cosas) deja de tener una referencia social y transpersonal, menos aún la vida, que no es una propiedad cualquiera. Concebir la vida como un objeto de «uso y abuso» por parte de su «propietario» es llevar a un extremo casi ridículo el mezquino sentido burgués de la propiedad privada. La vida no está a nuestra disposición como si fuera una finca o una cuenta bancaria. Si asimilamos el vivir a los objetos de propiedad, privamos a la vida humana de ese sentido suyo de incondicionalidad y de misterio que le confiere su dignidad incomparable.

10. Los cristianos tenemos un nombre para la dignidad y para el misterio de la vida: la vida humana es la gloria de Dios. Su dignidad le viene de su origen y destino divinos. Es una convicción que compartimos con muchos otros creyentes, con la inmensa mayoría de la Humanidad, que ha considerado siempre, con toda razón, que la vida de los seres humanos es sagrada e inviolable, porque pertenece ante todo a Dios. Nosotros sabemos, además, que el Dios vivo y verdadero no es un dueño caprichoso de sus criaturas. Él es el Amor mismo. Todo cuanto existe procede del Amor, que es Dios en la comunión eterna del Padre, el Hijo y el Santo Espíritu. El ser humano, creado a imagen de Dios, es la criatura capaz de repetir, a su modo, la relación de intimidad en la que el Hijo de Dios está desde siempre con el Padre en el Espíritu. Todo ser humano tiene, por eso, una sublime y misteriosa dignidad divina. Su vida es mucho más de lo que pueda hacer o poseer: es una vida querida por Dios mismo.

11. El «no matarás» (Ex 20, 13) se refiere también a la propia vida. El quinto mandamiento del Decálogo expresa en forma normativa que la vida del ser humano no está a disposición de nadie, pues no es propiedad exclusiva de nadie, sino don de Dios. Para nosotros esta Ley no es sólo un imperativo de la razón; es, ante todo, expresión de una esperanza basada en la confianza en el Amor creador. Esperamos que nuestra vida sea un día acogida definitivamente en la Vida eterna de Dios porque creemos que venimos de Él y que vamos hacia Él, movidos ya por la fuerza de su Espíritu vivificador. Los cristianos nos sentimos especialmente llamados a reconocer y vivir la vida como bien propio y bien del prójimo porque hemos experimentado de un modo nuevo que nuestra vida y la de los demás es, antes que nada, un don maravilloso de Dios. Esto nos previene más eficazmente frente a los engaños del individualismo: sabemos bien que es falso eso de que «mi vida sea sólo mía». Es ante todo de Dios y también de los hermanos. Si me quitara la vida, perjudicaría también a mis seres queridos y a la Humanidad, que vería radicalmente lesionado ese bien primordial de su patrimonio más sagrado: la vida de un ser humano.

d) *El misterio de un bien primordial irrenunciable*

12. Pero también la experiencia y la sabiduría humanas, entienden, por lo general, que la vida pertenece a esa clase de bienes intocables que no podemos negociar con nadie, ni siquiera con nosotros mismos: esos bienes que tienden a identificarse con el misterio mismo de la existencia y de la dignidad humana. La vida no es nego-

ciable para mí. Si la libertad, el honor, la educación, etc., son bienes irrenunciables, con más razón todavía lo es la vida, raíz primordial de todos esos bienes. En efecto, si nadie puede privarse de su libertad, enajenándola por medio de un contrato de esclavitud, nadie puede tampoco privarse de la vida, que está menos aún a nuestra disposición que la libertad misma: la vida se nos presenta como algo previo y envolvente, que es más que nosotros mismos. Por eso, en el interior del ser humano resuena una voz que nos dice: «no mates, no te quites la vida; escoge siempre vivir, que te sorprenderás de nuevo de sus insospechadas posibilidades». Es muy preocupante que esta voz interior en favor de la vida no sea hoy percibida por algunos.

III. EL MAL MORAL DE LA EUTANASIA COMPROMETE LA VIDA EN COMÚN

a) *La eutanasia reconocida trae malas consecuencias*

13. La eutanasia es de por sí un grave mal moral, pues es contraria al significado de la vida humana, don y bien irrenunciable. Aun suponiendo que una despenalización de la eutanasia no llevara consigo peligros y efectos indeseados, el hecho mismo de quitar la vida a alguien, aunque sea a petición suya, sería siempre humanamente inaceptable. Pero además no podemos dejar de advertir que la legitimación social de este mal, implícita en la despenalización, trae consigo graves consecuencias y nuevas situaciones de inmoralidad. Mencionamos brevemente algunas de ellas.

b) *Presión moral sobre los ancianos y los enfermos*

14. La aceptación social y legal de la eutanasia generaría, de hecho, una situación intolerable de presión moral institucionalizada sobre los ancianos, los discapacitados o incapacitados y sobre todos aquellos que, por un motivo u otro, pudieran sentirse como una carga para sus familiares o para la sociedad. Ante el «ejemplo» de otros a quienes se les hubiera aplicado la eutanasia de modo voluntario y reconocido ¿cómo no iban a pensar estas personas si no tendrían también ellas la obligación moral de pedir ser eliminadas para dejar de ser gravosas? Esta consecuencia inevitable de una hipotética despenalización de la eutanasia significaría introducir en las relaciones humanas un factor más en favor del dominio injusto de los más fuertes y del desprecio de las personas más necesitadas de cuidado. Nadie debe ser inducido a pensar, bajo ningún pretexto, que es menos digno

y valioso que los demás. La atención esmerada y cuidadosa de los más débiles es precisamente lo que dignifica a los más fuertes y timbre de verdadero progreso moral y social. No es difícil percibir el retroceso que la legitimación del mal moral de la eutanasia comportaría para la vida social.

c) *Muertes impuestas por otros*

15. Se dice y se subraya que la eutanasia que se pide es la voluntaria. Por lo que acabamos de decir, la eutanasia solicitada lleva consigo la malicia del suicidio y de la cooperación con el suicidio. Pero además, los hechos muestran que la aceptación social y legal de la eutanasia voluntaria arrastra consigo la eutanasia no voluntaria e incluso impuesta, es decir, el homicidio. En primer lugar, indirectamente, a causa del efecto de inducción señalado en el párrafo anterior: no pocos se verían presionados, de uno u otro modo, a pedir «voluntariamente» la muerte. En segundo lugar, directamente, a causa de decisiones ajenas no deseadas ni controladas. Así nos lo dice no sólo la previsión, sino la experiencia de lo acontecido en los últimos años en los lugares donde la eutanasia ha sido despenalizada. En 1995 murieron en Holanda 19.600 personas de muerte causada («sanitariamente») por acción u omisión. De estas personas sólo 5.700 sabían lo que estaba sucediendo. En el resto de los casos, los interesados no sabían que otros tomaban por ellos *la decisión de que ya no tenían que seguir viviendo*.

d) *Desconfianza en las familias y en las instituciones sanitarias*

16. Si se hiciera común el «ejemplo» de los que piden la eutanasia y, además, se generalizara la práctica de que los facultativos decidieran, en determinados casos, poner fin a la vida de sus pacientes sin contar ni siquiera con su consentimiento, las relaciones sociales sufrirían un duro golpe. En una sociedad que consintiera esto, la desconfianza y el temor se apoderaría de muchos enfermos, de los ancianos, de los discapacitados. Sufrirían especialmente las relaciones entre los mayores y los más jóvenes, en el seno de las familias, y entre los pacientes y los facultativos, en las instituciones sanitarias. Según la «mentalidad eficientista» y economicista, dominante en la sociedad de consumo, la eutanasia traería consigo, en definitiva, la depreciación de la vida humana, valorada más por su capacidad de hacer y producir, que por su mismo ser.

IV. LA FE EN JESUCRISTO, FUERZA PARA VIVIR Y MORIR DIGNAMENTE

a) *El sufrimiento se ilumina por la fuerza de la fe*

17. El Credo que profesa la Iglesia nos lleva a esperar la Vida eterna. Esta esperanza nos enseña que nuestra vida en el mundo es una de las etapas de nuestra existencia; importantísima y decisiva, ciertamente, pero no la única. Por eso cantamos con el Salmista: «Tu gracia, oh Dios, vale más que la vida, te alabarán mis labios» (Sal 62). Llegar a compartir en plenitud la vida de Dios, «junto con toda la creación, libre ya del pecado y de la muerte», es el horizonte último de nuestra vida. Éste es el gran don de Dios que vale más que la vida temporal. Es la esperanza de la gloria que relativiza todas las dificultades y dolores de este mundo y nos da la fuerza necesaria para hacer de nuestra vida una ofrenda constante a Dios y a los hermanos. La fe en la Vida eterna nos permite vivir con serenidad y dignidad incluso cuando nos vemos confrontados con el sufrimiento o con la injusticia. En este caso, siguiendo los pasos del Señor crucificado, sabemos que el mal es vencido por la confianza y el amor en virtud del poder del Dios creador, que resucita a sus fieles para la Vida. El sufrimiento, de por sí es un mal, no lo adoramos a él, sino al Dios que puede sacar bien incluso del mal.

b) *El sufrimiento que pone límites a la «cultura de la muerte»*

18. El dolor, cuando es asumido con fe y esperanza no destruye al ser humano, sino que contribuye también a engradecerlo. La fe en Jesucristo resucitado nos lo dice bien claro a los cristianos. Pero la fe, como no es ajena a la entraña más íntima del ser humano, no dice algo totalmente incomprensible para quienes no son cristianos. El sufrimiento puede sumir en la desesperación, pero puede también desarrollar en quienes lo encaran por amor y con esperanza capacidades físicas y morales insospechadas. Los ejemplos de ello son incontables. En todo caso ¿no se comprende que quien libra con gallardía la batalla de la vida, aun en medio del sufrimiento, está sólo por eso siendo de incalculable utilidad a la causa de la dignidad humana? Ninguna persona es jamás inútil. Pero quien sostiene su vida en medio del sufrimiento es, si cabe, útil en grado sumo. Su actitud íntegra y valerosa es el mejor muro de contención contra la marea de la cultura de la muerte.

Madrid, 19 de febrero de 1998

MIS RECUERDOS DEL PADRE ORLANDIS

FRANCISCO CANALS VIDAL

A los cuarenta años de su muerte la publicación por la revista *Cristiandad* de un número en homenaje a su memoria me mueve, y podría decir que me compromete, a expresar algunos recuerdos de sus palabras y de sus actitudes de padre en el espíritu y de maestro de sabiduría humana y cristiana, que quedaron impresas, entrañadas en los más íntimo de mi vida, a lo largo de los catorce años, desde 1944 hasta su muerte en 1958, en que tuve la dicha de un trato frecuente, casi cotidiano con él.

«*Tindràs part en ma vida*», dijo Costa i Llobera en su evocación por la prematura muerte de Pere Orlandis i Despuig, insigne poeta mallorquín, hermano del jesuita que fue nuestro inolvidable maestro. Así se ha cumplido también en mí y en otros muchos en relación al Padre Orlandis. Su acción ha permanecido en nuestro interior, sus palabras no han podido ser olvidadas, y la misteriosa maduración de lo que por ellas sembró ha sido causa de que hayan sido mejor comprendidas cuanto más lejanas en el tiempo. Así el Padre Orlandis ha seguido siendo, para mí, padre y maestro, también a partir de su muerte y hasta hoy.

Convencido de la validez y fecundidad universal de sus consejos orientadores y estimulantes, de sus exhortaciones exigentes, tal vez en un primer momento dolorosamente sorprendentes, y de la clarividencia y visión de futuro de sus advertencias, que iban acompañadas de certeras previsiones en las que «sin contemplaciones», sin adulaciones ni respetos humanos, preanunciaba el curso de algunas cosas, removiéndolas de expectativas falsas e ilusorias, trataré de repetir con la mayor literalidad posible sus palabras y sugerir el ambiente y la ocasión en que las pronunciaba.

El Padre General de la Compañía, Peter-Hans Kolvenbach en reciente carta al director de *Cristiandad* José María Mundet ha expresado el deseo de que «el Señor siga bendiciendo la Schola Cordis Iesu y su propósito de servicio al Apostolado de la Oración, para bien de la Iglesia entera». Para agradecer esta manifiesta bendición divina, dando así gloria al Corazón de Cristo, comenzaré mi personal «antología» con aquellas palabras que más directa e inmediatamente se referían al propósito y vocación de Schola.

«Pienso que el demonio pasa por todo con tal de que pueda estorbar la devoción al Corazón de Jesús»

Afirmaba la *certeza* del designio divino de que la devoción al Sagrado Corazón sería el remedio social del mundo actual y que como consecuencia del triunfo de esta devoción vendría la época profetizada del Reinado social de Jesucristo.

Inculcar esta convicción y esta esperanza era el objeto final de todas sus tareas, y al servicio de ella estaban sus conferencias históricas, su enseñanza de Teología de la Historia, su magisterio filosófico según la doctrina de Santo Tomás de Aquino.

Llegaba a decir que el demonio no estorbaría una devoción a la Santísima Virgen que no condujera a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Este punto de vista, que a mí entonces me extrañaba, he ido comprendiendo después que se apoyaba en una convicción que le llevó a sugerir al Padre Francisco de Paula Solá que escribiese en *Cristiandad* un artículo titulado «A

María por Jesús» (núm. 89, I-XII-1947, pp. 515-518).

Sus criterios estaban en radical oposición a los «minimalismos» que han deformado abusivamente la situación postconciliar, pero era, en ésta y en muchas cuestiones, precursor de los verdaderos y auténticos mensajes del Vaticano II.

Con una perspicaz y aguda visión de los sentimientos y de los ambientes y situaciones contemporáneas previó siempre la ruina de cualquier escolasticismo vuelto de espaldas a las fuentes más originarias. «Los jesuitas jóvenes, o serán tomistas o existencialistas o cualquier cosa, pero no serán ya suaristas», le dijo muchas veces al Padre José María Murall.

No esperaba mucho más del «tomismo de manual» y orientaba hacia la búsqueda de la síntesis auténtica por el estudio directo del Doctor Angélico. De las «veinticuatro tesis» decía que eran ciertamente «principios y enunciados mayores» pero no *los* principios y enunciados mayores de aquella síntesis. ¡Suerte que en latín no hay artículo!, comentaba con ironía.

Sentía e infundía aversión hacia toda actitud que quisiera apoyarse en «*fragments de veritat*». «Lo quiero todo», dijo en su lecho de muerte a un íntimo amigo suyo.

Insistía en recomendar la búsqueda de la unidad y de la síntesis: *cerqueu en tot la unitat*. El mismo inspiró a la revista *Cristiandad* aquel lema tomado literalmente de Santo Tomás de Aquino: «*plura ut unum*».

El Papa Pío XI había afirmado que en el culto al Sagrado Corazón de Jesús se encuentra «la síntesis de toda la religión».

«Lo nuestro es la devoción al Sagrado Corazón»

Insistía en que era esta nuestra vocación. En catorce años de mi trato con él son incontables las exhortaciones, advertencias y avisos que oí de él en este sentido. Por haber él orientado mi vocación al estudio de la filosofía, y concretamente al amor y adhesión al pensamiento auténtico de Santo Tomás de Aquino, me resultaba sorprendente que insistiera en advertirme: «no convertáis Schola en una escuela tomista, porque lo nuestro es el Corazón de Jesús».

Advirtiendo siempre contra el olvido de la vocación profunda de Schola Cordis Iesu, al consejo de no centrarse en algo distinto del Corazón de Jesús añadía que nosotros colaboraríamos mejor con un «suarista» que participase de los ideales del Padre Ramière, que con alguien que no sintiese entusiasmo por el ideal y la esperanza del Reinado de Cristo por su Corazón, aunque fuese tomista.

No hubiera Schola Cordis Iesu subsistido ni fructificado sin el apoyo de influyentes jesuitas suaristas. Recuerdo al Padre Murall, al Padre Cayuela, al Padre Igartua, al Padre Solano, al Padre Francisco de Paula Solà, para nombrar sólo algunos de los que ya murieron.

La que ahora se llama «escuela tomista de Barcelona» es una fructificación internacionalmente visible del magisterio filosófico-teológico del gran apóstol de Corazón de Jesús, y no se hubiera llegado a su actual presencia sin el apoyo y la colaboración del Padre Juan Roig Gironella en la Sociedad Internacional Tomás de Aquino.

Y sin duda para prevenir toda deformación «intelectualista» me dijo muchísimas veces: «si lo que buscas es hacerte un sabio no hace falta que vuelvas por aquí». Su consigna era: «hacer bien, no hacerlo bien», advirtiéndonos contra los riesgos de un culturalismo que desorientase nuestra vocación apostólica.

Pero ahora no me extraña que me urgiese siempre al estudio y a la lectura en muchos campos y que me reprendiese por no conocer ya toda la biblioteca de Schola. Decía frecuentemente que mucha gente no lee no por pereza sino por vanidad; no soportan la experiencia

de ir encontrando tantas cosas sobre las que nada sabían. «Tu humillación es estudiar»; «tu humillación es escribir».

El ideal y la esperanza del Reino de Cristo sobre las sociedades humanas, a cuyo servicio estaba su Teología de la Historia, lo sentía como el único remedio contra los «malminorismos» y «posibilismos» que, tomados como pretexto para olvidar prácticamente el imperativo *oportet illum regnare*, sirven para que se sitúen muchos en el «segundo binario» ignaciano.

Los que tal hacen, notaba el Padre Orlandis, en sus tareas y decisiones se engañan a sí mismos «trayendo» la voluntad de Dios a sus voluntades, orientadas según criterios de gloria mundana, y de huida de los sacrificios y humillaciones que son exigencia de la seriedad en la vida cristiana y apostólica.

Estaba convencido de que la desaparición en la política de la tradición de intransigencia antiliberal dañaría más gravemente la vida católica de España que la tiranía atea de un estado comunista.

«Santa Teresita del Niño Jesús»

«Si los superiores me autorizasen a trabajar en el Apostolado de la Oración, pero no a enseñar en él que en el mensaje del amor misericordioso y de la infancia espiritual de Santa Teresita del Niño Jesús ha llegado a plenitud la revelación del Corazón de Jesús, pediría de ellos permiso para retirarme».

Sostenía que nada podría hacer en este orden de cosas sin referirse como a lo más decisivamente orientador al espíritu de Santa Teresita del Niño Jesús. Su sabiduría espiritual la juzgaba digna de un Doctor de la Iglesia. Todos aquellos a quienes ha llegado el apostolado del Padre Orlandis sentimos profunda gratitud a Dios por la declaración pontificia reciente, y por haber sido beneficiarios de un espíritu que permitió a esta revista anticiparse desde 1971 a la solemne proclamación del doctorado.

«Aquí, aquí, aquí, aquí, aquí, aquí»

La consigna, expresada repitiendo seis veces lo que parecía ser un adverbio de lugar, nos advertía contra la dispersión, contra las falsas ilusiones y apariencias engañosas por las que quisiéramos apoyarnos en tareas que nos pareciesen más «actuales», y que nos tentasen con la eficacia y el éxito.

El sabía muy bien que «aquí» era un lugar y una tarea que muchos consideraban inevitablemente destinada al fracaso. Sabía que de entre los más cercanos a él no faltaban quienes estaban convencidos de que no queda-



ría nada de la tarea que se realizaba en Schola Cordis Iesu, y de su fructificación aconsejada y orientada por él mismo en *Cristiandad*.

Comentaba a veces que no sabía quién nos podría ayudar después: «no se si será jesuita o paúl, español o misionero de la China», pero nos anunciaba, a nosotros y a sus superiores religiosos, que si nosotros eramos fieles Schola Cordis Iesu subsistiría y tendría futuro. Nos aseguraba que la garantía de nuestra supervivencia fecunda estaba en nuestra vinculación con el Apostolado de la Oración, no sólo en su espíritu, sino en su organización o cuerpo externo.

«Colaborad, colaborad, colaborad, colaborad, colaborad, colaborad»

Esta es otra de sus expresiones que no recuerdo haberla oído nunca más que con esta insistente y séxtuple reiteración. Ha tenido para nosotros una importancia decisiva. Sentida en unidad con la primacía de la piedad y de la plegaria, nos hizo vivir la experiencia de la verdad de las palabras evangélicas: «donde hay dos o tres reunidos en mi nombre allí estoy en medio de ellos».

Porque la consigna de colaboración se identificaba con la entrega «de toda la persona al trabajo», como él repetía con palabras de San Ignacio en los Ejercicios, y con la puesta en práctica de la humildad, sin la que nadie sería capaz de colaborar fielmente en una obra de Apostolado del Corazón de Jesús.

«Sólo me quejo de lo que no hacéis»

La colaboración supone trabajo de muchos concurrendo en una tarea. El Padre Orlandis decía frecuentemente que no le parecía mal nada de lo que los de Schola hiciésemos. Sólo lamentaba lo que no hacíamos, es decir, las omisiones, que eran signo de menor interés por la *vocación de todos* que por las tareas personales de cada uno.

Muy enemigo de cualquier insinceridad, incluso y muy especialmente de la insinceridad inconsciente, hablaba de la *pereza bajo capa de ocupaciones*. Invitaba a que tuviésemos por Schola Cordis Iesu y por *Cristiandad*, por lo menos el interés que teníamos por el que menos nos interesase de nuestros trabajos particulares.

Otra insinceridad vigilaba y reprendía severamente: *el respeto humano*, la cobardía en la profesión de fe y de esperanza en el Reinado del Sagrado Corazón, *bajo capa de modestia*. No admitía que se tomase como pretexto la humildad —«no obréis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos»— para «no poner» *la luz encima del candelero y alumbrar a todos los que están en la casa de suerte que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos*.

Deseaba transmitirnos su convicción de que la obra apostólica de Schola Cordis Iesu y de *Cristiandad* era de gran importancia para bien de toda la Iglesia. El temor a afirmarlo así lo sentía como una tentación del demonio.

Por esto se quejaba de cierta falsa modestia que venía a ser como un defecto colectivo nuestro, más tal vez en los años en que vivía el Padre Orlandis que en la época posterior a su muerte. Diríase que desde el cielo ha velado por nosotros, para infundirnos aliento en nuestras actividades, que son ahora más conocidas de lo que habían sido durante su vida.

La grandeza de nuestra vocación era para él una razón profunda de la necesaria humildad con que teníamos que agradecer y corresponder fielmente a los dones de Dios.

«Humildad humilde»

El Padre Orlandis daba gracias a Dios y se sentía feliz por el hecho de que sus orientaciones, salidas de lo más íntimo de su propia vida y actitud espiritual, alejaban inevitablemente a los pedantes, a los buscadores de triunfo humano, a los ambiciosos de prestigio y de éxito resonante. «Los que se acercan a mí quedan inmediatamente humillados». Lo consideraba una gracia de Dios. El perseveraba en su tarea apostólica, siempre con la aprobación de sus superiores, y siempre con el triple *sambenito* de *tomista*, *integrta* y *milenarista*.

«No he visto a nadie de los que triunfan que sea fe-

cundo apostólicamente», decía el Padre Orlandis, que creía muy poco en la validez de los juicios superficiales que consiguen «ponerse de moda» en un momento dado en la opinión pública.

No admiraba ni tenía confianza en lo humanamente grande o prestigioso. Me dijo en varias ocasiones que cuando entró él en el noviciado, después de haber estudiado en Deusto Derecho y Filosofía y Letras, ya tenía la convicción de la inutilidad de aquella prestigiosa Universidad, ya se entiende que en orden al bien de la Iglesia. Y daba la razón de su convicción: «en Deusto todos éramos de familias aristocráticas o muy ricas; ya entendí entonces que esto no podía conducir a ninguna parte».

Juzgando de las modernas revoluciones según el espíritu y la letra de las enseñanzas pontificias —«el Papa es infalible cuando habla, no cuando calla»— veía muy claramente los errores filosóficos que inspiran la contemporánea «democracia» y son la causa de su devastadora influencia descristianizadora en la educación y en la cultura.

Pero en modo alguno estaba en contradicción con esto un juicio suyo muy característico: «ja li poden donar voltes» [ya pueden darle vueltas], «la sociedad del futuro será democrática». Al hablar así se refería a que era ilusoria y engañosa la confianza que quisieran mantener algunos en elites sociales o culturales, dejando de lado la fuerza y eficacia del humilde sentido común y de la seriedad de la vocación a la santidad en la vida cotidiana y ordinaria de los individuos y las comunidades.

«Nunca he sentido envidia —decía— más que de las personas que he conocido, muy sencillas y poco cultas, en que he experimentado, con su piedad profunda, una *humildad humilde*». Leía con convicción y con emoción íntima la poesía de Costa i Llobera *Als humils*. El lector la encontrará en las páginas de este número; su lectura le resultará muy útil para conocer el modo de ser y los ideales del Padre Ramón Orlandis.

Afirmaba que la humildad era una virtud fundamental, necesaria no sólo para los individuos, sino también para las familias, las ciudades y las naciones. Inspiró a Jaime Bofill un artículo titulado: «Humildad ontológica, humildad personal, humildad social».

Calificaba de *veneno* al catalanismo, por la misma razón que criticaba con ironía la expresión de entonces «por el imperio hacia Dios»: «¡Qué extraño, yo pensaba que a Dios sólo se va por el camino de la humildad». Decía que había en Cataluña dos corrientes peligrosas, el catalanismo y el anticatalanismo.

A veces se calificaba a sí mismo como «supercatalanista». Esperaba firmemente el Reinado del Sagrado Corazón de Jesús en España, y compartía con el obispo mártir, Dr. Irurita, la convicción misteriosa de que se iniciaría providencialmente en Barcelona.

Admiraba y defendía la obra del Foment de Pietat de *mossèn* Eudald Serra i el Padre Ignasi Casanovas.

«Piedad, piedad, piedad, piedad, piedad, piedad»

Como siempre que repetía seis veces una exhortación, comenzaba la frase con un «Mira, noi» (mira chico) invitando con apremio a que atendiera y guardara para mi vida la advertencia. No entendía el Padre Orlandis Schola Cordis Iesu como teniendo que ser un grupo distinguido y prestigioso de gente intelectual o culta. Nos sentía llamados a formar parte de aquella «legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor Misericordioso de Dios».

Por arder en celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, y conocedoras de la realidad —la humildad es la verdad, dijo Santa Teresa de Jesús— serían almas «profundamente desengañadas de sus fuerzas y valer y también de la eficacia de los medios semihumanos y ordinarios que nuestra pobre razón puede excogitar para hacer frente a las circunstancias y dificultades extraordinarias de nuestros tiempos».

Pero si el Padre Ramón Orlandis era intransigente en liberar de ilusiones y engaños, lo era para evitar desilusiones y desengaños, pero sobre todo y en definitiva era el suyo un magisterio de esperanza. La esperanza teológica, sin la que la fe es inconsecuente y se debilita, y sin la que no llega a vivir en plenitud porque no fructifica en el amor de caridad, venía a ser el mensaje nuclear de su alentadora y vivificadora dirección espiritual.

Al instituir la fiesta de Cristo Rey no tan sólo pusimos en evidencia la suprema soberanía que Cristo posee sobre el universo mundo, sobre la sociedad civil y doméstica, sobre cada hombre en particular, sino que anticipamos las alegrías de aquel día felicísimo en que el universo entero obedecerá al imperio suavísimo de Cristo Rey.

Pío XI: *Miserentissimus Redemptor*

ALS HUMILS

MIQUEL COSTA I LLOBERA



Oh cors humils en la pobresa
que, de tothom desconeguts,
dins una santa senzillesa
desconeixeu vostres virtuts!

La gent que lluu i més s'agita
bé vos trepitja indiferent,
com fa pel camp on no sospita
ocultes mines d'or i argent.

Mes l'àngel pur des de l'altura
amb lo vulgar no vos confon:
bé veu que sou amb feina dura
miners de Déu en aquest món.

Ah! si de Déu pel ministeri
guaitar a voltes m'heu permès
de vostra vida en el misteri,
amb quin afecte m'heu corprès!

Oh corazones humildes en la pobreza
que, de todos desconocidos,
en una santa sencillez
desconocéis vuestras virtudes.

Quienes brillan y más se agitan
os pisotean indiferentes
como hacen donde no sospechan
ocultas minas de oro y plata.

Mas el ángel puro desde las alturas
con lo vulgar no os confunde:
comprende que sois, con labor ardua,
mineros de Dios en este mundo.

¡Ah!, si de Dios por el ministerio
mirar a veces me habéis permitido
de vuestra vida en el misterio,
¡con qué afecto me habéis sorprendido!

Jo havia vista la grandesa
de les humanes potestats
i més sublim la reialesa
de fronts pel geni coronats.

Jo havia vista l'aurèola
de les virtuts que han de lluir
damunt la mística farola
per ensenyar i dirigir.

Bé prou davant tanta eminència
rendit havia mon tribut
d'admiració, de reverència,
sense romandre'n abatut.

Més ah!, davant la senzillesa
de vostra obscura magestat,
oh cors humils de la pobresa,
jo sent mon cor humiliat!

Yo había visto la grandeza
de las humanas potestades
y, más sublime, la realeza
de las frentes por el genio coronadas.

Yo había visto la aureola
de las virtudes que han de brillar
sobre el místico faro
para enseñar y dirigir.

Es verdad que ante tal eminencia
había rendido mi tributo
de admiración, de reverencia,
sin quedar por ello abatido.

Mas, ¡ay!, ante la sencillez
de vuestra oscura majestad
¡oh corazones humildes de la pobreza
yo siento mi corazón humillado!

Just al rendir-vos homenatge,
me trob a mi lleuger i buit,
sols remorós d'un va fullatge
com la figuera sense fruit.

A vostres peus me postraria,
tot demanant a Déu perdó
d'aqueix nom va que m'apropia
la somniada perfecció.

Jo sent el repte involuntari
que amb dolç silenci me fareu
quan amb l'humil Rei del Calvari
dins l'esplendor vos alçareu.

Jo sent la vostra poesia,
de Nazaret efluvi sant:
jo de bon cor vos cantaria;
mes, què us importa del meu cant?

Dexeu-me, doncs, en alt silenci
glorificar qui us escollí...
Perquè de mal Ell me defensi,
oh cors humils, pregueu per mi!

Después de rendiros homenaje,
me siento ligero y vacío,
sólo rumoroso de un vano follaje,
como la higuera sin fruto.

A vuestros pies me postraría,
mientras pido a Dios perdón
de este nombre vano que me apropia
la soñada perfección.

Yo siento el reto involuntario
que con dulce silencio me haréis
cuando con el humilde Rey del Calvario
en el esplendor os alzaréis.

Yo siento vuestra poesía,
efluvio santo de Nazaret:
yo de corazón os cantaré;
pero, ¿qué os importa mi canción?

Dejadme, pues, en puro silencio
glorificar a quien os escogió...
para que Él me libre de mal,
¡oh, corazones humildes, rogad por mí!



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ
ALICIA ALSINA

El obispo búlgaro Bossilkov, mártir del comunismo

El Papa elevó a los altares el pasado mes de marzo al obispo y mártir de la Congregación de la Pasión, Mons. Vicente Eugenio Bossilkov, primera beatificación de una víctima de la persecución comunista en el Este.

Jamás la maldad de una doctrina, de unos principios, había irrumpido en la sociedad universal con tanta desfachatez, con tanta premeditación y con tanta porfía como lo ha hecho el comunismo. El comunismo, enemigo de Dios y de la Iglesia de Cristo, declaró e impuso con la mayor frialdad y apelando a todos los crímenes, su espíritu de odio contra Jesucristo y su santa Iglesia, no retrocediendo ante ningún medio que pudiera contribuir a debilitar la fe de los creyentes y conducirlos a la sombra del más negro y destructor materialismo.

En 1944, cuatro años después de que Bulgaria fuera implicada en la segunda guerra mundial, la Unión Soviética la invadió y en pocos días la ocupó militar, política e ideológicamente. El Gobierno no tardó en obligar a la Iglesia católica a alinearse con la Iglesia nacional o a desaparecer. La persecución religiosa había comenzado.

Monseñor Bossilkov, obispo de Nicópolis, se esforzó por ser imagen fiel del buen Pastor y ya desde su primera carta pastoral manifestó su clara conciencia de las graves dificultades procedentes del régimen comunista, pero también su firme decisión de permanecer fiel a la misión de pastor de la grey de Cristo a él confiada, aún a riesgo de su propia vida. En 1952, fue encarcelado en secreto, sometido a inauditas torturas y a la farsa de un proceso. Condenado a muerte, fue ejecutado en la cárcel de Sofía, sellando con su martirio su plena conformación a Cristo, buen pastor, dispuesto a dar su vida por sus ovejas.

Mártires en el siglo xx

Con motivo del Gran Jubileo, el Santo Padre ha encargado a la Comisión de Nuevos Mártires la realización de un martirologio completo del siglo xx, en el que se incluirán aproximadamente unos 9000 mártires. De éstos, su gran mayoría, unos 7000, son españoles asesinados durante la guerra civil. España sufrió entonces la mayor persecución religiosa que ha conocido la historia desde el Imperio romano, ha recordado Cárcel Ortí, uno de los miembros de esta comisión.

De las 7000 víctimas de dicha persecución, 12 son obispos, 4184 sacerdotes diocesanos (en algunas diócesis como, por ejemplo, Barbastro murieron 123 sacerdotes, lo que representaba el 87 % del total), 43 seminaristas, 2365 religiosos y novicios y 283 religiosas. A los cuales se podría añadir, al menos, 3000 seculares.

En el resto de Europa destacaron las persecuciones dirigidas por el nazismo, que afectaron de modo particular a Alemania, Austria, Francia e Italia, y la del comunismo que se abatió sobre los países sometidos a su tiranía.

Los datos de la Comisión de nuevos mártires nos revelan que en África las persecuciones de mayor importancia se dieron en Argelia, Sudán, Ruanda y Burundi entre los años ochenta y los noventa.

En América se conocen la llevada a cabo durante la revolución anticlerical de Brasil en 1924, sin olvidar la que se desató en México entre los años veinte y treinta, así como las víctimas de El Salvador en los ochenta.

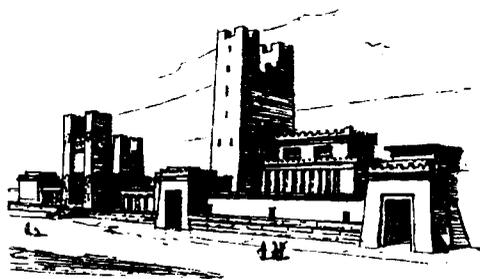
Las persecuciones a la Iglesia católica en Asia están relacionadas con las misiones evangelizadoras, sobre todo en China y Filipinas, o con acontecimientos bélicos, como la guerra con los japoneses.

También hay que destacar las persecuciones sufridas por la Iglesia en Oriente Medio, como la que se produjo en Irak entre 1915 y 1920 y la que se desencadenó en el Líbano durante la guerra civil de 1975 a 1990

Finalmente, también Oceanía cuenta con sus mártires del siglo xx, víctimas de las persecuciones de los invasores japoneses o de indígenas que afectaron a Micronesia, Nueva Guinea y a las islas Salomón

Según noticias de la prensa, el Papa tiene previsto celebrar en el año 2000 en Roma una ceremonia multitudinaria de reconocimiento a estos miles de mártires contemporáneos, tal como anunció en la encíclica *Tertio Millenio Adveniente*. Esta ceremonia sería la culminación de tantas beatificaciones de mártires que ya ha celebrado Juan Pablo II desde el inicio de su Pontificado: 221 de España, 25 de México, 10 víctimas del nazismo en Alemania y otros países europeos, 7 de Tailandia y 5 de diversos países, desde Zaire a Papua-Nueva Guinea; en total, 268 mártires beatificados.

El próximo 10 de mayo esta cifra se verá aumentada con la declaración de nuevos mártires españoles: siete salesas, una carmelita, seis agustinos recoletos y un sacerdote diocesano. De estas beatificaciones nos ocuparemos, Dios mediante, en nuestro próximo número.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Irak, una herida siempre abierta

La Guerra del Golfo acabó con la derrota militar de Irak, pero poco tiempo después el presidente Bush era derrotado en las elecciones presidenciales. Por el contrario, el derrotado Saddam Hussein, a pesar de los embargos impuestos, ha visto cómo su posición al frente de Irak no sólo no se debilitaba, sino que incluso salía fortalecida. Desde la «tormenta del desierto», las relaciones entre Irak y Estados Unidos han estado marcadas por una continua tensión, una de cuyas puntas hemos vivido en la reciente crisis de los inspectores. En esta ocasión, sin embargo, han aparecido una serie de factores nuevos que, junto a ciertas constantes, han aportado una nueva fisonomía al desarrollo de la crisis.

Por primera vez desde el hundimiento del bloque comunista se ha escenificado de forma clara la quiebra del nuevo orden mundial norteamericano. La postura conciliadora con Irak de Rusia, China y Francia en el Consejo de Seguridad de la ONU ha roto el consenso que existió durante la Guerra del Golfo. Nuevas potencias, estados centrales de sus respectivas civilizaciones, han apostado por defender sus propios intereses, contrarios a los de Estados Unidos, dando la razón a las tesis sostenidas por Huntington en su obra *El choque de civilizaciones*. Por otra parte, Irak ha tenido un mayor éxito en su intento de unir, en torno a su causa, al mundo árabe, siempre tendente a la fragmentación. Es importante resaltar que, para lograr este apoyo, Saddam Hussein ha vuelto a poner en primer plano la posibilidad de un ataque a Israel, el único enemigo común del mundo islámico. De esta forma, se ponía en evidencia que el punto clave para entender la situación de Oriente Medio es el pueblo judío y su estado de Israel, cuya creación constituye probablemente el hecho de mayor trascendencia histórica en lo que llevamos de siglo.

Por su parte, Estados Unidos, inmerso en una continua cadena de escándalos domésticos, ha intentado mostrar su poder en el escenario internacional. A estas alturas podemos afirmar que ha fracasado en su intento de actuar imponiendo su ley al mundo. Perdiendo apoyos y aliados e incluso ganándose enemigos y amenazas, finalmente ha visto reducida su fuerza a un remedo actual del antiguo Imperio británico. En efecto, tan sólo Gran

Bretaña y Australia han manifestado su apoyo sin reservas a las pretensiones norteamericanas, demostrando que los vínculos entre los restos de dicho Imperio continúan vivos, si bien su capacidad de actuación se encuentra visiblemente debilitada.

Vivimos en un mundo mucho más frágil y precario que hace una década, en el que las armas de destrucción masiva están al alcance de muchos más estados. Esta precariedad, sin precedentes en la historia, es uno de los rasgos que heredará el nuevo milenio. Es en este mundo en el que las palabras acerca del poder de la oración de Kofi Annan, secretario general de Naciones Unidas, cobran un especial relieve. Antes de partir hacia Bagdad, se entrevistó con Monseñor Martino, quien le transmitió un mensaje personal de estímulo del Papa. El diplomático vaticano ha revelado al periódico italiano *Avvenire* que «el secretario general quedó muy impresionado y me pidió que pusiese por escrito el mensaje para darlo a conocer en los ambientes de la ONU. Poco después, tomó la decisión de volar a Irak». Posteriormente, a la vuelta de su misión diplomática, Annan fue recibido por unos setecientos empleados de la ONU, ante los que afirmó que, tras su experiencia en Bagdad, podía asegurar que «nunca hemos de desestimar la fuerza de la oración». Y es que la Historia está en manos de la Providencia.

Crisis en Kosovo

Los Balcanes, foco continuo de tensión, han vuelto a estallar, si bien en esta ocasión en la región de Kosovo. El agravamiento de la situación era esperado desde hacía tiempo, pues todas las circunstancias confluyen para hacer de esta pobre región un verdadero polvorín. Por un lado, el significado que tiene la zona en la mitología histórica serbia, pues Kosovo es la cuna de la identidad nacional. Por otro, el importante desequilibrio demográfico que hace que, sobre una población cercana a los dos millones, apenas el 10% sea serbia o montenegrina, frente al restante 90% constituido por albaneses musulmanes. Por último, la zona tiene frontera con Serbia y Montenegro, con la frágil Macedonia (que tiene un 25% de población albanesa) y con Albania. Una guerra abierta en Kosovo arrastraría presumiblemente a sus vecinos

directos y tendría repercusiones en Grecia, Bulgaria y Turquía. A este respecto, es de destacar que es la primera vez que Turquía, con lazos históricos con Kosovo, antiguo territorio del Imperio otomano, trata de tener un papel activo en la crisis.

Tal y como era previsible, el tratamiento de los medios de comunicación ha sido unánime en su defensa de la población albanesa musulmana, mientras se resucitaba el fantasma de los malvados serbios y su idea de la Gran Serbia. Este planteamiento informativo, demonizando a los cristianos eslavos de la zona, adolece sin embargo de falta de rigor histórico. Hay que recordar que, cuando en 1941 el ejército italiano, tras derrotar a los yugoslavos, se anexionó las provincias del sur de Serbia y Montenegro, 250.000 serbios se vieron obligados a huir de Kosovo, donde en aquel entonces representaban un 40% de la población. Posteriormente, en 1945, Tito negó a los serbios el derecho a regresar a sus tierras. Después de que, en 1968, fuese concedida una amplia autonomía a Kosovo, los serbios fueron hostigados por los albaneses y, en el espacio de diez años, 200.000 abandonaron esta provincia. Entre los numerosos ataques para borrar la presencia serbia de Kosovo (por otro lado, sembrada de monasterios e iglesias ortodoxas) destaca la destrucción total en 1970 de la sede de la iglesia ortodoxa serbia, en Pec, a manos de terroristas musulmanes. Hace dos años, la región de Krajina, mayoritariamente poblada por serbios desde el siglo XVII, debió ser abandonada por éstos al tratarse de una región históricamente croata; en Kosovo el criterio defendido internacionalmente parece ser el contrario. El resultado se empieza a vislumbrar, una Serbia castigada y debilitada, frente a una cuña musulmana dentro de Europa en expansión.

Proyecto de construcción del tercer templo

La información que nos llega de Israel suele limitarse al último atentado terrorista, a los enfrentamientos entre el Ejército israelí y jóvenes palestinos o a alguna polémica referente a los colonos y sus asentamientos. Sin embargo, escasean las referencias al fondo de la cuestión, a las motivaciones últimas de los actores del drama que se desarrolla en la tierra de Israel; se cumple, pues, el viejo refrán de que los árboles nos impiden ver el bosque. Dos informaciones recogidas en *Le Monde diplomatique* acerca de la creciente influencia de los partidos religiosos israelitas pueden aportarnos algo de luz. Haciéndose eco de una noticia aparecida en el diario *Maariv*, destaca que el proyecto de construcción del tercer Templo de Je-

rusalén está muy avanzado. Los planos están ya preparados, se dispone de una cantera para proporcionar las piedras especiales necesarias para el edificio y un grupo de orfebres se encarga de los objetos de culto. Incluso un granjero haredim de Luisiana está criando un rebaño de vacas necesarias para los ritos.

En la misma línea, el diario de Nazaret *Al Sinara* informaba el pasado mes de enero de que están siendo preparados sacerdotes en los secretos del culto. Asimismo han aparecido a la venta medallas de plata que representan la explanada de las mezquitas, pero en las que éstas han sido reemplazadas por el Gran Templo (una de ellas fue ofrecida como obsequio por Benjamín Netanyahu al arzobispo Maximus Salum con ocasión de un encuentro con motivo del año nuevo cristiano). El anhelo judío por la reconstrucción del templo no ha desaparecido; un templo que, como bien recordaba David Ben Gurion, es visto como un futuro centro moral para un mundo que reconocerá la preeminencia, no tanto de Yahvé como del pueblo de Israel.

Algo ha cambiado en la India

Las últimas elecciones indias que han llevado al poder a los nacionalistas hindúes del BJP han significado el fin de una era, que se inició con la independencia de la India, marcada por gobiernos laicistas. Un grandioso tabú se ha roto, sacando al BJP del infierno político en que se vio sumido cuando uno de sus miembros, Nataram Godse, asesinó en 1948 a Gandhi. Además, el secularismo de la India, ese gigante de más de 900 millones de habitantes, queda debilitado por el ascenso al poder del BJP, lo que afectará especialmente a sus relaciones con Pakistán y Bangla Desh e, internamente, con los estados de mayoría musulmana (la comunidad musulmana en la India está compuesta por 140 millones de personas). En este sentido, el anuncio del nuevo gobierno de su voluntad de que la India entre en el club de países con armamento nuclear parece indicar una política de mayor beligerancia frente a sus vecinos islámicos. Al mismo tiempo, la propuesta para eliminar el artículo 370 de la Constitución, integrando plenamente a Cachemira en la India, sería visto como una declaración de guerra a Pakistán. Sin embargo, la libertad de movimientos del nuevo gobierno es más bien reducida, especialmente en lo que atañe a la política interior, debido a que su victoria obedece al crecimiento de sus aliados regionales, no nacionalistas, que han pasado de seis a 72 escaños, fragmentando más si cabe un Parlamento que alberga en su seno a 42 partidos diferentes.

Doctor Pere Bonada i Sala

Verdaderamente, cuando vemos la apatía general de hoy en día y comparamos la actuación de los católicos españoles de hoy con los del tiempo de la persecución religiosa, la conclusión que se saca es que en muchos aspectos hemos perdido virtudes y valores de los que podíamos enorgullecernos con toda razón.

He leído estos días un librito dedicado a la memoria de un joven médico catalán, de Ripoll, gran estudioso y con afanes científicos y criterios morales muy elevados, que hubiera podido ser una futura gloria y fue sacrificado por el odio a Dios, pues sólo veían en él a un hombre de misa que había que eliminar.

Era, como digo, muy estudioso, y además, el prototipo del seglar consciente, del profesional que llegaba a las últimas consecuencias en la adaptación de la vida de cada día a las convicciones religiosas que profesaba.

Enamorado de su profesión, excursionista, entusiasta de las sardanas, buen dibujante, amante de todo lo bello, fiel esposo, padre cariñosísimo, a los treinta años ofreció su vida por confesar a Cristo y por hacer el bien a los hermanos.

Lo detuvieron cuando intentaba trasladar en su coche a dos hombres —padre e hijo— hasta las proximidades de la frontera con Francia, para facilitarles la salida de España huyendo de la persecución.

Sufrió los malos tratos, la mentira, la hipocresía de

sus captores, que querían ocultar sus pésimos designios. Y todavía después de recibir siete disparos, tuvo que aguantar varias horas de trágica agonía, abandonado al borde de la cuneta, en la carretera de Barcelona a Vich, cerca del pueblo de Figaró. Desangrándose, intentando inútilmente atajar la hemorragia...

El relato de su peripecia martirial es impresionante. Pero sólo quisiera transcribir unos pensamientos de su viuda, la amadísima esposa a la que guardaba una fidelidad alegre y agradecida, y una inmensa gratitud a Dios por los frutos de su matrimonio, dos pequeñines que eran su encanto y otro que estaba en camino y no llegó a conocer a su padre, como lo escribe su esposa en unos *Records íntims* testimoniales.

«Cuando me encontraba agobiada por el dolor y la añoranza, sobre todo cuando había de nacer el tercer fruto de nuestro amor sin la compañía de tan buen esposo, este sufrimiento no puede explicarse. Verdaderamente puedo decir que la conformidad y el consuelo los he encontrado ante el Santísimo Sacramento».

«Yo le pregunté (por teléfono): ¿Podrás venir mañana? Y me respondió: ¡Ay, no lo sé...! Dales un beso a nuestros hijitos...».

«Alentado por la Virgen Santísima, que no dudo fue su consuelo y ayuda, se dice que con toda el alma dio un grito de ¡Viva Cristo Rey!. Y al instante le dispararon siete tiros, que fueron siete méritos para escalar el Cielo».

Se explaya la fiel esposa en elogios a su marido muerto tan inhumanamente, y añade ya al final de sus recuerdos:

«... le gustaba alternar con gente pobre y humilde. Daba poca importancia a los intereses materiales, mientras no faltara lo necesario; por otra parte, repetía: Nuestro Señor proveerá».

Resulta muy interesante seguir espigando en el libro el ramillete de estos pensamientos, sinceros y auténticamente cristianos. Careciendo de mayor espacio, por lo menos saquemos la conclusión que apuntaba al principio: que tenemos mucho que imitar de aquella generación que tanto sufrió y que estuvo mucho más a la altura de las circunstancias que nosotros...

NOTA DE LA ADMINISTRACIÓN

Con el presente número nuestros suscriptores reciben los índices de autores y de materias correspondientes a los años 1995, 1996 y 1997.

Si lo desean, pueden encargar la encuadernación de este volumen a:

Librería Balmes
Durán y Bas, 11
08002 BARCELONA
Teléfono/fax: (93) 317 94 43

Datos técnicos: encuadernación artesanal, en guaflex (color a elegir) y título grabado en el lomo.

JOSÉ VERNET MATEU
(Reproducido de *Hispania Martyr*,
núm. 44, febrero de 1998)

CRISTIANDAD hace cincuenta años

JOSÉ M^a PETIT SULLÁ

El Padre Ramón Orlandis y «Cristiandad»

Se han cumplido, en el pasado mes de febrero, los cuarenta años de la muerte del Padre Ramón Orlandis y, a propósito de esta efeméride aparecen en este número de la revista varios artículos sobre la insigne figura de este santo y genial jesuita cuya relación con CRISTIANDAD es esencial y constitutiva. Pero hace cincuenta años esta revista seguía animosamente su singladura sin que apareciera en los números de marzo o abril de 1948 la firma del Padre Orlandis. Ello no es de extrañar, pues, como se ha dicho reiteradamente, el Padre Orlandis escribió muy poco en la revista que él inspiró.

Sin embargo, en el número que aparecía el 1 de abril de aquel año se reproducía parcialmente lo que el Padre Orlandis había escrito tres años atrás (mayo de 1945) cuando aclaraba la relación que mantenía con la recién nacida revista CRISTIANDAD. Así pues, casi por un azar se cumplen ahora los cincuenta años de la reaparición parcial de un artículo esclarecedor del Padre Orlandis. ¿Qué tenía él que ver con la revista, elaborada íntegramente por un equipo seglar de redacción?

El editorialista de 1948 reproducía fragmentos de aquel artículo para reafirmar la ortodoxia de la revista. ¿Necesitaba hacerlo? ¿Convenía hacerlo? No era ocioso contestar a estas preguntas —como tampoco lo sería ahora— dada la índole multiforme, social, histórica, filosófica, literaria y aún política de la mayoría de sus artículos. Todo era tratado «sub speciae aeternitatis», bajo el prisma de la expansión del reino de Cristo. CRISTIANDAD gustaba de los temas monográficos en los que colaboraban plumas prestigiosas que accedían a escribir desde campos diversos, en los que se buscaba siempre la seriedad y la calidad. Eran artículos que, además de estar escritos por autorizadas plumas, procuraba su lectura el bien de los lectores.

El director de hace cincuenta años, Fernando Serrano, recordaba esta relación que no es hoy inoportuno reiterar y por ello cerramos este comentario con las mismas palabras del Padre Orlandis S.I.:

«Quien esta advertencia suscribe, no es por cierto el director de la Revista y no es siquiera —aunque algunos puedan creerlo— quien tuvo la iniciativa en su aparición. Es, sí, desde los orígenes, el inspirador de la Revista; no hay para qué disimularlo. Es asimismo, digámoslo así, su *curador espiritual* en la menor edad. Claro es, dicho sea entre paréntesis, que ni inspiración significa

escritura al dictado, ni curatela, entorpecimiento de iniciativa o movimiento.

»De esta su relación con respecto a CRISTIANDAD se origina y en esta relación se funda una ineludible responsabilidad: la de procurar con solicitud competente el bien de la revista, que no es ni puede ser otro, sino el que ésta tienda siempre a su fin, sin tropiezos ni desviaciones...

»Exige esto, a todas luces, vigilancia, y quien tenga bien conocido así el fin como la índole de CRISTIANDAD, forzosamente se hará cargo de que la vigilancia no podrá ceñirse al mero cuidado de que en ella nada aparezca que no sea conforme al dogma y a la moral cristiana entendidos estos términos en su sentido estricto. Más es lo que exigen el fin y la índole de CRISTIANDAD: exigen que nada de lo que en ella se publique desdiga en lo más mínimo del nombre que con orgullo —orgullo santo— ostenta en su portada con caracteres deliberadamente llamativos. CRISTIANDAD desde su primera concepción quiso llamarse «CRISTIANDAD» y rechazó toda otra designación onomástica, tal vez más a la moda, más velada, menos audaz, menos —por qué no decirlo— menos provocativa. Y este nombre lo escogió a conciencia, previendo que con él en algunos sectores, sería quizás menos bien recibida, arriesgándose a ver tal vez reducida su publicidad.

»CRISTIANDAD, al elegir este nombre declaró sin rebozo qué vida quería vivir, que quería vivir en un todo del espíritu cristiano, del espíritu de la Iglesia de Jesucristo, de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, de la Iglesia romana, única y verdadera, de la Iglesia cristiana auténtica.

»CRISTIANDAD, por ser CRISTIANDAD, no se encoge ante el peligro de que la motejen de *beata* y así sin ningún asomo de empacho se profesa a la luz del día devotísima del Sagrado Corazón de Jesús, lo cual a no pocos cristianos podrá parecer una sencilla beatería. [...]

»No es empero el espíritu de Cristo y de su esposa la Iglesia espíritu de congojas y apreturas. Donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad, la libertad verdadera, la libertad de los hijos de Dios. Por esto precisamente, porque se entrega sin recalcitraciones ni titubeos, sin tacañerías ni minimismos al espíritu maternal de la Iglesia, CRISTIANDAD se gloria de vivir en la legítima y genuina libertad. Por esto siempre dejará a sus redactores y colaboradores la justa y honesta libertad de opinar, en todo aquello que la Verdad eterna deja a la discusión bien intencionada y caritativa de los humildes mortales».